Noam Chomsky, José E. García-Albea,
Josep L. Gómez Mompart, Antoni Domènech
y D. Comas d'Argemir

Los límites de la globalización

Ariel Practicum

N. Chomsky, J. E. García-Albea, J. L. Gómez Mompart,
A. Domènech y D. Comas d'Argemir

Los límites de la globalización

Coordinadores: José García-Albea,
Natalia Catalá y José A. Díez Calzada

Ariel

© 2002, José E. García-Albea, Natalia Catalá
y José A. Díez Calzada

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2002, primera edición impresa, Editorial Ariel

© 2005, primera edición virtual, Editorial Ariel

ISBN 1-4135-3576-3

AUTORES

NOAM CHOMSKY, Massachusetts Institute of Tecnology.

JOSÉ E. GARCÍA-ALBEA, Universitat Rovira i Virtili.

JOSEP L. GÓMEZ MOMPART, Universitat Autónoma de Barcelona.

ANTONI DOMÈNECH, Universitat de Barcelona.

DOLORS COMAS D'ARGEMIR, Universitat Rovira i Virgili.

ÍNDICE

Autores 5

Presentación 8

Introducción 11

Capítulo 1. **Los mercados y la "sustancia de la sociedad"**, NOAM CHOMSKY 20

Capítulo 2. **El campo mediático y la sociedad de la información**, JOSEP LLUÍS GÓMEZ MOMPART 50
Pugna comunicativa en el espacio público 50
Tramas y estrategias de la globalización 53
Más allá de la tecnofobia y la tecnofilia 56
Ilusiones y frustraciones de la nueva sociedad 58
El nuevo periodismo global 61
Crisis de la información convencional 63
Algunas consecuencias en el caso español 66
Referencias 68

Capítulo 3. **Algunos enigmas de la racionalidad económica**, ANTONI DOMÈNECH 70

Capítulo 4. **La globalización, ¿unidad del sistema?: exclusión social, diversidad y diferencia cultural en la aldea global**, Dolors Comas d'Angemir 93
La globalización: ¿unidad del sistema? 93
Desigualdades: la globalización ha incrementado la exclusión social 101
Diversidad: la globalización se presenta de múltiples formas 105
Fragmentación: la globalización incrementa la reivindicación de la diferencia cultural 110
El papel de la política en los procesos de globalización 115
Observaciones finales sobre globalización y política 119
Referencias 123

Capítulo 5. **La responsabilidad social de la universidad**, Noam Chomsky 126

Capítulo 6. **Dignidad intelectual y compromiso político: esbozo biográfico de Noam Chomsky**, José E. García-Albea 140

PRESENTACIÓN

A FINALES de octubre de 1998, el Profesor Noam Chomsky era investido Doctor Honoris Causa de la Universidad Rovira i Virgili (Tarragona). Con tal motivo, se organizaron unas jornadas de carácter multidisciplinar que, bajo el título "Lenguaje, Ciencia y Sociedad", pretendían sacar provecho de su presencia entre nosotros. Y sacar provecho por partida doble: por tener la oportunidad extraordinaria de contar con su participación directa en las mismas, y por lo que su figura y su obra representan en el desarrollo contemporáneo de los tres campos temáticos que se incluían en el título.

El planteamiento de las jornadas quería ser fiel a la forma en que el propio Chomsky se ha movido por esos distintos campos, manteniendo la debida separación entre ellos, como concierne a la especialidad de los problemas tratados y de la metodología utilizada en cada caso. Junto a Noam Chomsky, se contó con la participación de destacados especialistas en los ámbitos propuestos. De forma general, se trataba no tanto de conformarse con glosar las aportaciones de Chomsky en esos campos, sino de profundizar críticamente en las mismas e intentar ir más allá en cuanto a sus posi-

bles aplicaciones. Asimismo, la presentación separada de los ámbitos temáticos no iba a ser un obstáculo para el planteamiento de cuestiones interdisciplinares de amplio alcance. En último término, es en la propia naturaleza del ser humano, con sus capacidades y limitaciones, donde convergen los principales focos de interés del pensamiento chomskiano, en lo que respecta tanto a la lingüística como a la filosofía de la ciencia y de la mente o como a las disciplinas sociopolíticas.

El impacto que tuvieron las jornadas fue muy notable y en seguida se presentó la oportunidad de hacer una publicación a partir de sus contenidos. Éstos han quedado recogidos en dos volúmenes, uno dedicado a aspectos de índole teórica sobre el lenguaje y la cognición, y otro centrado en temas de carácter sociopolítico y económico. Los títulos que encabezan estos dos volúmenes son: (1) *El lenguaje y la mente humana* y (2) *Los límites de la globalización*. Cada volumen por separado tiene su propia justificación y autonomía, concitando el interés particular de unos u otros posibles lectores. Lo cual es perfectamente compatible con que los dos volúmenes, en su conjunto, puedan atraer la atención de estos mismos y otros muchos lectores con intereses de carácter más general.

En la hora de los agradecimientos, es preciso hacérselos llegar en primer lugar a los propios autores, y en especial al Profesor Noam Chomsky, cuya generosa contribución se ha sobrepuesto a los múltiples compromisos y demandas a que se ve continuamente sometido. Y también a la editorial Ariel por el interés y el apoyo ofrecidos en todo momento para preparar esta publicación. Por otra parte, es obligado reconocer el papel institucional desempeñado por la Universidad Rovira i Virgili tanto en la organización de las jornadas como en la materialización de este proyecto. De modo

muy especial, hay que agradecer al Servicio de Publicaciones de la URV la autorización para incluir en *Los límites de la globalización* los discursos del acto de investidura del doctorado Honoris Causa pronunciados por el Profesor Noam Chomsky y por el Profesor José E. García Albea, que aparecen al final de dicho volumen con los títulos de "La responsabilidad social de la universidad" y "Dignidad intelectual y compromiso político: esbozo biográfico de Noam Chomsky" respectivamente. Y por último, se debe reconocer y agradecer aquí la colaboración prestada por Itziar Laka, como traductora de los capítulos de Chomsky "Indagaciones minimalistas" y "La mente y el resto de la naturaleza", y de Sergio Vallhonrat y Sara Martí, que tradujeron los capítulos de Chomsky "Los mercados y 'la sustancia de la sociedad' " y "La responsabilidad social de la universidad". A Sergio y Sara hay que agradecer además toda la ayuda prestada para la puesta a punto de los textos y corrección de las pruebas, y en todos aquellos detalles de última hora exigidos por el proceso editorial.

LOS COORDINADORES
Tarragona, 30 de octubre de 2001

INTRODUCCIÓN

por José E. García-Albea

UNO DE los aspectos que ha intrigado más de la labor intelectual de Noam Chomsky, y sobre el que ha sido requerido con más frecuencia a posicionarse, es el de cómo compagina su faceta científica especializada en la investigación de la mente y el lenguaje con su faceta de escritor y activista en el ámbito sociopolítico y económico. Chomsky ha insistido una y otra vez en que, aparte de la obviedad de que tanto en un caso como en otro está tratando de asuntos que conciernen al ser humano, y de que él, como cualquier otra persona, no tiene por qué restringir monotemáticamente sus aspiraciones e intereses, no hay razones especiales por las que se deba encontrar una conexión lógica o nomológica —si se quiere— entre las dos facetas. En principio, los problemas, el tipo de datos y la metodología de análisis empleados en uno y otro ámbito son bien distintos. E incluso, en un nivel más profundo, cada ámbito representa un desafío intelectual de naturaleza casi contrapuesta con respecto al otro. Como ha señalado el propio Chomsky en repetidas ocasiones, su interés por entender la naturaleza del lenguaje, como rasgo tan característico que es de la mente humana, responde al

interrogante planteado desde los filósofos clásicos —él lo llama "el problema de Platón"— de cómo, con tan poca experiencia y unas condiciones tan pobres del entorno estimular, somos capaces de adquirir algo tan complejo y productivo como es la lengua materna (de manera tan fácil, rápida y sin instrucción formalizada). Mientras que por otro lado, su interés y preocupación por los asuntos que afectan directamente a la convivencia humana responderían a lo que el propio Chomsky denomina "el problema de Orwell" (por referencia a la conocida obra *1984* de este autor), es decir, la cuestión de cómo con tanta experiencia histórica, tantos intentos y fracasos (ensayo y error) de ordenar sistemáticamente la convivencia, con tanto sufrimiento y el precio de tantas vidas, el ser humano ha sido tan poco capaz de aprender en este campo y de garantizar de manera efectiva el bienestar en libertad y la paz de sus semejantes. Ambos interrogantes plantean serias dificultades de cara a dar con respuestas satisfactorias desde un punto de vista explicativo. Pero hay una diferencia más entre ambos dominios, al menos en cuanto a la forma de abordar los temas respectivos. En el primer caso, predomina la perspectiva de las ciencias naturales, en la medida en que estudiamos propiedades o funciones, como la mente y el lenguaje, implementadas en el organismo individual de cada ser humano (especialmente, en su sistema nervioso central); en el segundo caso, los fenómenos de interés trascienden con mucho las fronteras del individuo, el nivel de complejidad es consiguientemente muy superior, y el tratamiento en términos estrictos de la ciencia natural parece, hoy por hoy, inviable. Ello no quiere decir que el desarrollo de las llamadas ciencias políticas y sociales, y especialmente de la ciencia económica, no haya proporcionado instrumentos útiles para el análisis y la

sistematización de los fenómenos de interés, sino simplemente que las posibilidades de contrastación empírica de las teorías, de proyección predictiva y de adecuación explicativa, son por ahora muy limitadas. En este sentido, parece que hay que seguir dando la razón a Max Weber cuando, al distinguir entre ciencias naturales y ciencias sociales, proponía para estas últimas una tarea dedicada más a la comprensión que a la explicación causal de los fenómenos. Y en este mismo sentido es en el que Noam Chomsky considera que, tal como están las cosas, el progreso de la comprensión en este campo no requiere mucho más que una buena dosis de sentido común e imparcialidad, la aplicación coherente de la argumentación racional y el contar con la información relevante, disponible hoy día por múltiples vías, aun cuando se trate de vías alternativas en muchos casos a las de los medios de comunicación habituales.

Si el volumen que precede a éste se ocupa de temas relacionados con la problemática del lenguaje y la mente, de central importancia para las ciencias cognitivas, en el presente volumen se abordan de forma decidida temas de máxima actualidad en los asuntos mundanos (en el sentido orteguiano del término), de importancia capital para entender y mejorar las condiciones de supervivencia del ser humano como tal. El título dado a este volumen no hace sino reflejar aquello en lo que, sin instrucciones previas especialmente precisas, han venido a converger, de una manera u otra, los distintos trabajos presentados. No es casual ni particularmente sorprendente que el fenómeno (o conjunto de fenómenos) de la globalización ocupe un lugar tan destacado en este libro, dada la actualidad del mismo y su penetración en los distintos ámbitos de las relaciones humanas, hasta constituir el entramado (¿global?) en el que interactúan economía, política, cultura, cien-

cia y tecnología, educación, medios de comunicación, etcétera. En este sentido, hablar de globalización puede ser un buen pretexto para acabar hablando de otros muchos temas de interés relacionados con cada uno de estos campos. Y así sucede en este libro. Ahora bien, en los trabajos que siguen la referencia a la globalización no se reduce a un mero recurso retórico, sino que se toma plenamente en serio como objeto directo de análisis. Se profundiza así en el significado del término, sus antecedentes históricos y las connotaciones en el uso actual —y pretendidamente novedoso— del mismo; más allá de la cuestión semántica, y de su manipulación estratégica, se entra también a considerar el fenómeno de sí mismo, como manifestación de un estado de cosas en el mundo real, fundamentado en dos pilares básicos, a saber: el desarrollo de los medios y tecnologías de la comunicación y la hegemonía de la economía capitalista en su versión neoliberal. Además, se examinan las consecuencias políticas, sobre todo en el orden internacional, socioeconómicas y culturales derivadas de dicho estado de cosas, bajo un prisma crítico y constructivo a la vez, que deja constancia tanto del potencial de desarrollo como de los riesgos involutivos que presenta la globalización. En la tensión dialéctica que se vive en el mundo actual entre los requisitos de la universalidad y las demandas de la diferenciación, los límites de la globalización no son otros que aquellos que vienen impuestos por los valores humanos fundamentales —valores supuestamente universales—, aplicados desde la circunscripción de cada ser humano individual y concreto, cuya libertad sólo termina donde empieza la de los demás.

En "Los mercados y 'la sustancia de la sociedad' ", Noam Chomsky adopta una perspectiva histórica de amplio alcance para analizar los principales conflictos

del mundo actual, derivados básicamente de la confrontación entre los ideales democráticos más genuinos y la lógica conservadora del poder establecido. Así se repasan desde los antecedentes más lejanos de la Inglaterra de finales del siglo XVII, y sus revueltas campesinas reivindicando las tierras comunales, hasta los antecedentes más próximos, con la finalización de la Segunda Guerra Mundial y la configuración del nuevo orden mundial. Y ello sin olvidar los avatares experimentados por la doctrina liberal, y su manipulación estratégica, en los dos últimos siglos, hasta llegar al momento neoliberal en que nos encontramos actualmente. Chomsky se detiene especialmente a considerar las contradicciones inherentes al funcionamiento mismo de los tres pilares institucionales sobre los que descansa el nuevo orden mundial: la Carta de las Naciones Unidas, la Declaración Universal de los Derechos Humanos y el acuerdo entre Estados Unidos y Gran Bretaña para establecer los principios del orden económico internacional (el llamado sistema Bretton Woods). En relación con esto último, resalta hasta qué punto ha sido tergiversada la doctrina liberal más ortodoxa por un sistema de política económica que no tiene reparos en intervenir para proteger a los más poderosos, dejando al pairo del mercado libre al resto de los mortales, para los que el concepto de libertad se viene a reducir al de libertad de consumo. Bajo el lema de la globalización, no parece que se esconda otra cosa, según Chomsky, que no sea la aceptación sumisa de la ideología dominante. A él le queda la esperanza, sin embargo, de que, como ha ocurrido en otros momentos históricos, el ser humano no se conforme tan fácilmente con ese destino.

Desde una perspectiva algo diferente, aun cuando resulte también enormemente crítica con respecto a la

globalización, Josep Lluís Gómez Mompart, en "El campo mediático y la sociedad de la información", se va a ocupar de los medios de comunicación de masas, analizando por dentro y desde dentro sus condicionantes, sus tendencias y su contribución al establecimiento de lo que, desde MacLuhan, conocemos ya como "la aldea global". El trabajo de Gómez Mompart destaca dos aspectos principales en la caracterización del poder de "los medios". Por un lado, lo que constituye su poder instrumental objetivo, dado fundamentalmente por el desarrollo tecnológico y las posibilidades que éste ofrece para reducir drásticamente el tiempo y el espacio humanos y potenciar la comunicación; en este sentido, no hay duda de que estamos en una era nueva, en la que se dan unas condiciones nuevas de interconexión social con repercusiones en todos los ámbitos de la vida humana. Pero, por otro lado, hay que hablar —y es a lo que Gómez Mompart dedica buena parte de su exposición— del poder al que están sometidos "los medios" y que se ejerce y proyecta a través de ellos. Aquí es donde, una vez más, los intereses socioeconómicos y políticos imponen su lógica de la uniformidad, caracterizada por el denominado "pensamiento único", bajo el ropaje de la mal llamada "sociedad de la información" (en singular) y la promesa ilusoria de un futuro cibernético vacío de contenido. También a Gómez Mompart le queda la esperanza de que "los medios" pueden ser objeto de un uso alternativo de carácter "radicalmente democrático", más atentos a la universalidad (que incluye la diferenciación) que a la homogeneidad global.

La preponderancia del factor económico en el mundo actual es analizada en profundidad por Antoni Domènech en "Algunos enigmas de la racionalidad económica", donde hace una revisión crítica del estatuto epistemológico de la propia ciencia económica. El pun-

to de partida es la constatación de que, a pesar del desarrollo metodológico alcanzado por esta disciplina en cuanto al tratamiento de datos y la parametrización y modelización de teorías, los niveles de contrastación empírica, valor predictivo y adecuación explicativa son, en general, bastante bajos. Lo curioso y paradójico de esta situación es, según Domènech, que tal debilidad epistémica no es óbice, sino todo lo contrario, para que el impacto de la Economía en todas las facetas del armazón social y de la existencia cotidiana sea muy superior al de cualquier otra disciplina científica mucho más consolidada; y pueda compaginarse además con una actitud general de autocomplacencia de los supuestamente "expertos" del orden económico, actitud que se propaga a los medios de comunicación en formas acríticas que resultan especialmente preocupantes. Como consecuencia de ello, la teoría económica se va aislando cada vez más —y distanciando— de la corriente general de las demás ciencias. Asunto que es particularmente grave cuando dicho distanciamiento se produce con respecto a la psicología y, más en general, respecto a las ciencias cognitivas. Es grave y muy llamativo a la vez, pues, como muestra Antoni Domènech, uno de los supuestos básicos de la teoría económica es, precisamente, el de la racionalidad de los agentes económicos, cuya explicitación no suele ir más allá de la que puede ofrecer la psicología popular, a todas luces insuficiente para dotar de una base empírica adecuada a dicha teoría. A falta de validación empírica, el "poder" de la Economía como ciencia, aun cuando revestido de un gran aparato formal y matemático, queda fácilmente sometido a los intereses de los que más poder tienen en el mundo real.

Por su parte, Dolors Comas d'Argemir, en "La globalización, ¿unidad del sistema?; exclusión social, diversi-

dad y diferencia cultural en la aldea global", se propone desvelar la cara oculta de la globalización, o las *caras ocultas* si se quiere, por cuanto agrupa en tres apartados los efectos contrapuestos a la idea unitaria de globalización. Es importante notar, además, que dichos efectos vienen a ser provocados por las propias condiciones en que se sustenta la globalización. Dolors Comas empieza por examinar las connotaciones del término, en contraste con las de términos o expresiones usados en épocas precedentes y que, en cierto modo, están relacionados (como "imperialismo", desarrollo/subdesarrollo", "tercer mundo", "sistema mundial", etc.); se constata, en todo caso, la existencia de circunstancias objetivas que han hecho aumentar el grado de interdependencia que se da a escala mundial y han favorecido, por tanto, la idea de que hay un sistema unitario. Ahora bien, ni la interdependencia es neutral y simétrica, ni la supuesta unidad del sistema está libre de fisuras. La globalización comporta, pues, tres tipos de efectos: a) el aumento de las desigualdades económicas, con sus correlatos en cuanto a la radicalización de la pobreza, las amenazas a la sostenibilidad ecológica, los movimientos migratorios, la xenofobia, etc.; b) la diversidad de respuestas en cuanto al grado y las formas de integración en el supuesto sistema global; y c) la reivindicación de la especificidad y la consiguiente fragmentación cultural. Para Dolors Comas, las consecuencias negativas de la globalización podrían ser contrarrestadas por la acción política (¿global?) de regulación del mercado que tendiera efectivamente a la redistribución de la riqueza y al progreso social.

Como se ha indicado en la Presentación, en este volumen se incluyen, junto a los trabajos expuestos en la sesión de las Jornadas dedicadas a los temas sociales, los discursos del acto de investidura del doctorado

Honoris Causa otorgado al Profesor Noam Chomsky. El discurso de Noam Chomsky, que aparece aquí con el título "La responsabilidad social de la universidad", conecta de forma bastante directa con los temas tratados en los capítulos anteriores, en cuanto que aborda los retos que se le presentan a la institución universitaria —en especial, a las universidades públicas— en el marco de la globalización, es decir, en el marco de la sociedad de la información y del neoliberalismo económico. Chomsky plantea cuál es el dilema básico con el que se enfrenta la universidad pública —fidelidad en la legitimación del orden establecido que la mantiene *versus* confrontación crítica para el desarrollo social, con el riesgo consiguiente de perder su sustento— y apela a la racionalidad de los planteamientos, como es propio de la labor intelectual científica, y a la responsabilidad de todos los integrantes de la comunidad universitaria, para optar de forma decidida y libre de presiones externas por la segunda de las alternativas. Es lo que, según él, cabe esperar en una sociedad saludable de la función intelectual y social de la universidad.

Por último, y para completar este volumen, ha parecido oportuno incluir también el discurso de "elogio del candidato", que forma parte del mismo acto de investidura. Y ello, precisamente, por considerar que, más allá del ritual que acompaña a dicho acto, el propio relato de la trayectoria de Noam Chomsky podía tomarse como una ilustración, bien cercana a este caso, de cómo son compatibles el trabajo intelectual al máximo nivel de excelencia y el compromiso político a favor de una sociedad más libre y más justa.

Capítulo 1

LOS MERCADOS Y LA "SUSTANCIA DE LA SOCIEDAD"*

por Noam Chomsky

HAY momentos ocasionales en los asuntos humanos en los que las relaciones de poder hacen posible establecer arreglos sociopolíticos de tan amplio alcance como para merecer el término "orden mundial" —un término no siempre con connotaciones positivas, como la historia revela—. Uno de los más espectaculares y claros ejemplos, y de más fácil datación, tuvo lugar hace medio siglo a raíz de las secuelas de la más devastadora catástrofe de la civilización occidental. Al final de la guerra, Estados Unidos tuvo una aplastante participación en el poder y la riqueza globales —algo sin precedentes históricos— y, naturalmente, los elementos dominantes dentro de los EE.UU., en conexión con el poder del Estado capitalista, planearon utilizar su poder abrumador en el mundo para organizarlo de acuerdo con su propio interés. Hubo, por supuesto, visiones opuestas en los mismos EE.UU. y en todo el mundo, y tuvieron que ser contenidas o —mejor aun incluso— "replegadas" *(rolled back)*, por hacer uso de la retórica conven-

* La traducción del presente capítulo ha sido realizada por Sergio Vallhonrat y Sara Martí.

cional de la guerra fría. Esto se consiguió con diversos grados de éxito, aunque los conflictos básicos persisten y la razón por la que persisten y por la que continuarán persistiendo es porque tienen que ver con valores fundamentales —la libertad, la justicia, los derechos humanos—. En un mundo con gran desigualdad y gran concentración de poder —esto es, el mundo real— estos valores constituyen generalmente un terreno de conflicto entre los centros de poder y el resto. Gran parte de la historia gira en torno a estos conflictos y la última mitad del siglo XX no es una excepción.

Al principio de la era actual, hace medio siglo, los creadores del nuevo orden mundial de esa época tuvieron que afrontar estos desafíos por todas partes. Dentro de los Estados Unidos, se tuvieron que contener, o "replegar", los fuertes compromisos de una gran mayoría de la población, de ideales generalmente socialdemocráticos, que el mundo empresarial percibió como una grave amenaza para su tradicional dominio de la sociedad. Citando sus propias palabras, la Asociación Nacional de Fabricantes advirtió del "peligro al que se enfrentan los industriales ante el creciente poder político de las masas". Hace treinta años, esto se llamó "la crisis de la democracia", cuando una asustada élite de todo el mundo industrial tuvo que hacer frente a la peligrosa perspectiva de que la población general, que es habitualmente apática y obediente, intentara introducirse en el ámbito político para insistir en sus demandas, planteando una crisis de la democracia que tenía que ser contenida de algún modo. Hace cincuenta años, surgieron problemas similares en el mundo industrial; éstos se intensificaron por el prestigio y el atractivo de la resistencia antifascista, que a menudo tuvo un empuje democrático radical, y por el descrédito del orden conservador tradicional que había estado

vinculado al sistema fascista, como ustedes saben muy bien.

Restituir la esencia del orden tradicional fue la tarea primordial de los vencedores en los primeros años de la posguerra y se consiguió en muy alto grado en Europa y Asia, a menudo con medios particularmente poco atractivos —de hecho dejando muchos cientos de miles de cadáveres en el camino—. Por lo que respecta a los Estados Unidos, durante los últimos 25 años el proyecto ha tomado nuevas formas bajo el disfraz de neoliberalismo o racionalismo económico de doctrinas de libre mercado —doctrinas que están impregnadas de un gran componente de fraude e hipocresía. Volveré sobre esto más adelante.

En el Tercer Mundo hubo problemas similares, que se agravaron por las presiones de todo el mundo para derrocar los sistemas imperialistas y sus legados de dependencia y subordinación. Los problemas básicos fueron más o menos los mismos en todas partes, pero podemos percibirlos con particular claridad en América Latina. La razón de ello es que, en Latinoamérica, los Estados Unidos no encontraron, esencialmente, ninguna oposición a excepción de la población local, así que los problemas son, por tanto, claros y puros. La población local de Latinoamérica era vista, en efecto, como una amenaza muy peligrosa. Citaré documentos de Estado, documentos internos que han sido divulgados desde entonces. El gobierno de los Estados Unidos estaba profundamente preocupado por lo que llamaron "la filosofía del nuevo nacionalismo" que estaba extendiéndose por toda Latinoamérica, "abarcando políticas diseñadas para provocar una más amplia distribución de los bienes y para elevar el nivel de vida de las masas [sobre el principio de que] los primeros beneficiarios de los recursos de un país deben ser la gente de ese

país". Esto es lo que se conoce como nacionalismo radical o nacionalismo económico en los documentos del Estado y, por supuesto, era considerado inaceptable. Los principales beneficiarios de los recursos de un país se supone que han de ser los inversores de los Estados Unidos, sus homólogos de cualquier otro sitio y los socios locales que trabajan en su propia tierra para asegurar que todo funciona bien.

Pues bien, las relaciones de poder prevalecieron. Los Estados Unidos impusieron lo que se llamó una carta económica para las Américas, cuya principal tesis fue que era necesario acabar con los nacionalismos económicos "en todas sus formas". En la cruel y sangrienta historia del siguiente medio siglo, esta tesis permaneció como uno de los temas centrales, reiterada constantemente en los documentos internos de planificación y demostrada sobre el terreno de maneras que no es necesario comentar. Estos conflictos continúan —hoy en día están muy vivos— pero en el marco de una forma de "globalización", como se le llama, una forma específica que está creada principalmente para servir a los intereses de los primeros beneficiarios: las corporaciones trasnacionales, las instituciones financieras —pero no a la gente de la región, por supuesto.

En aquella época, la zona más crítica del Tercer Mundo era —y de hecho sigue siendo— Oriente Medio. La razón de ello es porque se trata del lugar del mundo con mayores recursos energéticos y así será durante un futuro previsible. Aquí es de particular importancia el hecho de que los primeros beneficiarios no son la gente de la región. Los recursos deben estar bajo el control efectivo de los Estados Unidos y deben ser accesibles en términos que los EE.UU. consideren apropiados. Además, y más esencialmente, los enormes beneficios generados por la producción energética deben

manar en primer lugar hacia los Estados Unidos y, en segundo lugar, hacia su "joven socio" británico. Ése fue el término empleado por el Ministerio de Asuntos Exteriores Británico en 1945, de forma poco afortunada pero precisa, para describir su papel en el nuevo orden mundial —el de joven asociado de los Estados Unidos— y esto sigue siendo así. Los administradores locales, las dictaduras familiares que controlan el sistema petrolífero —que en su día los británicos llamaron la "fachada árabe" tras la cual ellos gobiernan— tienen como trabajo reciclar las ganancias para los beneficiarios apropiados: las corporaciones energéticas, en primer lugar, las de los EE.UU. y Gran Bretaña, el Departamento del Tesoro. Hay muchos otros mecanismos. La venta de armas, por ejemplo, es una de las mejores maneras de reciclar los petrodólares, los beneficios del petróleo, para aquellos a quienes corresponden, y así otros mecanismos de ese estilo.

Naturalmente, estos arreglos generan conflictos de una forma continuada. Las poblaciones locales, de un modo u otro, no acaban de comprenderlo, pero eso continúa y es probable que se agrave mucho más en los próximos años. Hay una sencilla razón para que esto sea así, y es que existe consenso entre los geólogos de que, a pesar del bajo precio del petróleo en 1998, hay un problema que se avecina —quizás un grave problema.

Un análisis de esta cuestión apareció hace unos meses en la revista *Science* —una destacada revista de ciencia general— con el título "La próxima crisis del petróleo se presenta grave y quizás está muy cercana".[1] La crisis consiste en que la proporción de petróleo descubierto ha descendido en los últimos treinta años a

[1] Título original: "The next oil crisis looms large and perhaps close". (*N. de los t.*)

pesar de las nuevas tecnologías y demás. La zona del Golfo es, en gran medida, la mayor fuente de reservas del petróleo conocida, habiendo ahora recuperado la cuota de producción de petróleo que tuvo a principios de los '70. Conviene recordar que esto fue suficiente para acabar con la era de la energía superbarata. Fue un final transitorio —bajaron los precios de nuevo y en realidad ahora son tan baratos como nunca lo habían sido—.[2] Pero esto puede ser una ilusión. Ahora existe la misma cuota y va a incrementarse. Las previsiones son que dentro de un período corto —quizás una o dos décadas— habremos consumido alrededor de un 50% de las capacidades explotables de la energía de hidrocarburos. Su utilización está aumentando muy deprisa. Lo que quedará será, principalmente, el Oriente Medio y esto significa que es de importancia capital asegurarse de que el control y los beneficios regresan a los Estados Unidos y a su joven socio, cosa que irá aumentando y aumentando, lo cual garantiza más y más conflictos. En los documentos internos, a esto se le llama el conflicto con el nacionalismo radical, pero para el público hay otros nombres: terrorismo internacional o el choque de civilizaciones o algo similar. Pero de lo que realmente se trata es de quién controla los recursos de la energía mundial y quién se aprovecha de ellos, y esto va a continuar.

Se pueden decir muchísimas cosas sobre todos estos temas y sobre aspectos relacionados con el sistema global de la posguerra (II Guerra Mundial), que ni siquiera he mencionado, pero permítanme que me ocupe de un asunto diferente. Se trata de plantearnos el marco institucional que se diseñó para el orden mundial

[2] Debe tenerse en cuenta que esta conferencia se dio en 1998, un momento de gran estabilidad de los precios del petróleo. (*N. de los t.*)

hace cincuenta años, y de preguntarnos en qué situación se encuentra hoy en día. Dicho orden mundial se basó en tres instituciones fundamentales. Por un lado, existía un orden político internacional que estaba expresado en la Carta de las Naciones Unidas; por otro, un orden de los derechos humanos, que se refería principalmente a las formas en que se supone que los gobiernos deben comportarse con sus ciudadanos, y que está articulado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (cuyo 50 aniversario celebraremos —o quizá lamentaremos— dentro de unas semanas, en diciembre); y por último, un orden económico internacional, el llamado sistema Bretton Woods, que fue diseñado por los EE.UU. y por su joven asociado, solos en este caso. Así, éstos son los tres pilares institucionales del orden mundial de la posguerra.

Hablaré principalmente del tercero, pero déjenme hacer algún comentario sobre los dos primeros. Empezaré con el orden político internacional, la Carta de las Naciones Unidas. Ésta tiene una tesis básica que es central: prohibir la amenaza o el uso de la fuerza en asuntos internacionales, con dos excepciones muy restringidas. Una es que se autorice específicamente por el Consejo de Seguridad, después de determinar éste que los medios pacíficos han fracasado; bien, esto nunca ha ocurrido, así que podemos obviarlo. La segunda, y la única otra alternativa, es el artículo 51 de la Carta, el cual permite la autodefensa contra un ataque armado hasta que el Consejo de Seguridad actúe. Así, por ejemplo, si la armada cubana invadiese los Estados Unidos, éstos tienen permiso —tras notificarlo al Consejo de Seguridad— de defenderse hasta que el Consejo haga algo para detener el ataque.

El ejemplo debería ser hipotético, aunque no estoy seguro. Recientemente, el Pentágono restó importancia

a la amenaza cubana, de modo que ya no es tan grave como lo fue los últimos 30 o 40 años. Esto enfureció al Congreso y la Casa Blanca rechazó la conclusión del Pentágono diciendo que la amenaza de la seguridad internacional era real. Ésta fue la base por la que Estados Unidos rechazó la jurisdicción de la Organización Mundial de Comercio cuando la Unión Europea protestó contra la grave violación de los Estados Unidos de los tratados comerciales internacionales y de derecho internacional, pero los Estados Unidos alegaron una exención de seguridad nacional a causa de la amenaza militar de Cuba. Así, si la invasión se produce, el artículo 51 permite que los Estados Unidos se defiendan hasta que el Consejo de Seguridad actúe. Ésta es la única excepción en el orden político internacional.

Por supuesto, no hay ningún mecanismo para hacer cumplir todo esto aparte de las Grandes Potencias, y en el mundo real esto significa los Estados Unidos. Pero Washington rechaza los principios de la Carta de las Naciones Unidas tanto en la práctica como incluso en la doctrina oficial. No ha habido necesidad de perder tiempo en la práctica en estos últimos cincuenta años. Un ejemplo reciente es el bombardeo de una planta farmacéutica en Sudán, que es trivial —si bien es un crimen de guerra— pero es trivial en un contexto histórico, aunque supongo que si hubiese habido un bombardeo terrorista que hubiese destruido la mitad de las reservas médicas y de fertilizantes de los Estados Unidos quizá se habría tomado más en serio. De cualquier modo, éste es un ejemplo trivial, pero lo menciono porque es uno de los más recientes aunque no es de los que más sobresalen. Es más interesante, quizás, observar que la doctrina oficial también rechaza abiertamente los principios de la Carta de las Naciones Unidas y de forma bastante explícita. Me refiero al hecho de que dichos

principios se proclamen cuando pueden utilizarse contra algún enemigo apropiado aunque oficialmente hayan sido rechazados. Esto fue cierto especialmente durante la época Reagan cuando el Departamento de Estado proclamó que el artículo 51, mencionado anteriormente, autoriza la "autodefensa contra futuros ataques". Ésta fue la justificación para bombardear Libia y también, de acuerdo con el Departamento de Estado, el artículo 5 justifica el uso de la fuerza por parte de los EE.UU. "para defender sus intereses". Ésta fue la justificación oficial para la invasión de Panamá. Y así se continúa bajo la administración Clinton, incluso con ejemplos todavía más ridículos. En todo ello están siendo bastante sinceros. La embajadora del gobierno de Clinton en las Naciones Unidas, que ahora es la Secretaria de Estado, la Sra. Albright, comunicó al Consejo de Seguridad cuando éste se negó a apoyar algunas actuaciones de los Estados Unidos, que —y cito literalmente— "los Estados Unidos actuarán multilateralmente cuando puedan y unilateralmente cuando deban" para defender sus intereses.

Esto por lo que se refiere a la Carta de las Naciones Unidas, así que podemos dejarla ya a un lado. Tiene el mismo estatus que el Tribunal Internacional, que la Organización Mundial de Comercio y que otras organizaciones de orden internacional. Es irrelevante en la práctica a no ser que se use en contra de algún enemigo débil e indefenso. A veces de usa correctamente pero eso es otra cuestión.

Habrán notado que en los últimos meses ha habido muchas discusiones para establecer un Tribunal Criminal Internacional en materia de crímenes de guerra, el cual ha sido aceptado virtualmente por el mundo entero. El único país importante que lo rechazó fue Estados Unidos; la razón oficial fue que si hubiera un

tribunal internacional de crímenes de guerra, podría haber —y cito— "persecuciones frívolas de los soldados norteamericanos en los territorios en los que se llevan a cabo misiones pacificadoras". Pero esto no es muy creíble, pues las fuerzas militares de los EE.UU. raramente toman parte en misiones pacificadoras donde hay civiles implicados. Hay una muy buena razón para ello: Estados Unidos está descalificado para las misiones de pacificación debido a su doctrina militar. A diferencia de países como Noruega, Canadá, Irlanda u otros, que toman parte en misiones de pacificación, la doctrina militar de los EE.UU. exige que ningún soldado americano esté bajo amenaza, lo cual significa que si están en peligro pueden avisar a la fuerza masiva para tomar represalias; por ello en Somalia hubo una masacre con cientos de miles de civiles asesinados. Por esta razón, las fuerzas americanas no suelen participar en misiones de paz a no ser que deban separar ejércitos. Así, por ejemplo, están en el desierto del Sinaí, pero la persecución frívola de los soldados en el desierto del Sinaí no es muy probable. Lo que sí es verosímil, no obstante, y que no ha sido mencionado ni comunicado, es lo que está en el fondo de la mente de aquellos que han rechazado aceptar un Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra: un tribunal independiente no se parará en el nivel de un soldado que vuela con un helicóptero de combate, subirá en la cadena de mandos y, rápidamente, se encontrará en la casa Blanca. Entonces podría haber un procesamiento que no sería nada frívolo pero que, obviamente, no sería aceptable. Así, el rechazo tiene sentido en el mundo real, aunque sea bastante difícil encontrar a alguien que sea capaz de pensar algo así, y mucho menos de expresarlo, si bien en gran medida es cierto.

Pasemos a considerar el segundo pilar del orden mundial: la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En las próximas semanas, escucharemos sin duda mucha retórica acerca de la universalidad de sus elevados principios y del cuestionamiento relativista de los mismos, planteado por cierta mala gente que apela a los valores asiáticos o a algún otro interés especial. Y estas acusaciones serán acertadas pero parciales. Es poco probable que escuchemos alguna cosa sobre la adhesión de los países poderosos a la Declaración Universal; por ejemplo, de los EE.UU., tanto en acción como en doctrina. Manteniéndome en el tema de la doctrina, EE.UU. resulta ser un líder en el terreno del relativismo. Una categoría de derechos que está claramente expresada en la Declaración Universal y que EE.UU. rechaza abiertamente como si no tuviera ningún estatus es la categoría de los derechos socioeconómicos; y recuérdese que estamos hablando de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, donde cada disposición se supone que debe ser igualitaria, ése es su principio. Hay disposiciones socioeconómicas que los EE.UU. han rechazado como si no tuvieran ningún estatus. En palabras de Jeane Kirkpatrick, embajadora en las Naciones Unidas del gobierno de Reagan, las disposiciones socioeconómicas son "una carta a Santa Claus"; son "absurdas" y "una instigación peligrosa", dijo el embajador de Clinton hace un par de años, dirigiéndose a la comisión de los derechos humanos de las Naciones Unidas, la cual estaba considerando, a su vez, a qué se le llamaba oficialmente la Declaración de los Derechos de Desarrollo. Si se analiza su formulación, se observa que es una paráfrasis muy próxima al artículo 25 de la Declaración Universal —que es absurdo y una instigación peligrosa— y así, los EE.UU. vetaron la Declaración de los Derechos de Desarrollo.

De nuevo, hay muchas más cosas que decir acerca de todo esto, pero déjenme añadir sólo un comentario que nos puede dar una visión más profunda al respecto. Aquellos que siguen las cuestiones del derecho internacional estarán más familiarizados con este tema; en derecho internacional existe algo llamado la fórmula de Hull, atribuida al Secretario de Estado de los EE.UU. de la administración de Franklin D. Roosevelt, Cordell Hull. Esta fórmula plantea lo que se conoce como "el estándar internacional mínimo de civilización". Éste no implica hechos como el genocidio, la tortura u otros problemas marginales: más bien es —y cito— "el derecho a la compensación adecuada, efectiva e inmediata" por las propiedades expropiadas, donde la compensación completa debe ser de un "valor de mercado justo", determinado por los propietarios que son expropiados. Éste es el estándar mínimo de civilización. En nuestros días, dicha fórmula se aplica realmente de manera bastante sutil. Es la base —la base oficial— para los embargos económicos americanos y para la guerra terrorista contra Cuba de los últimos 40 años, llevada a cabo a causa del fracaso cubano para alcanzar este mínimo estándar de civilización: es decir, por no poder ofrecer lo que Washington unilateralmente decidió que debía ser la compensación justa para la propiedad nacionalizada. Por otro lado, el principio no se aplica ni a los inversores ni al gobierno americanos que robaron las propiedades cubanas a finales de siglo, cuando Cuba se encontraba bajo la ocupación militar americana y consintió... bajo una ocupación militar, esto es, bajo la fuerza. Por tanto, allí la doctrina no se aplicó. Tampoco se aplicó al gobierno y los poderes privados americanos que robaron las posesiones británicas y españolas en Cuba y en Filipinas. Por ejemplo, la Compañía Ferroviaria de Manila, que pertenecía a España. Tras la san-

grienta conquista de las Filipinas, los Estados Unidos eliminaron la concesión española, argumentando que estaba inspirada en motivos imperialistas españoles y, en consecuencia, era nula y vacía, por lo cual era bastante justo. Pero este caso es distinto del de las posesiones que Estados Unidos robó a Cuba y que ahora han sido nacionalizadas, esgrimiendo el fracaso cubano por alcanzar el estándar mínimo internacional de civilización. Estos principios esencialmente inamovibles, nos indican lo que realmente son los derechos humanos, lo que realmente son en el mundo real. Dejemos esto, pues, a un lado.

Pasemos al tercer elemento institucional del orden internacional y con ello acabaré: el orden económico internacional —el sistema Bretton Woods—. En realidad, es un tema que es primera página de la actualidad. El motivo es que los temores de una fusión global económica que afectaría a los privilegiados están creciendo. No que afectaría a las víctimas habituales —ésas no importan—, sino que ahora las tornas han cambiado y los ricos y privilegiados se ven amenazados, de ahí que exista un buen motivo para hablar de ello. Se discute en las reuniones de G7 —los siete países poderosos y ricos— y en las instituciones económicas. Están preocupados porque ahora se ven amenazadas las víctimas no habituales. ¡Y éste sí que es un temor real! No hay duda de que existe una preocupación.

Volviendo al sistema Bretton Woods, éste tenía dos principios básicos: el primer principio se basaba en el hecho de que debería haber un esfuerzo para liberalizar el comercio, y el segundo principio, en que debería existir una regulación del flujo de capital. Así, el comercio debería liberalizarse pero los movimientos de capital deberían ser controlados y regulados. Y además, el tipo de cambio debería estar fijado. Éstos eran los principios

básicos del Bretton Woods y, de hecho, también se contemplan en las normas del Fondo Monetario Internacional (FMI). Están intentando cambiarlas, pero siguen ahí. Por supuesto, nunca han aplicado estas reglas —por lo menos en los últimos 25 años— pero siguen estando ahí. De acuerdo con las normas del FMI, los países tienen permiso para regular el flujo de capital si lo consideran necesario y, de hecho, estas normas prohíben al FMI conceder créditos para cubrir la evasión de capital. Me parece innecesario comentar de qué modo se cumplen estas normas. Ése era el sistema Bretton Woods.

Existían razones para la regulación del flujo de capital, parte de las cuales eran de tipo teórico. Había una asunción generalizada por parte de los economistas de que la evasión de capital, los flujos especulativos a corto plazo y las fluctuaciones del tipo de cambio tenderían a socavar la libertad de mercado. Así, que si esto se permitía no se podría alcanzar apropiadamente el primer principio de la liberalización del mercado. Esto era una teoría, pero la experiencia reciente es consecuente con ella. La segunda razón no era teórica, era una perogrullada: el libre flujo de capital socava la democracia y el Estado del bienestar, que era demasiado popular en la época como para ignorarlo; no se podía decir: "De acuerdo, nos desharemos de él" y volver a 1900, no se podía hacer algo así en ese momento. Y la razón es clara y bien comprensible. La habilidad de un país de controlar si el capital se mueve hacia dentro o hacia fuera permite a su gobierno llevar a cabo políticas monetarias y tributarias para sustentar el empleo, los ingresos y los programas sociales sin temor de que la evasión de capital mine estos programas. El libre flujo de capital crea lo que algunos economistas internacionales han llamado un "senado virtual" —un tipo

de gobierno que no está definido en una estructura gubernamental formal— de instituciones financieras que pueden imponer su propia política social mediante la amenaza de la evasión de capital, que desembocará en tipos de interés más altos, ralentización económica, recortes presupuestarios de la sanidad y la educación, etc., o tal vez una recesión o un colapso total. De este modo, si hay un libre flujo de capital, existe un senado virtual que es el que gobierna de hecho y los gobiernos formales no pueden ejecutar sus políticas. En tanto que los gobiernos son democráticos, la población sólo tiene un papel reducido en el control de sus propias vidas; éste es el efecto del libre flujo de capital. De hecho, he estado citando virtualmente a los creadores del Bretton Woods: el representante de Gran Bretaña era John Maynard Keynes y el de los Estados Unidos era Harry Dexter White.

Bien, esta parte no es especialmente controvertida como hemos podido observar a lo largo de los últimos 25 años; es lo que se ha llamado globalización —volveré sobre ello— y es muy importante tenerlo en cuenta al revisar la época actual.

El sistema Bretton Woods, tal como se diseñó realmente, fue más o menos adecuado durante 25 años —hasta principios de los '70—. A este período se le suele llamar la época dorada del capitalismo de Estado de la posguerra, caracterizado por un ritmo muy elevado —según los estándares históricos— de crecimiento de la economía y de la productividad, y la expansión del contrato social; esto ocurrió aproximadamente en los años cincuenta y en los sesenta. El sistema fue desmantelado hacia principios de los '70 —primero cuando Richard Nixon abrogó unilateralmente el principio básico y después con la participación de otros centros financieros importantes—. Por los años '80, los controles del capital

habían desaparecido prácticamente de los países ricos; las pequeñas economías, como Corea del Sur, fueron simplemente obligadas —más o menos por la fuerza— a abandonarlos. Esto sucedió hace sólo unos años, y ha sido ampliamente reconocido como uno de los principales factores —quizás el más importante— en el reciente colapso de Corea del Sur y de otras economías asiáticas.

Debería añadir, a la luz de la reciente crisis asiática, que los analistas más serios reconocen que hay un notable milagro económico, particularmente en el este de Asia —el sudeste asiático es otra historia—. Déjenme citar al principal economista del Banco Mundial, un reconocido y respetado profesional de la economía, Joseph Stiglitz. Recientemente ha subrayado que el milagro económico del este asiático fue real; en sus palabras, "un logro asombroso sin precedentes históricos", y también que éste se basó en una desviación muy significativa de la doctrina oficial —el consenso neoliberal—. También afirmó que los asombrosos logros deberían haber continuado a no ser que fueran destruidos por los irracionales mercados financieros que, como es sabido, son muy irracionales. Citando de nuevo a Stiglitz —recuerden que es el mayor economista del Banco Mundial—, en el este asiático los gobiernos asumieron la responsabilidad principal de promocionar el crecimiento de la economía, abandonando la "religión" que bien conocen los mercados e interviniendo para intensificar la transferencia tecnológica, la igualdad relativa, la educación, la salud, junto con la coordinación de la política industrial y los estrictos controles del capital. Y de hecho, comenta que el reciente colapso es fácilmente atribuible al abandono de estas estrategias —no por propia elección, sino porque se vieron obligados a abandonarlas—. También menciona que las mismas sociedades ricas han seguido una línea simi-

lar —en realidad más de lo que el Banco Mundial ha reconocido en sus breves intentos por entrar en la historia económica.

Bien. ¿Qué ha ocurrido desde que fracasó el sistema Bretton Woods a principios de los setenta? Una de las cosas que ha ocurrido es que el crecimiento de la economía y de la productividad se ralentizó notablemente. Comúnmente, se dice que el comercio se incrementó, pero esta afirmación es sólo parcialmente cierta. El crecimiento del comercio se incrementó con respecto al crecimiento de la economía, pero la principal razón es que el crecimiento económico se ralentizó y del mismo modo la razón del crecimiento del comercio respecto al económico. De cualquier modo, hubo una ralentización general desde principios de los años '70. Los economistas discuten sobre el porqué pero no sobre el hecho en sí. Una segunda consecuencia es que los ingresos se estancaron o disminuyeron para la gran mayoría mientras que las condiciones laborales se deterioraron, de tal modo que los servicios sociales se han ido deteriorando, las infraestructuras se han ido colapsando, etc. Esto es dramáticamente cierto en Estados Unidos pero también en otros países industriales. También ha habido un rápido aumento de la encarcelación desde 1980, añadiendo alrededor de un 8% al porcentaje oficial de desempleo. Hay una razón para ello, según creo. Los criminalistas profesionales lo comentan. Los Estados Unidos tienen una población sobrante; si estuviésemos en un país del Tercer Mundo —digamos Colombia— enviaríamos a un escuadrón de la muerte a asesinarlos. Es lo que se ha denominado *limpieza social*, una bonita expresión latinoamericana. Pero en Estados Unidos somos más civilizados, no tenemos escuadrones de la muerte; los mandamos a la cárcel —entre otros modos de deshacernos de ellos—. Esto es un reflejo de los

cambios sociales generales. En realidad hay mucho más que decir sobre el tema, pero seguiré adelante.

Otro efecto, particularmente en los últimos años, es que los beneficios se han elevado, son enormes, especialmente en los años '90. Aquellos que lean la prensa financiera habrán notado que se les han acabado los adjetivos; un año es "deslumbrante", al siguiente año es "estupendo", al siguiente algo más; ya no saben cómo llamarlo. También ha habido un incremento astronómico del flujo de capital. Además, éste ha cambiado radicalmente en naturaleza. Principalmente, es un flujo de capital a muy corto plazo —especulativo, en otras palabras—. Ahora se estima en cerca de un billón y medio de dólares diarios,[3] lo cual sobrepasa totalmente los recursos de cualquier país industrial o de la Unión Europea; y alrededor de un 80% de ello tiene un tiempo de retorno de una semana o menos; muchas veces de un día o de pocas horas, por tanto, es una especulación a muy corto plazo. Esto significa que no está relacionada con la economía real —de hecho, es dañina para la economía real—. Ha supuesto un gran cambio en los 25 últimos años; por un lado, es un enorme cambio en escala pero también en carácter. Si regresamos a los años '70, alrededor de un 90% del flujo de capital estaba relacionado con la economía; había inversiones a largo plazo o comercio o algo similar. Ahora se estima tan sólo en un 5%; el resto es especulación y extremadamente a corto plazo.

Es bien sabido, y así ha sido durante mucho tiempo, que los mercados financieros son muy irracionales. No hay una buena teoría sobre ellos: es principalmente una cuestión de psicología amateur, y no muy profunda.

[3] Se ha optado por traducir los valores económicos del original al sistema decimal español, de este modo un billón español equivale a un trillón americano. (*N. de los t.*)

Recurriendo a la terminología común de los economistas internacionales, están sujetos a "pánicos, manías y depresiones". Así es como son los mercados financieros; hay una especie de irracionalidad de "rebaño" que les supera y que tiene muy poco que ver con lo que se conoce por fundamentos económicos. Para agravar la situación, las transacciones financieras especulativas actuales se basan en gran medida en préstamos. Son lo que se conoce como "altamente apalancadas" (*highly leveraged*) en la bibliografía técnica. De este modo, se tiene una pequeñísima suma de dinero real y el resto es todo imaginación. Esto se observa espectacularmente en los fondos de cobertura. En los periódicos de esta mañana se puede leer que George Soros, el gran maestro de los fondos de cobertura, ha cancelado uno de sus tres fondos, porque ha perdido recientemente alrededor de quinientos millones de dólares o una cifra similar. Y uno de los mayores fondos de cobertura tuvo que ser avalado por la Reserva Federal, que forzó a los bancos a avalarlo, sólo hace unas semanas. Este caso fue particularmente llamativo porque estaba encabezado por dos Premios Nobel de Economía, que habían ganado el Premio Nobel por su teoría de cómo realizar inversiones a corto plazo en los mercados financieros. Pues bien, esto ha supuesto un problema para los contribuyentes en cuanto a sus impuestos, aproximadamente tres mil quinientos millones de dólares; por cierto, esto es el capitalismo de libre mercado. El Fondo Monetario Internacional está formado por unos 180 miembros. Realizó un estudio hace aproximadamente un año y descubrió que más o menos un 80% de sus miembros había tenido al menos una crisis bancaria entre 1980 y 1995. Y nadie sabe cuándo será la próxima ni cuán severa será; son impredecibles, son rápidas. Ha habido fluctuaciones de los tipos de cambio muy rápi-

das, exactamente lo contrario de las predicciones de economistas de mercado libre como Milton Friedman y otros. Y se está descontrolando. Me refiero a lo que los economistas internacionales sensatos dicen: "¡No lo entendemos!". En un informe reciente del Banco Internacional de Depósitos —ya saben, el banco de los banqueros, la institución más conservadora que existe— se puede leer: "Miren, no entendemos lo que ocurre. No hay manera de entender los mercados internacionales excepto que están sujetos al pánico, las manías y las depresiones". Y aconsejan "humildad".

Ahora bien, esto está llegando a las primeras páginas de la actualidad porque perjudica a la gente rica —y no porque perjudique a los demás—. Por tanto es una crisis, en un sentido técnico. Durante estos últimos 25 años, también ha habido un "asalto ininterrumpido al principio del [comercio libre]", y estoy citando al jefe de investigación económica de la Organización Mundial de Comercio que, en una monografía de carácter técnico, describe el asalto ininterrumpido a los mercados libres desde el comienzo de los años '70, principalmente debido al incremento de la interferencia de mercado —proteccionismo de algún tipo u otro— en los países ricos, con los Estados Unidos destacando en la cabeza. De hecho, atribuye a la administración Reagan, al proteccionismo de Reagan, un efecto tres veces superior al de otros países industrializados. Aunque esto no es exactamente lo que se lee en los titulares, es bastante acertado. Durante los años de Reagan la protección vino a doblarse en los Estados Unidos, mucho más que en otras administraciones de posguerra. De hecho, alardearon de esto públicamente ante la comunidad empresarial, aunque no ante la gente pobre. La gente pobre se supone que debe seguir la disciplina de mercado, pero no los ricos: éstos deben ser protegidos. Del mismo modo,

los subsidios se incrementaron sustancialmente y también las fianzas directas —el gobierno saldaba las cuentas de las corporaciones y bancos que estaban a punto de quebrar—. Esto también se incrementó.

El objetivo de este asalto ininterrumpido al comercio libre fue el de superar serios fracasos —fracasos de gestión— en la economía estadounidense que conducían al declive de la industria americana. Alrededor de 1980 había una preocupación por ese declive; hubo una especie de llamamiento para lo que se denominó la "reindustrialización de América". Y lo consiguieron con el estilo habitual: en parte a través de la protección, que es el estilo histórico, y también llamando al Pentágono, también otro estilo histórico. Así, los gastos del Estado bajo la administración Reagan aumentaron de modo considerable, principalmente los subsidios del Estado a la industria de alta tecnología, también llamada de autodefensa o algo parecido. El Pentágono —el llamado Departamento de Defensa— jugó su papel tradicional al intentar hacer frente a los fracasos de gestión. Iniciaron un programa llamado "Fabricando Tecnología" —la expresión es MANTECH, contracción de *Manufacturing Technology*—, un panorama que creció muy rápidamente bajo la administración Reagan dentro del Pentágono. El propósito era diseñar lo que se llamó la "fábrica del futuro", lo cual significa desarrollar sistemas de fabricación automatizada, adoptando los rápidos sistemas de producción japoneses que los empresarios americanos todavía no habían comprendido ni utilizado. Gran parte de estos sistemas fueron mejorados y desarrollados con dinero público en el Pentágono y después entregados a los empresarios americanos, abiertamente, sin secretos. Los documentos del Pentágono señalan que esto es lo que hacen y, de hecho, lo que se ha estado haciendo desde el siglo XIX, pero ahora a mayor escala.

Como resultado de todo esto se consiguió salvar los componentes de la economía americana de sus competidores extranjeros, principalmente de los japoneses y otros competidores del este asiático, y colocar a las corporaciones estadounidenses en una buena posición para dominar las tecnologías y los mercados emergentes. Hay ejemplos espectaculares, quizás el más claro es el caso de Internet. Internet está considerada actualmente como un gran triunfo del fuerte individualismo americano, de la libre empresa y de todas esas cosas maravillosas, y se espera que se erija en fuente de enormes beneficios en los próximos años. En realidad, Internet —como todo el mundo sabe— se diseñó y desarrolló por primera vez en el Pentágono; después, a través de la Fundación Nacional de Ciencia, parcialmente en el CERN, el Centro Internacional de Investigación de Ginebra, que es de donde procede la idea de la *worldwide web*, y al cabo de unos treinta años de desarrollo con dinero público fue entregado a empresarios como Bill Gates, hace aproximadamente tres años. Gates por lo menos es sincero; atribuye su éxito, en sus propias palabras, a una habilidad para "aprovechar y potenciar las ideas de otros" —normalmente aquellas que provienen del sector público y han sido financiadas con dinero público—. Internet es un ejemplo bien llamativo, pero la historia se repite en muchos otros casos: en el mundo informático y de la electrónica, en la industria aeronáutica —no merece la pena hablar de ello—, en la biotecnología y, de hecho, en casi cualquier lugar al que se nos ocurra mirar. Y por este motivo observamos que los llamados conservadores —ya saben, gente como Newt Gingrich o Trent Lott, los líderes de la revolución conservadora en el Congreso y en el Senado— cada año ganan el premio de conseguir mayores subsidios federales para sus ricos integrantes. También están a favor

del incremento del presupuesto para el Instituto Nacional de Salud —y del presupuesto militar, claro está—, porque es el modo de analizar nuevamente los fondos públicos hacia los beneficiarios adecuados.

Ésta es, pues, la teoría real del libre mercado. Otro de sus aspectos es el proteccionismo directo mediante "barreras no arancelarias", que ha continuado bajo la administración Clinton: la intervención radical, en todas sus variedades, del libre comercio cuando ello es conveniente. Hace aproximadamente un año, los tomates mejicanos fueron básicamente prohibidos, lo que supuso unas pérdidas de cerca de mil millones de dólares para los productores mejicanos, y se ha confirmado que la razón es que los consumidores americanos preferían los tomates mejicanos y los empresarios agrícolas de Florida se veían afectados. Muy poco tiempo después, la administración Clinton impuso aranceles extremadamente altos a los superordenadores japoneses —el otro polo de la economía—. La razón era la misma: los ordenadores japoneses eran mucho mejores, de modo que hubo que imponerles aranceles muy altos. En estos momentos se están tratando de prohibir las importaciones de acero porque están vendiendo más barato que los productores de acero americanos. Y esto no sucede solamente en los Estados Unidos, sino que ocurre en todo país industrial. De este modo, los países industriales en su conjunto crearon una especie de cártel del aluminio para mantener los precios en un nivel adecuado. La Unión Europea lo ha hecho siempre, Japón y otros también y así se repite la historia. La doctrina del libre mercado es buena para los niños pobres y para la gente del Tercer Mundo, pues deben aprender cómo terminar con el "ciclo de dependencia" y este tipo de cosas, pero no para la gente rica y poderosa. Eso es distinto.

Hay algo que decir acerca de lo que se ha denominado el cuento de hadas de la economía americana, que se supone que es maravillosa y todo eso —no entraré en detalles—. Este cuento es principalmente un fraude —y se sabe que lo es, incluyendo la actual recuperación de la economía—. El mejor ejemplo que se da de la economía de cuento de hadas es el mercado de la bolsa; y en efecto, es un cuento de hadas para el uno por ciento más alto de la población que posee la mitad de la bolsa, y también lo es para el diez por ciento superior de la población, de clase alta, que posee la gran mayoría del resto. Si bajamos al siguiente 10% —es decir, entre el percentil 90 y el 80— éstos han perdido liquidez, activos menos pasivos. Ésta ha disminuido en los últimos 20 años porque sus deudas han subido más rápido que sus activos. Y cuando se va más abajo es mucho peor. Alrededor del 75% de las familias en la economía de cuento de hadas deben trabajar muchas más horas para evitar perder más terreno; ni siquiera han recuperado el nivel de 1989. Esto no tiene precedentes en la historia americana durante una época de recuperación económica. El crecimiento se mide per cápita, que es lo que importa —los Estados Unidos tienen una población creciente, así que, ya se supone que habrá un crecimiento económico—, pero si se tiene en cuenta el crecimiento de la renta per cápita, éste está aproximadamente al nivel de los países de la OCDE —los países ricos—. Bastante similar es la situación del empleo cuando se observa detenidamente.

Así que es una economía de cuento de hadas para algunos —no hay duda alguna—: es decir, para aquellos que nos hablan de ella, como los periodistas que escriben los artículos sobre mí en el *New York Times* por ejemplo. Para gente como nosotros es una economía de cuento de hadas, pero no para el 80% o más de

la población. Pero aquéllos son los que cuentan historias y hablan entre ellos, se reúnen en buenos restaurantes, etc., a ellos les ha ido muy bien hasta este verano. Ahora no hablan de la economía de cuento de hadas de un modo tan entusiasta.

Las razones de esta economía de cuento de hadas se han explicado de una forma sincera. Quizá la persona más influyente en los Estados Unidos y la más respetada, supongo, es Alan Greenspan, el jefe de la Reserva Federal, el zar de la economía. Alan Greenspan testificó en el Congreso que una de las razones para que se diera esta economía de cuento de hadas, de la que él se enorgullecía tanto, era, en sus propias palabras, la de que se daba "un significativo freno en los salarios motivado por la inseguridad de los trabajadores". ¿Lo comprenden? Los trabajadores se sienten intimidados para pedir aumentos salariales: ésa es una de las cosas maravillosas que tiene la "globalización". Y cuando los trabajadores tienen miedo —el que se vayan a dormir sin saber si tendrán trabajo al día siguiente—, eso mejora mucho la salud de la economía. La salud de la economía es una expresión técnica, que tiene poco que ver con la salud de la gente —en ningún sentido, incluyendo su salud médica—. Pero tiene que ver con una cosa: el nivel de beneficios y cosas por el estilo, cosas que realmente importan. El *Business Week*, una revista de negocios muy importante, realizó una encuesta entre los trabajadores en la que se concluyó que el 90% de ellos estaban preocupados por su empleo; y bajo estas condiciones, no se puede tener una economía de cuento de hadas. Existen muchas razones para ello, incluyendo los tan nombrados "convenios comerciales", que en realidad no son convenios comerciales, sino que se trata básicamente de convenios de derechos de los inversores.

Hay mucho más que decir sobre este tema, pero quisiera abordar una última cuestión. Se reconoce que la economía internacional está mal entendida pero, por otra parte, también está bastante claro quiénes son los que se han aprovechado de las contribuciones doctrinales de los últimos años y de la fe en esta "religión", que ha sido ridiculizada por el principal economista del Banco Mundial pero vendida a través de los periódicos y de otros medios que intentan llegar a la población. Está claro quién ha sacado provecho y quién ha sufrido las consecuencias. Está mucho menos claro qué hay que hacer para controlar las fuerzas destructivas que se han desencadenado. En realidad, se han presentado propuestas durante muchos años, pero nunca han estado en la agenda de los poderosos, porque ha sido un cuento de hadas para la gente que importa, para los principales beneficiarios de la economía.

Para finalizar, considero útil —e instructivo— presentar una perspectiva de más largo alcance sobre el tema. Estamos viviendo en una fase de lucha que se ha prolongado durante siglos, que alcanzó el clímax en la primera revolución moderna, en el siglo XVII en Inglaterra. Se trató de un asunto complejo, pero un aspecto central del mismo —uno de sus componentes— fue un conflicto sobre el significado del término Libertad. Una línea de pensamiento —que fue la que ganó— definió Libertad —y cito— como la libertad para poseer y adquirir; esto era la Libertad.[4] Y así se entendió la ley común de Inglaterra como una ley de la propiedad, que protegía a los terratenientes. Sin embargo, gran parte de la población entendió la ley de los terratenien-

[4] En el texto original N. Chomsky emplea los términos *liberty* y *freedom*; para respetar la distinción que quiere establecer el autor, se ha optado por traducir *liberty* por Libertad y *freedom* por libertad. (*N. de los t.*)

tes como el enemigo de la libertad —así hubo una batalla entre la ley y la Libertad en un sentido popular, y una batalla bastante enérgica—. Recordemos que ésta era la época de los "cercamientos de las tierras comunales", un período de transformación dura y a menudo bastante violenta de la sociedad inglesa que, con el paso del tiempo, convirtió la población rural en un proletariado dominado carente de sus derechos comunales tradicionales —a la tierra, a los bosques, a la solidaridad popular, a las tradiciones artesanales, etc.—. Tampoco tenían derechos políticos y estuvieron así hasta principios del siglo XX. En la Inglaterra del siglo XVII, una buena parte de la población se opuso a los dos bandos de la guerra civil. En realidad, esto no es muy extraño; lo mismo ocurrió en la Revolución Americana y también en la Guerra Civil Española de hace 60 años, tras la aniquilación de la revolución anarquista de 1937. Después de esto, gran parte de la población optó por no tomar parte —no querían a nadie, por buenas razones—. En el siglo XVII, la gente común —ahora cito de sus panfletos— quería estar representada por "campesinos como nosotros que conocen nuestros males, y no por nobles y caballeros que sólo saben cómo oprimirnos".

Se perdió la batalla, pero la lucha fue más allá. La lucha continuó a medida que el sistema industrial se impuso. Se debía enseñar a la gente disciplina y obediencia; sus vidas laborales no tenían valor. Los fundadores de la economía moderna dieron una base supuestamente científica al mensaje —no Adam Smith, que era precapitalista y, en mi opinión, esencialmente anticapitalista— sino más bien Ricardo y Malthus y otras figuras punteras de principios del siglo XIX. Se debía enseñar a la gente que no tenían ningún derecho aparte de los que podían adquirir en el mercado laboral. Si no podían sobrevivir, se les daba la opción

de acudir al asilo de pobres o bien de ir a las nuevas colonias cuya población nativa había sido eliminada y en donde a menudo se convertían en esclavos virtuales. Hay un estudio clásico de este período que tiene muy buena reputación en el espectro del pensamiento serio: me refiero al libro *La gran transformación*[5] de Karl Polany, en el que encontramos que "la humanidad se vio forzada a seguir los caminos de un experimento utópico", es decir, la subordinación a los principios del mercado. "Quizá nunca en toda la historia moderna se ha perpetrado un acto de reforma social más despiadado, aniquilando multitud de vidas". Pero va más allá: "Casi de inmediato, la autoprotección de la sociedad se afianzó: las leyes empresariales, la legislación social y los movimientos políticos e industriales de la clase trabajadora emergieron para rechazar los peligros enteramente nuevos del mecanismo mercantil". La desesperación generalizada y el sufrimiento condujeron al desorden y la protesta: primero disturbios, después el surgimiento de movimientos sociales organizados que empezaron a desafiar los principios que habían elevado la acumulación de capital a la categoría de valor humano supremo. Y de manera amenazante para los patrones, también desafiaron su derecho a gobernar. La clase empresaria también reconoció que el experimento del *laissez-faire* destruiría sus propios intereses. Como apunta Polany, reconocieron que el mercado libre "no podría existir por mucho tiempo sin aniquilar la sustancia natural y humana de la sociedad; habría destruido físicamente al hombre y habría transformado su entorno en un desierto".

Mientras tanto, las luchas populares adquirieron nuevas formas. A principios de este siglo se iba a ga-

[5] Título original: *The Great Transformation*. (*N. de los t.*)

rantizar el derecho al voto a la población en general. La reacción de la élite fue similar en las dos democracias parlamentarias más importantes: en Inglaterra, el Partido Conservador advirtió de que —y cito sus documentos— si se mantenían las reglas tradicionales sería necesario "aplicar las lecciones [de los sistemas de propaganda con más éxito de la Primera Guerra Mundial] a la organización de la guerra política". Se realizó con mucho éxito. Los liberales wilsonianos de los Estados Unidos extrajeron las mismas conclusiones por aquella época, incluidos los intelectuales públicos y las figuras destacadas en la profesión creciente de las ciencias políticas y, más significativamente, en la industria en rápido desarrollo de las relaciones públicas.

Los líderes de los negocios comprendieron claramente que el sistema industrial estaba forzando a la gente a llevar una vida sin sentido y que podría acabar rebelándose y esforzándose por tomar el control de sus vidas y de su trabajo. Para evitar tal desastre sería necesario extender el concepto de Libertad a la mayoría de la población de forma restringida. Se vio enseguida que la mejor manera para conseguirlo era dar al concepto de Libertad el significado de libertad de consumo. Se debía enseñar a la gente a que percibiera sus necesidades en términos de consumo de bienes y no tanto de calidad de vida y trabajo —tal como explicaban los líderes de la industria publicitaria—, y así, la idea de que la gente pudiera controlar su propio trabajo había que quitársela de la cabeza; esto es, la idea de que —y sigo citando— "aquellos que trabajan en las fábricas deberían ser propietarios de ellas" y que el trabajo remunerado era apenas diferente de la esclavitud. Aunque sea difícil de recordar, éstos eran los ideales destacados en la América de mediados del siglo XIX entre los movimientos de la clase trabajadora inde-

pendiente e incluso entre círculos elitistas: por ejemplo, Abraham Lincoln y el Partido Republicado, incluso también en las editoriales del *The New York Times* —lo crean o no y, por supuesto, también en Europa.

Pues bien, todo esto tenía que desaparecer. Era necesario "anular las costumbres de la época", como explicaron los líderes empresariales hace setenta años, del mismo modo que las medidas de cercamiento de siglos precedentes habían anulado las costumbres de la época y, posteriormente, el experimento radical de industrialización y el incluso más radical del *laissez-faire*, que fue rápidamente interrumpido.

Los programas neoliberales de la última generación son otra etapa del mismo largo experimento, que dura ya varios siglos, para transformar no sólo los hábitos y la conducta sino también las mentes y actitudes de modo que la gente acepte la subordinación, la disciplina y el aislamiento y restrinja sus aspiraciones a necesidades artificiales creadas por la industria de la publicidad y el entretenimiento. Mientras, sus creencias y pensamientos deben ser "gobernados" —y cito, de nuevo— por instituciones ideológicas donde se supone que intelectuales responsables juegan un papel central.

Es completamente comprensible que la concentración de poder persiga tales fines. Ahora bien, el entendimiento puede liberar a la gente para diseñar y seguir caminos muy diferentes que les permitan superar la injusticia y el sufrimiento innecesario que desfigura la civilización contemporánea, así como para defender y enriquecer "la sustancia de la sociedad" para ellos mismos y para otros, y mostrar así que los seres humanos son algo mejor que las criaturas ridículas que son modeladas por la ideología contemporánea y por los intereses de poder a los que ésta sirve.

Capítulo 2

EL CAMPO MEDIÁTICO Y LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

por Josep Lluís Gómez Mompart

YA HACE bastante tiempo que se hace muy difícil entender social y culturalmente el mundo sin analizar la centralidad que ocupa la comunicación en el desarrollo de múltiples actividades preferentes. Así, por ejemplo, para comprender las diversas esferas de la producción cultural (el arte, la literatura, la ciencia, la filosofía, etc.) conviene entender cómo éstas se relacionan con la televisión y cómo este medio de referencia dominante las condiciona. Más aún, puede decirse cómo, en los últimos lustros, la lógica televisiva ha impuesto unos modos a la política formal e, incluso, al funcionamiento de la democracia. Decir, pues, que el llamado "campo mediático" es uno de los más importantes y, estratégicamente, decisivos, no es ninguna exageración.

PUGNA COMUNICATIVA EN EL ESPACIO PÚBLICO

Un campo es un espacio social estructurado y su condición para que pueda existir es que tenga una cierta autonomía de otros campos, o sea, que presente unas

reglas particulares. Pero como cualquier otro ámbito social organizado, un campo es un espacio donde las fuerzas en presencia compiten entre ellas. El "campo mediático" hace referencia al de la comunicación, en el cual se inscriben los medios de comunicación —unos dominantes y otros dominados que luchan por conservar o transformar su situación—, pero también hay que situar a los sujetos sociales y a las prácticas comunicativas que éstos desarrollan con o sin los medios de comunicación. Y, entre otras razones, hay que hacerlo así porque los estudios más solventes ya hace tiempo que interpretan los nuevos fenómenos comunicativos como prácticas culturales complejas.

Desde esta perspectiva, el "campo periodístico" —según Pierre Bourdieu (1997:45)— "es un microcosmos con leyes propias y que se define por la posición que ocupa en el mundo global y por las tracciones y las repulsiones que recibe por parte de otros microcosmos". En este sentido, para entender qué hace un determinado medio, por qué trata o no un tema y cómo lo aborda, no sólo hay que saber quién es su propietario, sino que hay que conocer la posición que ocupa en ese medio en el campo —un índice que se mide por su peso económico, por su cuota de mercado, por su singularidad (modelo o formato, impronta tecnológica, forma/fondo, talante) entre otros parámetros—, pero también hay que considerar su peso simbólico, más difícil de evaluar; o sea, qué representa y si tiene o no influencia sobre los demás medios: por ejemplo, si impone o copia una modalidad periodística.

Así, del mismo modo que la radio BBC fue durante muchos años modelo de referencia para muchas emisoras de radio de todo el mundo, o el diario *Le Monde*, especialmente entre los años sesenta y setenta, guía de tantos periódicos de los denominados de calidad —de

manera parecida a *El País*, en España y en Latinoamérica, en los últimos veinte años—, en la década de los noventa de este fin de siglo, el faro televisivo es la cadena "todo noticias" norteamericana CNN. Su modelo televisivo encarna los trazos característicos del medio de comunicación "*urbi et orbi*", paradigma de la incipiente sociedad de la información.

Asimismo, Bourdieu (1997:53) ha dicho que "el campo periodístico debe su importancia en el mundo social al hecho de que ejerce un monopolio efectivo sobre los instrumentos de producción y difusión a gran escala de la información y, a través de estos instrumentos, sobre el acceso de los ciudadanos corrientes pero también del resto de productores culturales —como sean expertos, artistas, escritores— a lo que a veces se denomina 'el espacio público', es decir, a la gran difusión".

Esta lógica refuerza la uniformidad mediática en vez de la diversidad, hasta el extremo de imponer al conjunto del campo unos criterios comunes de selección, jerarquía e, incluso, de propuestas de interpretación. Dicha lógica se debe, en buena medida, a que los periodistas interiorizan reglas y estrategias, mediante procesos de asimilación que se expresan como esquemas de percepción de la realidad y que les lleva a actuar de manera similar a todos ellos. Esas regularidades asociadas producen lo que Bourdieu denomina "habitus", o sea, un "sistema de disposiciones durables, estructuras estructurantes predispuestas a funcionar como estructuras estructuradas" (1993:72).

De aquí la importancia de controlar el discurso periodístico contemporáneo o de masas, dado que mediante el mismo, la prensa, la radio y la televisión elaboran un universo de representaciones simbólicas con propuestas de cosmovisiones, a la vez que construyen una realidad propia con pretensiones de ser reflejo de la reali-

dad social. El hecho de que los medios de comunicación destaquen algunos acontecimientos y que fabriquen otros con el fin de fijarlos públicamente es una cuestión primordial, y de ahí la importancia de la pugna de los medios y de las fuentes por el control social de los procesos de codificar e interpretar la realidad, puesto que toda sociedad instauradora de un orden económico, social, político... también lo es de un orden simbólico y cultural.

Tramas y estrategias de la globalización

La potencia del "campo mediático" alcanza su cenit en los procesos semánticos de globalización, es decir, en las tramas de instauración de conceptos tácticos que esconden geoestrategias económicas, políticas, militares... y cuyos significantes quedan acuñados como expresiones técnicas exentas de ideología. Dicho de otro modo, se trata de la purificación de voces y nociones, a las cuales se les desprovee de su carga de sentido, de su significado político-económico y sociocultural, para rellenarlas de otra significación y así rebautizarlas con términos tecnológicos o científicos, en algunos casos de manera grosera como, por ejemplo, "ingeniería financiera" en vez de "especulación financiera". En otros, por supuesto, la maniobra no es tan burda, es mucho más sutil y se inscribe en la construcción y renovación del discurso histórico, o sea, en el corolario que el Big Brother de Orwell señalaba en la obra *1984*: "quien domina el presente, controla el pasado; quien controla el pasado, es el amo del futuro".

Esa manera de proceder, en los casos aparentemente más neutros, responde a la lógica cibernética y a la eficacia del aprovechamiento de sinergías: lisa y lla-

namente, está orientada a lo que los mismos impulsores califican del "arte de hacer propaganda del futuro". Un par de conocidos representantes serían Nicholas Negroponte y Bill Gates, ambos son —sin desmerecer en absoluto su talento— excelentes vendedores de sus fantasías y de sus productos, de forma similar a las producciones de Steven Spielberg.

Al respecto de este último recordemos un caso paradigmático, el de los dinosaurios, cuyo esquema secuencial —que constata la lógica y eficacia mencionadas— fue el siguiente: un tema, los grandes saurios, se rellena de sensación (de *sensacional*) más que de sentido, hasta devenir casi un esbozo conceptual (una idea-fuerza que diría el *marketing*). A renglón seguido, se hace circular como una moda, a partir de la cual se producen diversos productos mediáticos, uno de los cuales —el más emblemático— es una película, *Parque Jurásico*. Ésta se publicita mediante diversas campañas, complementadas con una vasta operación de *merchandising* (producción, promoción y venta de objetos y *gadgets* variados), resultando de todo ello la inducción de un fenómeno multidifundido, que favorece un éxito de espectadores y consumidores, y cuyo resultado general se traduce en un impacto social de considerables dimensiones económicas y simbólicas. Si se me permite la broma, la cuadratura del círculo de la cultura de masas.

Algunos codificadores profesionales denominaron a ese estilo de producción y a su actuación paralela como "global". He aquí uno de los términos emblema a los que me refería que ya ha hecho fortuna y que tan buena pareja hace con sus sustantivos de primera, formando expresiones tales como "sociedad global", "economía global" o "cultura global". El sintagma global —como ha recordado Armand Mattelart (1997:11) viene de los tiempos de la "guerra fría", dado que el Pentágono

tildaba a la Unión Soviética nada menos que de "enemigo global" (cuya reminiscencia nos trae a la memoria diversas producciones bélicas de la factoría Hollywood).

> La entronización de la noción de globalización no ocurrirá sino en los años ochenta, bajo los auspicios de la geoeconomía, y no bajo los de la geopolítica, bajo el timón del pragmatismo del mercado y no bajo las especulaciones de sociólogos y politólogos (Mattelart, 1997:12).

Después el término "global" se civilizaría gracias al ingenio del comunicólogo Marshall MacLuhan, al fabricar la metáfora de la "aldea global": aparentemente, todos conectados a escala planetaria e intercambiándonos información, omitiendo las desiguales posibilidades tecnológicas y el desequilibrio de los flujos comunicativos. Desde entonces, los mercaderes del futuro, mediante refinadas o groseras manipulaciones, como sea la prevaricación lingüística (ese fenómeno de usurpación indebida de términos populares por parte de emprendedores privados), cantan las excelencias de lo "global", adjetivación que ha impregnado tantas cosas, gracias entre otros a los complejos mediáticos como la CNN, el diario *USA Today* e Internet. Incluso se habla de un "*single global lifestyle*" y cuya plasmación más genuina la muestran algunos anuncios de trasnacionales que, para no hacer publicidad, omitiré.

Curiosamente, después del "fin de las ideologías", del "fin de los bloques" y del "fin de la historia", y merced a los malabarismos del "pensamiento único" —ahora bajo una supuesta visión holística—, los estrategas del futuro suelen simplificar la complejidad y desigualdad de los sistemas sociales, a la vez que darles un aire de unicidad global (¿comunidad del ciberespacio?, ¿comunión de internautas?) al hablar de "sociedad de la

información" o "sociedad digital" como si se tratara de un mundo único o una sociedad mundial homogénea, derivada de una supuesta cultura mundial y relativamente acorde con el denominado "pensamiento único".

Más allá de la tecnofobia y la tecnofilia

Vayamos por partes, la expresión "sociedad de la información", como hasta hace poco también se empleaba el término "sociedad de la comunicación", es un enunciado equívoco porque, en rigor, toda sociedad por el hecho de serlo es de comunicación e información. Lo que varía es, sobre todo, el carácter y la dimensión de la información y de la comunicación, y los cambios que en cada época y sociedad han afectado y afectan a las formas de relacionarse, de vivir, de aprender y de trabajar. Hablar de una sola "sociedad de la información" es cuanto menos reduccionista y querer presentarla como algo homogéneo es tramposo, "cuando de lo que realmente se trata es de un conjunto de sociedades diversas, con múltiples diferencias y desequilibrios, especialmente en sus sistemas de información" (Moragas, 1997:24).

Por tanto, sociedades de la información hay y habrá tantas como ha habido y hay diferentes sociedades industriales, y unas y otras —desde la perspectiva informativo-comunicativa— no sólo se definen por la tecnología sino en relación con la manera como ésta se inserta en una cultura específica. Por ejemplo, a Bill Gates o a la CNN no les interesamos suficientemente como ciudadanos sino, sobre todo, como consumidores y, en consecuencia, su "sociedad de la información" no puede ser la nuestra, la de los ciudadanos libres y conscientes.

Lo anteriormente dicho no niega que sus servicios informáticos y comunicativos no puedan servirnos, pero parece claro que su "sociedad de la información" no es particularmente la de los bienes públicos contextualizados o de las informaciones social y culturalmente relevantes; su propuesta de "sociedad de la información" es la propia de un comercio de datos y acontecimientos que se interesa demasiado por lo supuestamente cosmopolita, y muy poco por lo universal, por la diferencia y la identidad (salvo, por supuesto, que "el otro" o lo "local" puedan ser negocio, ya que en ese caso la distinción es paternalmente tratada).

Por otra parte —como bien señala García Varela (1999)—, las prácticas, por ejemplo, de la empresa Microsoft de Gates vulneran las libertades políticas y de comercio por el supercontrol en cuanto a organizar e intercambiar información que repercute en la industria y en las finanzas de tal manera que resulta una amenaza para muchas actividades sociales relevantes y, por supuesto, para la privacidad de las personas.

Como bien recoge Moragas (1997:27), "en el mundo contemporáneo coexisten formas de vida y economías muy diversas y aun antagónicas. De manera que más que calificar a nuestra época, en su conjunto, como "la sociedad de la información" deberíamos hablar más bien de los modelos de desarrollo de los países ricos del planeta que autodefinen sus propias estrategias económicas e industriales —sus nuevas políticas de comunicación— como sociedades de la información".

De todos modos, sería un error repetir el viejo debate de los sesenta entre apocalípticos e integrados ante la cultura de masas, en los términos en que lo planteó Umberto Eco. Es estéril plantearse el tema entre tecnofobia y tecnofilia, ya que ello implica dirimir un asunto importante y complejo entre quienes sienten terror

ante las innovaciones tecnológicas por inútiles o perversas y quienes las contemplan como propiedades idílicamente transformadoras.

No es suficiente la crítica, deben conocerse y analizarse sin prejuicios las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, con el fin de plantearse propuestas de uso alternativo cuyos objetivos políticos y culturales sean radicalmente democráticos, como han manifestado Enric Marín y Joan Manuel Tresserras a propósito del impacto social de las mismas:

> Las tecnologías interactivas de la comunicación (TIC) modifican la experiencia del tiempo, del espacio y de la relación con la información, es decir, las relaciones entre las personas y entre las personas y el medio social y natural. Pero estos cambios no serán "fatalmente" positivos. Con respecto a las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), el determinismo social tecnológico es una perspectiva atractiva pero falta de fundamento. La cualidad de las aplicaciones sociales de las nuevas tecnologías dependerá de las opciones económicas y políticas que consigan abrirse camino. El protagonismo corresponde a las personas, a los sujetos sociales. Dicho de otra manera: si queremos que las nuevas tecnologías sirvan para profundizar en la cultura democrática y en la cultura de respecto a la diversidad, es necesario la intervención social. Necesitamos políticas culturales y comunicativas cultas, innovadoras y progresistas (1998:10).

Ilusiones y frustraciones de la nueva sociedad

De momento, se pueden señalar algunas tendencias generales que parecen imponerse con la implantación de las nuevas tecnologías de la información y la

comunicación, a la vez que cabe recordar que —por ejemplo— Internet no significa lo mismo en los distintos países del mundo y para los distintos sectores sociales.

Miquel de Moragas (1997:28-32) apunta cuatro casos, en los que los nuevos procesos de digitalización de la comunicación van a determinar cambios irreversibles.

1. Las innovaciones tecnológicas afectarán a la difusión de la televisión generalista y las formas más convencionales de "mediación" periodística.

2. Las nuevas tecnologías abren una nueva era para la ecología de las comunicaciones que, probablemente, comportará una convivencia de procesos comunicativos locales y globales.

3. La producción de comunicación se incrementará geométricamente y, en consecuencia, producir adquirirá una importancia capital. Porque no es cierto que "todo" está disponible en Internet, sólo está disponible aquello que alguien ha producido previamente, con alguna finalidad concreta y que ha puesto al alcance de los buscadores automáticos.

4. La hipertecnificación de la comunicación tal vez nos lleve al redescubrimiento y revalorización de la comunicación interpersonal y comunitaria, sin cachivaches digitales sofisticados, porque existe el peligro de que los adictos tecnocomunicativos acaben prisioneros de un "paraíso autista virtual".

En años recientes ya se han puesto de manifiesto algunos inconvenientes derivados de la sobreinformación tecnologizada. Veamos dos asuntos:

1. *Los franceses se comunican menos entre sí.* Según una encuesta realizada por el Instituto Nacional de Estadística francés, entre 1983 y 1997 las conversaciones directas con vecinos, dependientes de los comercios del barrio, amigos, compañeros de trabajo y familiares se redujeron, mientras otras formas de comunicación

mediatizadas —como, por ejemplo, a través del teléfono— se incrementaron.

II. *El uso regular de Internet genera depresión, aislamiento y adicción.* Un estudio, publicado en septiembre de 1998 en *The American Psycologist*, reveló que usar varias horas a la semana Internet podía generar depresión y aislamiento del individuo, porque las relaciones virtuales no ofrecen el apoyo y calor necesarios para el bienestar y la estabilidad. Un año después, la Asociación Americana de Psicología señaló que unos once millones de personas de todo el mundo —el 6% de los usuarios— sufren adicción (en el sentido médico de la palabra) a Internet. Según el estudio realizado entre 17.251 cibernautas de todo el mundo, los adictos a Internet están destruyendo matrimonios, causando problemas a los niños, cometiendo actos ilegales y gastando mucho dinero.

Así las cosas, se comprende que haya voces muy críticas con el encantamiento de la "sociedad de la información", como sea el caso del filósofo José Antonio Marina, quien establece tres formulaciones en respuesta a lo que él mismo denomina el "timo" de esa sociedad. "Primera: se presenta como liberadora cuando está produciendo sistemas solapados de dominio y sumisión. Segunda: parece favorecer la igualdad cuando está produciendo o manteniendo todo tipo de desigualdades. Tercera: aparenta estar al servicio del ser humano, pero la ideología que transmite convierte al sistema informático en autosuficiente, importante, divino, todopoderosa es la red, mientras que los hombres quedan reducidos a meros servidores, basura biográfica intercambiable" (1998:9). De aquí que este autor reivindique una "sociedad del aprendizaje y de la autonomía personal":

> No se trata de conectarse a la red, sino de tener los conocimientos necesarios para aprovecharse de ella. Cada vez que alguien sugiere que prescindamos de nuestra memoria personal para confiar en la memoria global del ordenador nos está incitando a la esclavitud. Sólo desde lo que sabemos podemos asimilar, comprender, juzgar lo que leemos en la pantalla. La sociedad actual nos exige ser más sabios, más instruidos. Sustituir esa costosa exigencia personal por el mito de la red como panacea es el núcleo del timo de la sociedad de la información. Es una llamada a la felicidad absolutamente engañosa (Marina, 1998:10).

El nuevo periodismo global

Otro tema relacionado con el denominado "globalismo", dentro del "campo mediático", y al que me quiero referir es lo que se conoce como nuevo "periodismo global", puesto que no sólo ejemplifica algunas de las cuestiones hasta ahora planteadas, sino que muestra de manera palmaria los cambios principales en la labor periodística, algunas de cuyas consecuencias nefastas ya empiezan a apreciarse. El llamado nuevo "*Global Journalism*" hace referencia no a la información de hechos relevantes internacionales que solían (y suelen) tratar los diarios de élites, sino a aquel que conforma una agenda temática inducida por la globalización cultural en tanto que estrategia político-económica mundial.

Ese nuevo periodismo global se forja en torno a 1990 debido a ciertas aplicaciones tecnológicas (como son las cámaras autónomas de televisión, los teléfonos celulares y los equipos ligeros de transmisión vía satélite), en el marco de la trascendencia de ciertos hechos que se convirtieron, por su envergadura, pero también por su dimensión de noticia mediática mundial, en aconteci-

mientos históricos transmitidos casi al momento, cuestión ésta inusual y excepcional hasta entonces.

En torno a 1990, la televisión relevó definitivamente a la prensa escrita —incluso a la de mayor calidad e influencia— en cuanto a ser el medio informativo no solamente de mayor audiencia e influencia, aspectos estos que ya venían de lejos, sino que se convirtió en dominante y de referencia obligada para los demás medios, o sea, el que marca las pautas, selecciona muchos temas, impone los enfoques, fuerza los debates, escoge los escenarios, legitima a los personajes, etc. Y algo que es crucial en la cultura periodística, la televisión pasó a ser el medio que define el estilo de qué es noticia, es decir, qué es lo excepcional para los profesionales y cómo lo excepcional debe presentarse (Gómez Mompart y Marín, 1999:251).

De ese modo y a partir de ese momento, el denominado "periodismo global" estará muy pendiente de la televisión, puesto que este medio describe y ordena la representación del mundo compartido por millones de ciudadanos de todo el planeta. Con arreglo a esa matriz periodística, la mayoría de los profesionales de la información elaboran el discurso sobre el mundo común contemporáneo. Y lo hacen sin olvidar algo que también ha inducido la televisión, la lucha por la audiencia. Hasta entonces, algunos diarios denominados de "referencia dominante" (como, por ejemplo, *The Times*, *Le Monde*, *The New York Times* o *The Washington Post*) actuaban de polo de atracción y prescribían lo importante de la información. Finalmente, había llegado el turno de la televisión.

En esta etapa de la historia del periodismo, la versión de la televisión se ha impuesto, en especial, por su capacidad instantánea de mostrar con emoción el *patrón verídico* de las noticias o, al menos, el más verosí-

mil. La verdad que se acepta como el hecho noticioso por excelencia de esta época es, en definitiva, la convención cultural de la información televisiva, cuya modalidad más potente y actual es la información en "tiempo real". Sin embargo, la información en "tiempo real", habitualmente denominada "en vivo" o "en directo" es, en esencia, la menos real, o sea, la menos profunda y explicativa. Esa información en "tiempo real" suele ser superficial y espectacular, en la cual el periodista, a menudo, desaparece e irrumpe la noticia, que no hay que confundir con el hecho. A este respecto, permítaseme recordar que la noticia —en su sentido estricto periodístico— es un artificio que sirve para narrar o describir un hecho, extraído y a veces descontextualizado de la realidad, a través de unas técnicas institucionalizadas y mediante unas rutinas productivas, con el fin de presentar un mundo verosímil que pretende legitimarse.

Crisis de la información convencional

La información televisiva, en la etapa de la instantaneidad, cuyo paradigma es la cadena "todo noticias" CNN *Internacional*, ha impuesto un patrón periodístico que difícilmente rehúye, desde los primeros años noventa, ningún canal de televisión. Es decir, el modelo de información inmediata y entretenida, marcadamente visual y emocional, donde apenas hay edición o montaje de la noticia y donde el periodista se diluye mientras emerge el testigo de los hechos como protagonista y —en buena medida— relato de los hechos.

Dentro del nuevo esquema y tratamiento informativo de la televisión en "tiempo real", el periodista apenas es un filtro honesto o intermediario ético entre el

acontecimiento y el receptor, dejando al televidente al albur de visiones y testigos, cuando ver no quiere decir entender ni que los testigos tampoco sean ninguna garantía de que entienden los hechos ni mucho menos que estén capacitados para explicarlos. Ése fue, por ejemplo, el caso de los noticiarios de televisión sobre hechos tales como la caída del dictador Ceauscescu de Rumania (1989), la Guerra del Golfo Pérsico (1991), el asalto del Parlamento de Moscú (1993), buena parte de la guerra étnica en la antigua Yugoslavia o los genocidios, entre otros, de Ruanda o el Zaire. Una fórmula simple, pero de consecuencias preocupantes: mostrar y mostrar imágenes dramáticas, sin casi explicar el contexto, mientras testigos de los hechos, pillados *in situ*, hablaban de sus percepciones (Gómez Mompart y Marín, 1999:254).

Afortunadamente, algunos largos y buenos reportajes de periodistas bien documentados, con el complemento de analistas especializados, explicaron después el significado de aquellos hechos, así como desmintieron muchas de las imágenes y datos, restituyendo el sentido verdadero de acontecimiento y noticia, a la vez que dieron la dimensión acertada de hecho, noticia y acontecimiento. Un ejemplo destacado fue el magnífico documental de la BBC de cuatro capítulos, emitido en 1996, al cumplirse un lustro de la Guerra del Golfo, que abordaba las principales mentiras y medias verdades de aquel singular conflicto bélico tan mediático. Pero la audiencia de esos excelentes documentales es bastante inferior a la de los telediarios; además, buena parte de consumidores de esa clase de informativos especiales, hechos con seriedad profesional, suelen ser lectores asiduos de diarios y de revistas de calidad que profundizan en los hechos y en las situaciones. Por el contrario, la gran mayoría de telespectadores se queda

con aquella primera versión, tan impactante como superficial, porque ya hace bastantes años que entramos en la época de las noticias sencillas, rápidas y emotivas.

Algunos de los hechos noticiosos relevantes, anteriormente aludidos, y un conjunto de factores hicieron, durante la década de los años noventa, que el periodismo convencional entrara en crisis hasta el punto de que autores —entre otros, Squires (1993) y Ramonet (1998) — hablaran de la "muerte del periodismo". Las transformaciones radicales en el periodismo occidental, cuya transición se inició en los años ochenta pero que sus efectos palpables e inquietantes no se percibieron hasta años después, pueden contemplarse en una doble cara como causa y efecto de signo distinto:

a) Frente a los problemas derivados de las *innovaciones tecnológicas*, éstas supusieron también ampliación de los sistemas informativos.

b) Las *crisis políticas* (como el fin de los "bloques" y la "guerra fría") implicaron desconfianza de las ideologías holísticas.

c) Los *cambios socioideológicos*, que hicieron emerger el denominado "pensamiento único", dispararon la contestación pacifista-ecologista e hicieron aflorar nuevas formas de organización y acción social.

d) A la par que aparecían grandes complejos trasnacionales, derivados de la *concentración multimediática*, proliferaron los medios de comunicación de proximidad.

e) Las *modificaciones en el sector de los periodistas* (formación, estatus, condiciones de trabajo, moda y cultura profesionales, etc.) evidenciaron el malestar de muchos profesionales por la precarización laboral y la rutinización profesional.

f) El *auge del valor-noticia sensacional* implicó la ruptura de la hegemonía de lo noticioso de los medios elitistas de prensa.

Como resultado de todo ello, se constataron, sobre todo, los aspectos siguientes:

· crisis del periodismo de indagación e investigación;

· crisis del periodista como intermediario;

· crisis del periodismo interpretativo-racional;

· crisis del periodismo como servicio público en tanto que control cívico;

· crisis del periodismo informativo de datos/hechos y de lo nuevo (lo no anunciado);

· crisis del periodismo independiente y crítico;

· crisis del periodismo de noticias socialmente relevantes, y

· crisis del corresponsal y del fotoperiodista de guerra críticos y con *background* de los hechos a informar.

Algunas consecuencias en el caso español

Otro tanto podría decirse de los principales factores intrínsecos a los medios periodísticos españoles que, en los últimos años, están determinando las orientaciones sociocomunicativas de los muchos periodistas, en gran medida, como consecuencia de las batallas que se libran en el "campo mediático" y de la coyuntura que éste presenta actualmente. En algunos aspectos, paradójicamente, el desarrollo del sector, así como su bonanza al menos en términos económicos y publicitarios, más que enriquecer el periodismo en su conjunto parecen empobrecerlo. Veamos algunos ejemplos (Gómez Mompart, 1999:216-217):

· La liberalización de la actividad informativa, tras la ruptura de los medios estatizados o del monopolio de TVE, no ha supuesto mayor pluralidad, sino el forta-

lecimiento de complejos multimedia y del efecto que Elisabeth Noelle-Neumann (1995) denomina "espiral del silencio".

· La proliferación de gabinetes de comunicación no ha representado un desarrollo comunicativo, sino el retroceso del "periodismo de calle", o sea, del periodismo que sale de la redacción a indagar los hechos. Y, por el contrario, se ha producido una inflación de noticias institucionales vía fax o correo electrónico.

· La regularidad de sondeos de opinión y de estudios de audiencia ha reforzado los estereotipos sociopolíticos y los clichés sobre los ciudadanos (cada vez más degradados a simples consumidores), contribuyendo a que bastantes periodistas planifiquen sus reportajes con arreglo a unos patrones previamente diseñados.

· El despliegue de medios y modalidades periodísticas de todo tipo ha ido emparejado al estrechamiento de las prácticas periodísticas y a una estandarización de las rutinas profesionales, hasta el punto de que la proliferación de emisoras y cadenas de televisión, en vez de aumentar la pluralidad, ha reforzado la redundancia.

Asimismo, otros factores concretos relacionados con los cambios socioprofesionales ocurridos en el gremio periodístico han supuesto resultados contradictorios (Gómez Mompart, 1999:217):

1) a mayor democratización del origen social de los periodistas, más "pensamiento único";

2) después de aumentar la formación cultural-profesional de los periodistas, también se ha incrementado la trivialización informativa y temática;

3) pese al notable crecimiento del número de mujeres incorporadas al sector profesional, siguen predominando los enfoques androcéntricos, y

4) a pesar del rejuvenecimiento del gremio periodístico, escasea la innovación.

En definitiva, el aspecto que caracteriza al periodista tipo español, precisamente por factores generales y por la fuerza centrípeta que condiciona el "campo mediático" internacional, parece estar en sintonía y alineado con los estándares de sus homólogos de sociedades occidentales convencionalmente desarrolladas. Es una singularidad que redefine el rol profesional o, si se quiere, lo amplía, y que, sintéticamente, responde al siguiente esquema:

- el paso de periodista a comunicador;
- el cambio de informador a entretenedor, y
- la transformación de intermediario en mediador,

que en el caso de los "periodistas estrella" se convierten ellos mismos en medio de comunicación.

Referencias

Bourdieu, P. (1997): *Sobre la televisió*, Barcelona, Ediciones 62.

Bourdieu, P. (1993): *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa.

García Varela, A. (1999): *Stop Gate. Now*, Madrid, Foca Investigación.

Gómez Mompart, J.L. (1999): "Transformaciones sociocomunicativas del periodista en la España democrática", en C. Barrera (coord..): *Del gacetero al profesional del periodismo*, Madrid, Fragua / AHC.

Gómez Mompart, J.L. y Marín, E. (eds.) (1999): *Historia del periodismo universal*, Madrid, Síntesis.

Marín, E. y Tresserras, J.M. (1998): *Seguiment de l'impacte social de les tecnologies de la informació i la comunicació (1/3)*, Barcelona, FUS, Grup de Fundacions, nº 2, mayo.

Marina, J.A. (1998): "El timo de la sociedad de la información", *Quaderns del CAC*, 2.

Mattelart, A. (1997): "Utopía y realidades del vínculo global. Para una crítica del tecnoglobalismo", en *Diálogos de la Comunicación*, 50.

Moragas, M. de (1997): "Las ciencias de la comunicación en la 'sociedad de la información' ", en *Diálogos de la Comunicación*, 49.

Noelle-Neumann E. (1995): *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Barcelona, Piadós.

Ramonet, I. (1998): *La tiranía de la comunicación*, Madrid, Debate.

Squires, J. (1993): *¡Chantaje a la prensa! La comunicación en manos de las grandes multinacionales*, Barcelona, Prensa Ibérica.

Capítulo 3

ALGUNOS ENIGMAS DE LA RACIONALIDAD ECONÓMICA*

por Antoni Domènech

ESTOY muy agradecido por su invitación a los organizadores de estos actos de celebración del doctorado Honoris Causa concedido por la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona al Profesor Noam Chomsky. La gratitud va mucho más allá del protocolo de rigor en estos casos. Pues Noam Chomsky —permítanme que me vaya despojando ya de la etiqueta académica— reúne dos cosas muy difíciles hoy de ver juntas, y es a saber: su condición de sabio, de científico innovador y riguroso, de paladín, si ustedes quieren, de la discusión racional, de la argumentación objetiva y de la honradez intelectual, por un lado; y por el otro, su condición de hombre de acción insobornablemente, radicalmente crítico de la injusticia, la opresión, la manipulación de las conciencias y la explotación.

Quisiera empezar contándoles una anécdota que explica el tema, un poco raro, que he elegido.

Este simposio, como seguramente todos ustedes recordarán, tendría que haberse celebrado en enero, pero

* Texto elaborado a partir de la transcripción realizada por Marta Domènech de una grabación magnetofónica.

acabó retrasándose, por los motivos que fueran y que ignoro en estos momentos. De modo que he tenido tiempo bastante para pensar qué podía decir yo en un acto como éste, aparte de sentirme muy honrado de participar en él. Pero la primera vez que el profesor García-Albea me llamó a mi despacho (yo estoy en una facultad de ciencias económicas, en una posición un tanto insólita de profesor de filosofía entre economistas), estaba un catedrático amigo mío de teoría económica; le comenté la invitación y salimos a hablar de Chomsky. He de aclarar que se trata de un académico, como la mayoría de catedráticos de teoría económica, más bien conservador. (Dicho sea de paso: hay pocos economistas competentes que no sean más bien conservadores; Abba Lerner, uno de los grandes economistas de este siglo que ahora está acabando, dijo una vez que cuanta más teoría económica sabe uno, más de derechas se vuelve. Hay excepciones, por supuesto, como la de Amartya Sen, el Premio Novel reciente que la gente de izquierda hemos saludado con mucho entusiasmo.)

Pues bien; este profesor y amigo de talante conservador me hizo un comentario del siguiente tenor: "está bien, Chomsky, según creo, es un científico de primer orden, que se ocupa de esas cosas raras de la lingüística y la psicología cognitiva, pero su mente debe estar gravemente escindida, porque evidentemente su actividad científica principal no tiene nada que ver con lo que hace como pensador social y como publicista político; en este terreno no es científico, dice cosas incoherentes, superficiales, etc.".

Casualmente, me encontré hace 3 o 4 días al mismo profesor, que también estaba un poco irritado por la concesión del premio Nobel a Amartya Sen, y vino a decir algo así como que Amartya Sen "sí es un filósofo social y moral tal vez interesante, pero no ha hecho

trabajo técnico serio y original en economía". (Y no dejaré pasar la ocasión de decir, por mi parte, que eso me parece una falsedad; es un socorrido baldón que se ha echado encima del profesor Sen, el cual es un economista matemático estupendo que ha hecho contribuciones magníficas y originales. Pero, en fin, los conservadores, incluso los distinguidos y honorables —como este colega mío—, casi siempre buscan una y otra forma —más o menos elegante, según sea la índole de su trato social—, pera descalificar al pensamiento no acomodaticio. Y así, Chomsky sería un gran científico, pero sus ideas sociales y políticas estarían totalmente desconectadas del núcleo duro de su posición científica, y Amartya Sen, un filósofo más bien rarito, acaso interesante, pero sin trabajo serio y original en la teoría económica pura y dura.)

A raíz de esa conversación, pensé que una cosa que podría tratar de hacer yo aquí era bajarles un poco los humos a los economistas ortodoxos más coriáceos, y mostrar que si éstos se interesaran un poco por la psicología cognitiva y aprendieran algunas de las cosas que los que nos dedicamos a la filosofía de la economía, pero no tenemos la estrecha mentalidad de *idiotés* académico —ni, todo hay que decirlo, la premeditación partidista de los mandarines del *stablishment*—, hemos aprendido de Chomsky, pues, que esto podría tener consecuencias muy serias para el núcleo duro de la teoría económica. Así que voy a tratar de hablar un rato de esto, obviamente, sin presuponer que ninguno de ustedes sabe muchas cosas sobre el núcleo medular de la teoría económica.

Por lo pronto, lo que posiblemente sí sabrán es que no sólo los economistas de la corriente principal son muy soberbios, sino que la teoría económica académica, la teoría económica estándar, es, de todas las teorías

empíricas, probablemente (esto es una afirmación un poco aventurada, pero yo me jugaría una gran cantidad de dinero, y no tengo mucho, a que esto es así), la teoría con mayor impacto práctico en nuestras vidas cotidianas. Hay muchas teorías empíricas muy reputadas y muy fiables epistémicamente; tanto, que todos apostaríamos la vida a que aproximadamente son correctas. La teoría general de la relatividad o la electrodinámica cuántica, por ejemplo, que tienen resultados asombrosos en punto a predicción. (La electrodinámica cuántica, por ejemplo, hasta donde yo sé la más informativa y predictiva de las teorías empíricas, puede predecir con un margen de error de 11 decimales, que es como predecir la distancia entre Tarragona y Pekín con un margen de error inferior al diámetro de un cabello humano.) Pero apenas tienen impacto práctico, tecnológico o industrial en nuestras vidas. La teoría general de la relatividad, por ejemplo, ninguno; las naves que envían al espacio los de la NASA, las mandan suponiendo básicamente que la mecánica clásica de partículas newtoniana es correcta; la tecnología de las naves espaciales es newtoniana. Y el hecho de que la teoría general de la relatividad no tenga el menor impacto práctico en nuestras vidas no quita en nada para que nos parezca una teoría muy fiable. Pero darse cuenta de ello impresiona, claro, porque es la teoría científica más famosa y popular del siglo XX. (Hay muchas otras teorías científicas de nulo o escaso impacto práctico-tecnológico, dicho sea de pasada. Aunque los ideólogos seudorrománticos del carácter tecnológico-instrumental de la ciencia parecen no haberse enterado de eso.)

Con la teoría económica ocurre, en cambio, lo contrario: es una teoría muy dudosa, epistémica y metodológicamente hablando. La mayoría de los que nos de-

dicamos profesionalmente al estudio de los problemas metodológicos de la ciencia económica, con independencia de la diversidad de diagnósticos, coincidimos, por ejemplo, en que es una teoría sin éxito predictivo relevante alguno, con una tasa de pronósticos acertados mucho más baja, por ejemplo, que la de la biología evolucionaria, la cual, como se sabe —y por muy buenos motivos— sólo es capaz de anticipaciones o de retrodicciones relativamente vagas.

Sin embargo, aunque las predicciones de la teoría económica no llegan ni a vagas, esa teoría gobierna nuestras vidas: las tasas de interés que ustedes pagan a sus bancos, las hipotecas que les conceden, el que les congelen el sueldo o no —si son funcionarios—, las inversiones que se realizan en un país, etc., todo esto ocurre, entre otras cosas, porque hay personas con mucho poder que creen que básicamente la teoría económica ortodoxa es correcta.

Tenemos entonces esta situación, caracterizable en tres puntos. En primer lugar, la teoría económica tiene un impacto enorme en nuestras vidas, porque hay gente con un gran poder de decisión que usa esta teoría como guía de su curso de acción. En segundo lugar, sin embargo, todos los especialistas coinciden en que la teoría económica es una teoría poco fiable epistémicamente (y de forma muy señaladamente crítica, los que creemos que el de predictibilidad es uno de los criterios de bondad cognitiva más importantes). La situación resulta un poco cómica, porque mientras tenemos una legión de periodistas, tertulianos y políticos profesionales que se llenan la boca con "curvas de indiferencia", "eficiencia de los mercados libres", "tasas de descuento del futuro", "racionalidad de los agentes económicos", etc., el grueso de los especialistas de verdad en ciencia económica son supremamente cautos y escépticos res-

pecto de la ciencia por ellos cultivada. A finales de los setenta, una divertida encuesta realizada entre parlamentarios británicos, arrojaba como resultado que la gran mayoría de ellos —incluidos los laboristas— desconfiaba completamente de las bondades de la economía pública, según recomienda el análisis económico ortodoxo. Divertidamente, esa misma encuesta, realizada entre economistas profesionales, daba por resultado que una holgada mayoría de ellos juzgaba muy importante el papel de la economía pública.

Para hacer más irónica la situación —y éste es mi tercer punto—, a pesar de que la teoría económica genera escepticismo epistémico entre muchos de sus cultivadores, y precisamente entre los más distinguidos, la profesión como tal está orgullosa de su disciplina. No es infrecuente escuchar de labios del mismo economista crítico, y aun hipercrítico, con su disciplina, que la ciencia económica es la "reina de las ciencias sociales", que el edificio matemático que ha construido es admirable, que su grado de precisión y refinamiento conceptual es inmejorable, que la comunidad de economistas es una verdadera comunidad científica que comparte herramientas analíticas y patrimonio conceptual, etc.

El caso es que las tres cosas son verdad: la teoría económica influye decisivamente en nuestras vidas; la teoría económica no es nada fiable como teoría empírica; y en el haber de la teoría económica hay que cargar grandes logros. ¿Cómo se entienden las tres cosas juntas?

En un estudio bibliométrico famoso sobre una de las más importantes revistas de ciencia económica, la revista *Econométrica*, se constataba que el 55% de los artículos publicados por ella eran de pura matemática, sin referencia ni pertinencia empírica de tipo alguno. Y otro 22% eran ejercicios matemáticos con datos casual-

mente recogidos, pero no sistemáticamente dispuestos para poner a prueba la teoría. Traigo este estudio (del que el Premio Nobel de Economía Leontiev se sirvió hace ya unos cuantos años para realizar su devastador diagnóstico sobre el estado actual de la disciplina) a colación para apoyar la siguiente conjetura: que es verdad que la teoría económica y sus cultivadores han conseguido cosas impresionantes y respetables, pero como matemáticos, o en el mejor de los casos, como matemáticos aplicados, no como científicos empíricos.

No me extenderé en esto, obviamente, salvo para reconocer de muy buen grado que cierto fundamento tiene la arrogancia de los economistas, puesto que son magníficos matemáticos aplicados e incluso grandes exportadores de herramientas matemáticas a otras disciplinas empíricas que, dicho sea de paso, suelen utilizarlas con más éxito que ellos. Por ejemplo, la biología evolucionaria ha sido fecundada en los últimos 20 años por la importación de herramientas de teoría de juegos, que es un instrumento matemático diseñado originalmente por economistas. Hace ya cerca de veinte años que en un libro hoy famoso el biólogo Maynard Smith dio el tipo de salida, empleando la teoría matemática de los juegos de estrategia para forjar ideas muy importantes en la teoría evolucionaria contemporánea, y señaladamente, la de las estrategias evolucionariamente estables.

Precisamente de lo que ahora quisiera hablarles no es tanto de la pobreza empírica de la ciencia económica, ni de si es o no importante que sus supuestos sean realistas, ni de la debilidad de su poder predictivo, sino de algo que, una vez más, resulta chocante y paradójico, y es a saber: que siendo ahora mismo la teoría económica —como rama de la matemática aplicada; no como disciplina empírica— una exportadora neta de

herramientas matemáticas a otras disciplinas —como la biología evolucionaria—, está ella misma en un increíble estado de aislamiento respecto del resto de la ciencia, y en particular, respecto de las ciencias vecinas. Los economistas, incluso los mejores o los más sensibles, están como cortados del resto del mundo académico. La ciencia económica vive de espaldas a la psicología cognitiva, a la biología evolucionaria, a la inteligencia artificial, a la teoría de la computación, y hasta, por inaudito que resulte, a la sociología y a la antropología. A muy pocos economistas les intrigan los resultados de las disciplinas aledañas, y aquellos a los cuales les resultan éstas atractivas o llamativas, sólo a título de curiosidad personal; no porque consideren que esto puede ser más o menos importante para el cultivo de su ciencia.

Tanto más sorprendente resulta eso si de repara en el hecho de que el núcleo científico de la teoría económica es la hipótesis de que los agentes económicos son individuos racionales. El de racionalidad es, claro está, un supuesto de comportamiento de los humanos, y por estilizado, abstracto y cauteloso que sea ese supuesto, es de creer que algo dice sobre la psicología humana. Y bien es verdad que al comienzo de la revolución marginalista de finales del siglo pasado, cuando principió el cambio conceptual y de instrumental analítico que ha acabado dando lugar al tipo de disciplina que se cultiva ahora, hubo por parte de los marginalistas una invocación explícita a los resultados de la psicología académica de su tiempo, a cosas como la ley de Fechner-Weber, etc. Todo cambió radicalmente a partir de los años veinte y treinta de este siglo que ahora acaba, es decir, cuando la línea teórica conductista se impuso como la corriente principal en los ámbitos de la psicología académica. Por motivos a los que acaso habrá oca-

sión de aludir más adelante, el prestigio del conductismo llevó a la teoría económica, primero, a introducir curiosos cambios léxicos travestidos de innovaciones conceptuales más o menos radicales (dejó de hablarse, por ejemplo, de "preferencias" de los agentes económicos, para hablar de "preferencias reveladas" por la "conducta" de los individuos), y luego, a presentar la hipótesis central de la racionalidad en formatos cada vez más apsicológicos, tendentes a hacer de esa hipótesis algo de todo punto independiente conceptualmente de los resultados de la psicología empírica.

La idea que subyace a la hipótesis de racionalidad de los agentes económicos es que si tenemos individuos dotados con un conjunto de creencias —representables matemáticamente como asignación de probabilidades a los diversos estados posibles del mundo—, un conjunto de deseos que cumplen determinadas propiedades de orden matemático —la más importante de las cuales es que los deseos son transitivos—, que permiten su representación en una función de utilidad continua y continuamente diferenciable en todos sus puntos; si tenemos todo eso, entonces podemos predecir la acción de esos individuos diciendo que, dadas sus creencias o expectativas y dados sus deseos o preferencias, los agentes elegirán aquel curso de acción que maximiza su función de utilidad.

En un sentido, y en contra de lo que dicen muchos de sus críticos superficiales, la hipótesis de racionalidad no es muy exigente. Pues para ser racional en esta acepción del término, basta que, cualesquiera que ellas sean, las creencias de los individuos sean consistentes (que no haya contradicciones en lo que creen); y que, cualesquiera que sean, sus preferencias puedan ser ordenadas de modo que se respete la transitividad (si yo prefiero A a B y B a C, no es posible que sea racional y prefiera al tiempo C a A).

Una vez entendido así, el supuesto de racionalidad es, al par que poco exigente en apariencia, muy atractivo, porque responde a intuiciones muy bien ancladas en todos nosotros sobre el modo de funcionar la mente humana en relación con la acción y el comportamiento social. Navegamos por la vida social —nos demos o no cuenta de ello— atribuyendo constantemente estados mentales a los demás: estados mentales subjetivos doxásticos —creencias— y estados mentales subjetivos volitivos o conativos —deseos, preferencias—. Atribuidos esos estados a los demás, entendemos su comportamiento, su acción, nos lo explicamos, y aun podemos predecirlo. Gracias a esa atribución de estados mentales doxásticos y volitivos a los demás hacemos también otras cosas: condenamos o justificamos su acción, por ejemplo. No es lo mismo que alguien llegue tarde a una cita con nosotros, si suponemos que quería llegar puntual pero perdió el tren por culpa de una huelga de transportes, que si suponemos que no quería llegar puntual. En general, atribuidos creencias y deseos a alguien, podemos predecir su acción (o condenarla, o justificarla, o explicárnosla).

También: vista una acción, y atribuidos unos deseos a alguien, podemos inferir sus creencias; vista una acción, y atribuidas unas creencias a alguien, podemos inferir sus deseos. En el triángulo hermenéutico Creencias-Deseos-Acción, conocidos dos de sus vértices, podemos inferir el tercero. La teoría matemática de la elección racional, que es el núcleo de la teoría económica, es en realidad una formalización refinada de esta psicología de sentido común —la *folk psychology*— que nos habilita para transitar —con relativo éxito— por la vida social.

Y con la teoría matemática de la elección racional ocurre esto, tan singular: que se ríen y maldicen de ella

como *prima facie* absurda y desatentada ("¿cómo van a ser racionales los individuos?", "¿quién puede creer que todos estamos constantemente calculando y maximizando utilidades?", etc.) sólo aquellos a quienes resulta impenetrable y de todo punto ajeno el aparato formal con que se presenta; mientras que, en cambio, a aquellos que han conseguido pasar con éxito el —más bien modesto— rito iniciático de la disciplina matemática, como entienden cabalmente que esa teoría no hace en buena medida sino expresar las verdades del barquero de la vida social cotidiana, esa teoría les resulta la manifestación misma del sentido común más elemental y, por lo mismo, se le vuelve inatacable con cualesquiera argumentos... y, desde luego, con argumentos empíricos.

Comencemos por decir que, en contra de lo que muchas veces se piensa, este supuesto de racionalidad —o sea, la matematización de la psicología de sentido común, la psicología no científica o *folk psichology*—, tiene pocas consecuencias, incluso al nivel agregado, para que tenga algunas implicaciones informativas e interesantes. Para que este supuesto de conducta de los agentes pueda convertirse en una teoría de la economía, son necesarias otras conjeturas auxiliares o más duras o más fuertes o más robustas. Y curiosamente, aun cuando la teoría económica es supuestamente individualista metodológica —porque parte exclusivamente de la conducta de individuos y de agentes que interactúan entre sí—, una de esas conjeturas auxiliares es que para que los individuos sean racionales deben darse un conjunto de propiedad digamos "estructurales". Parece imposible llegar a ser racional en el sentido técnico del concepto (o sea, maximizar funciones de utilidad, elegir cursos de acción que maximicen nuestras preferencias), si estamos en situaciones fuera de equilibro general y si no hay competición perfecta.

¿Por qué? Pues por un motivo bastante sencillo de comprender: cuando nosotros tratamos de elegir nuestro curso de acción, de elegir la conducta que maximiza nuestra función de utilidad, tenemos muchas restricciones. Algunas de ellas son muy importantes económicamente, pero no plantean problemas metodológicos. Por ejemplo, la restricción de nuestro bolsillo: si vamos a comprar unos zapatos y no tenemos más de 10.000 pts. para comprarlos, eso es una restricción objetiva. Pero luego hay unas restricciones más curiosas, psicológicamente interesantes, que son las restricciones informativas. Por ejemplo, cuando yo voy a una tienda a comprar zapatos, si trato de maximizar mi utilidad dadas mis restricciones presupuestarias, ¿cómo sé yo que en la tienda de al lado estos mismos zapatos no son algo más baratos? Si soy un maximizador, no puedo conformarme con comprar en esta tienda. Entonces visitaré la de al lado; pero una vez visite la de al lado, tampoco tendré información sobre lo que ocurre en la tienda que está cuatro manzanas más abajo, ni en ninguna otra; nunca podré resolverme a comprar, porque aunque sea más barata la tienda n que todas las tiendas antes visitadas, nunca podré estar seguro de que en la tienda n+1 compraría aún más barato, ¿verdad? Y esto es como un regreso infinito, pues la información es un bien costoso económicamente —desplazarnos de una tienda a otra tiene costes—, pero un bien muy especial, *porque no podemos valorarlo mientras no disponemos de él*. Eso quiere decir que nunca podré hacer un cálculo coste-beneficio de si me conviene (incurrir en el coste de) conseguir más información sobre los precios de la siguiente tienda.

Y esto que parece una nadería, genera un problema muy grave en la teoría de la racionalidad. El problema se resolvió (no se vayan a creer ustedes que los

economistas son tan tontos como para caer en una trampa trivial), con la teoría del equilibrio general perfectamente competitivo. Si vivimos en un mercado perfectamente competitivo, estos problemas de imposibilidad de maximizar la propia función de utilidad se desvanecen, porque resulta que si el mercado es perfectamente competitivo, los precios son de equilibrio y en todas partes son iguales. Es decir, si yo quiero comprarme unos zapatos y supongo que actúo en un mercado perfectamente competitivo, pues entonces los zapatos valen lo mismo aquí que en Oslo, pongamos por caso. Esto quiere decir que si toda la información que necesito para actuar en un mercado está contenida en los precios, en un mercado perfectamente competitivo, con precios de equilibro, el coste de la información es prácticamente cero. Lo que me permite ser un maximizador racional. Pero —nótese bien— el que yo pueda ser un maximizador racional, depende de que el mercado ya esté en equilibrio competitivo perfecto, es decir, el que un individuo pueda ser racional en el sentido técnico de la teoría depende de una propiedad estructural socioinstitucional, es decir, de la existencia de un mercado perfectamente competitivo.

La teoría del equilibrio general es un logro matemático maravilloso. Hay que decir, sin embargo, que a menudo —no siempre— se usa adocenadamente con propósitos ideológicos. Los dos teoremas centrales de la economía de bienestar suelen usarse como arietes a favor de una economía completamente competitiva y libre de regulaciones e intervenciones administrativas. El primer teorema prueba que sólo una sociedad de economía libre de mercado, con agentes que descentralizadamente compiten entre sí, puede conseguir la eficiencia económica. Y al revés, el segundo teorema —el llamado teorema converso— prueba que la eficiencia

sólo puede conseguirse a través de una sociedad así. En una aproximación superficial al significado de esos dos teoremas, se puede concluir: bueno, si los agentes son racionales, y si les dejamos en total libertad para que compitan, y si la competición es perfecta, entonces, lograrán cosas maravillosas, colocarán a la economía en su "núcleo", como se dice, tendrán una sociedad eficiente, instalada en la frontera de los óptimos de Pareto, frontera en la cual nadie podría ya mejorar su posición sin que otro perdiera.[1]

Pero, en realidad, si lo pensamos bien, la cosa funciona más bien a la inversa: no es que los individuos racionales, dejados en total libertad, con derechos de propiedad bien definidos, consigan una sociedad de mercado, sino que, al revés, la racionalidad individual maximizadora sólo es posible si ya existe un mercado perfectamente competitivo de este tipo, en donde el coste de la información sea cero. Huelga decir que no hay mercados reales de este estilo, o sea: no hay mercados perfectamente competitivos. Por muchos motivos. Entre otros, porque los mercados perfectamente competitivos —perfectamente, no puramente competitivos— entrañan imposibles, como, por ejemplo, mercados infinitos: tendría que haber precios para todo, para todas las contingencias futuras que pudieran ocurrir; tendría que haber mercados de futuro a precios de equilibrio, mercados que por definición no pueden existir.

De modo que este ideal heurístico regulativo de los mercados perfectamente competitivos, que es condición

[1] Este esquema de argumentación no necesariamente desemboca en la apología de un capitalismo ultraliberal. También se ha hecho pie en él, y con harta frecuencia, para sentar las bases teórico-normativas del socialismo de mercado. Puesto que el capitalismo no consigue mercados perfectamente competitivos de este tipo, la tarea del socialismo sería emularlos.

necesaria para que se pueda ser racional en el sentido de la teoría económica, pues no existe. Así que la teoría económica estándar, el núcleo idea de la teoría económica, no tiene modelos reales o empíricos. Obviamente, esto lo sabe todo economista, y yo no estoy descubriendo nada, pero lo que ocurre entonces es que cuando admitimos que no vivimos en situaciones de equilibrio perfectamente competitivo y queremos seguir manteniendo la hipótesis de la racionalidad, hay que hacer equilibrios muy raros. Por ejemplo, si supusiéramos, para que se hagan una idea, un mercado que estuviera en equilibrio, salvo por el hecho de que hubiera un solo monopolista en una sola rama de la economía, o sea, muy cerca del equilibrio general, entonces este monopolista, para poder ser racional, necesitaría tener en su cabeza una función de demanda completa de toda la economía. Y si el mercado fuera, como es, oligopolístico, las firmas o las empresas oligopolísticas, para poder ser racionales, necesitarían tener en la cabeza un modelo completo de la economía. En cuanto, pues, se abandona el supuesto de la competición perfecta, con costes cero de información para los agentes, para que la racionalidad siga funcionando a pesar de todo, se hace el supuesto de la omnisciencia de los agentes económicos. (Los agentes omniscientes no tienen que enfrentarse al insoluble problema de hacer un análisis coste/beneficio de la adquisición de información.) Naturalmente, es éste un supuesto en extremo irrealista. Pero lo que me importa aquí no es si es irrealista o no, porque, al fin y al cabo, la ciencia teórica, por su poder de abstracción, hace siempre supuestos irrealistas, y creo que no es una crítica muy inteligente de la teoría económica el limitarse a acusarla de que sus supuestos son irrealistas.

Lo que importa más bien es si ese supuesto irrealista es fértil. En realidad, no lo es mucho. Y no lo es

porque la mayoría de problemas económicos interesantes tienen que ver con situaciones en las que los agentes disponen de lotes limitados de información (situaciones de riesgo y de incertidumbre), y aun de información asimétricamente distribuida entre ellos. Baste con decir que la explotación por parte de unos agentes de una información de que carecen otros es parte esencial de la dinámica económica real. El supuesto de omnisciencia de los agentes económicos, introducido precisamente para aproximarse al estudio de la vida económica real, muy lejana del equilibrio competitivo, acaba por dejar fuera de su foco de atención los que seguramente son los problemas capitales de las economías real e históricamente existentes.

Recapitulando, tenemos entonces 1) que la idea de racionalidad económica de los individuos presupone la existencia de mercados perfectamente competitivos, con precios de equilibrio; presupone, esto es, una determinada estructuración social e institucional. 2) Sin ese presupuesto tácito, digamos, social o estructural, la forma más llevadera de salvar la hipótesis de la racionalidad económica maximizadora consiste en hacer que los agentes sean omniscientes por *fiat*. Pero con la omnisciencia desaparecen como por un sumidero algunos de los problemas económicos más interesantes y centrales: todos los que van ligados al riesgo, a la incertidumbre, a la distribución asimétrica de la información y a la explotación de esas asimetrías por parte de los agentes económicos. Y 3) si se pretende reintroducir en el foco del análisis económico la problemática derivada del riesgo, la incertidumbre y la distribución asimétrica de la información,[2] entonces hay que rein-

[2] Como lo pretende la llamada *information economics*, la nueva teoría económica basada en la información.

troducir también la dimensión socioinstitucional, el contexto social, por un lado, y por el otro, las facultades sociocognitivas de los agentes.

La idea de los agentes racionales que actúan con costes cero de información presupone, pues, una estructura social. Y la idea de los agentes racionales omniscientes que actúan fuera del equilibrio competitivo, presupone una capacidad computacional descomunal. Lo que podemos preguntarnos ahora es, independientemente del realismo de ellos, si esos presupuestos son compatibles con los resultados de las disciplinas científicas aledañas de la ciencia económica: con los resultados, esto es, de la biología evolucionaria, de la psicología cognitiva, de la inteligencia artificial, de la sociología y de la antropología.

Podemos resumir esos presupuestos en dos: 1) toda la información relacional social que procesan los agentes es información de proporcionalidad. (En un momento aclararemos esto.) Y 2) los agentes procesan información (en particular, información relacional social) de un modo universal, no dominio-específico. Ambos presupuestos son falsos, incompatibles con los resultados, más firmes empíricamente, de las disciplinas académicas aledañas, y señaladamente, con los de la psicología social cognitiva.

¿Qué quiere decir que procesamos información social racional en términos de proporcionalidad?

Hay muchas formas de relaciones sociales. Una de ellas —pero sólo una de ellas— es la proporcionalidad. Por ejemplo, nosotros vivimos en una democracia, en la cual, como en todas las democracias occidentales, rige el principio "un hombre un voto". Lo que significa que, como ciudadanos de Estados democráticos, mantenemos relaciones sociales de paridad o parigualdad, pero no de proporcionalidad. Si tuviéramos relaciones de

proporcionalidad como ciudadanos, constituiríamos una vida política en la cual los votos, por ejemplo, se podrían subastar.

Dicho sea de paso: eso que dicen tanto ahora, de que la democracia funciona como un mercado competitivo, y en lo que insisten los editorialistas de muchos periódicos distinguidos, bueno, pues en realidad no saben muy bien lo que es un mercado competitivo. Lo enuncian acaso como una metáfora pero si esto quisiera tomarse en serio, implicaría convertir las relaciones de paridad que tenemos ahora como ciudadanos (para cada uno un voto y no más que un voto, sean cuales fueren sus méritos), en relaciones de proporcionalidad. Entonces los votos se subastarían y eso seguramente tendría, si se llegara a un simulacro de equilibro perfectamente competitivo aquí, tendría, digo, determinados resultados. Si lo piensan un poco, serían resultados moralmente repugnantes para todos nosotros, salvo para Mario Conde o alguno de estos magnates, que podría comprar sin recato y lícitamente muchos votos, arruinando así la democracia.

A la vista de la pluralidad de nuestras relaciones sociales, si lo pensamos un momento y hacemos un poco de teoría social cognitiva, o cognitivamente inspirada, nos damos cuenta de que el mundo de la ciencia económica, tal como lo han armado los economistas de ascendencia neoclásica, y con independencia de los problemas técnicos que pueda tener, es un mundo provinciano. Pues la vida social alberga varias otras relaciones sociales, no sólo las de la proporcionalidad. Y muchas veces, no estaríamos dispuestos de ninguna forma a organizar ámbitos fundamentales de la vida social —tampoco de la vida económica, propiamente dicha— en términos de relaciones de proporcionalidad. Supongo que ninguno de nosotros querría vivir en una democracia

en la cual los votos pudieran subastarse, o en una democracia en la cual la ciudadanía pudiera comprarse o venderse. En este último caso, tal vez los ciudadanos del primer mundo podríamos hacernos de oro vendiendo nuestra ciudadanía, española o norteamericana, a ciudadanos de países del tercer mundo. El derecho de sufragio, la ciudadanía, los consideramos como cosas poco menos que sagradas, en las que no admitimos que sea decente tener relaciones de proporcionalidad. Aquí, en el ámbito de la política, de la conciudadanía democrática, queremos relaciones de paridad, y ni por un momento admitimos la posibilidad de introducir criterios o principios o relaciones de mérito: el sufragio universal y la democracia enterraron —esperemos que para siempre— la idea de regir la vida política con criterios de proporcionalidad: enterraron el derecho de voto ligado a la riqueza (sufragio censitario), enterraron los gradientes de calificación moral de la ciudadanía (perfeccionismo de impronta más o menos teocrática), o cualquier otro mérito alegable.

Al revés, si quisiéramos organizar un mercado exclusivamente ateniéndonos a un principio racional de paridad, pues sería un desastre, no funcionaría, porque sería como si quisiéramos organizar la médula de la vida económica según principios de paridad. Imaginen que un empresario —privado o público, no importa ahora— cita a dos trabajadores para comunicarle a uno que le dobla el sueldo, y al otro, que se lo triplica, conforme a los respectivos méritos laborales de cada uno de ellos. Imaginen que el primero se amarga profundamente —lo que tal vez no sea anormal—, pero que en vez de dejar que la procesión envidiosa vaya por dentro, pleitea abiertamente con el argumento de que sólo son justas subidas pariguales de sueldo, independientemente del esfuerzo o de la pericia en el tra-

bajo. En muchos ámbitos de la vida económica y en muchas zonas del mercado se necesita la proporcionalidad, se necesitan relaciones sociales de proporcionalidad, la famosa "igualdad geométrica", o según el mérito (*kat'axén*) de los clásicos. Ese tipo de relaciones es fundamental, tiene propiedades interesantes de eficiencia, y todo lo que Vds. quieran. Pero creer que toda la vida social y económica se reduce a eso, pues, aparte probablemente de un acto de maldad moral, es con certeza un acto de provincianismo intelectual.

La vida social tiene esferas que no son regulables por el principio de proporcionalidad, en este caso, el de la conciudadanía democrática, que se regula por un principio de paridad. O piensen ustedes en ámbitos como el de la familia, en ámbitos de vida social comunitariamente entreverada, en los cuales regiría la vieja máxima comunista y libertaria del siglo pasado, aquello de "a cada uno según sus necesidades y de cada quien según sus capacidades". Aquí, es decir, en las zonas de la vida social en las que predominan las relaciones comunitarias, no rige ni la proporcionalidad, ni la parigualdad; se trata de un tipo de relaciones que segmentan el universo social en relaciones sociales que forman grupos de equivalencia (las "comunidades": basta pertenecer a uno de esos grupos para ser tratados según nuestras necesidades y para ser solicitados según nuestras capacidades). En cambio, cuando tejemos relaciones de proporcionalidad, funciona más o menos el principio normativo: "a cada quien según su mérito" (la "igualdad geométrica de Platón y Aristóteles"). En la urdimbre de las relaciones de parigualdad, actuamos según el principio "a todos y a cada uno, lo mismo". Y en las relaciones de autoridad, de acuerdo con la divisa "a cada quien, según estipule la autoridad habilitada para ello".

Es una hipótesis bastante contrastada de la psicología social cognitiva contemporánea el que la arquitectura cognitiva humana dispone, entre otros, de un repertorio de módulos para procesar la información social relacional de esos cuatro tipos básicos (el de comunidad, el de autoridad, el de parigualdad y el de proporcionalidad). Las instituciones que regulan, articulan y vertebran la vida social son el complejo resultado de dinámicas en las que se barajan como ingredientes básicos estos tipos relacionales. El que los agentes puedan navegar por la vida social, leer las mentes de otros, imputarles estados mentales subjetivos —tanto doxásticos, como conativos—, predecir su conducta, etc., se debe, sin duda, tanto a su capacidad cognitiva —"innata", anclada en su arquitectura cognitiva, si así queremos decirlo— para procesar información social relacional de los cuatro tipos, cuanto a su capacidad —"aprendida", derivada de su socialización en una determinada cultura— para interpretar y decodificar con esa clave el complejo institucional y normativo en que se incrusta o encauza su acción social.

Y llegados aquí, y para no abusar más del tiempo que me ha sido concedido, quisiera acabar ya volviendo a las insinuaciones críticas respecto de Chomsky del profesor de teoría económica que me incentivó sin proponérselo a organizar esta pequeña charla.

Si no ando errado, me parece que lo que acabo de decir ilustra sobre dos puntos. El primero, en el que no hace falta insistir ya más, es que la acción de los agentes económicos resulta apenas concebible sin atender al complejo institucional o estructural en que se incrusta o encauza. Y el segundo, es que resulta parroquiano, intelectualmente hablando, el pensar —como hace la teoría económica neoclásica corriente— en agentes económicos que funcionan como computadores que proce-

san universalmente la información. Más bien, si atendemos a las disciplinas aledañas, y particularmente a la psicología social cognitiva —disciplina que es ahora mismo más firme empíricamente, aunque seguramente menos solvente en su estructura matemática que la teoría económica—, debemos pensar que la mente humana procesa la información dominio-específicamente. Y que, en punto a procesar información social, la procesa de acuerdo con los cuatro tipos mencionados, irreductibles entre sí. Ahora bien, eso que ahora se presenta tal vez como una gran novedad para los científicos sociales interesados en las propiedades de la acción social, es precisamente lo que nos enseñó a todos, y particularmente a la gente de mi generación, Chomsky hace ya más de treinta años.

Pues desde los años sesenta, y gracias a la aportación decisiva de Chomsky, no hemos dejado de pensar en la mente humana como dotada de una arquitectura cognitiva que procesa la información de manera dominio-específico, no universal. Y esto tiene la interesante consecuencia para quien quiera hacer teoría social no parroquiana, para quien quiera romper el absurdo y contraproducente aislamiento de la ciencia económica respecto del resto de la ciencia empírica, de que cuando se pretende estudiar el comportamiento de los agentes económicos, se está obligado a conjeturar que esos agentes pueden navegar en el mercado y tener relaciones de proporcionalidad, sólo porque tienen algo así como familias de módulos cognitivos capaces de procesar información social relacional en términos de proporcionalidad. Y porque han sido socializados en un complejo institucional y normativo que les ha enseñado a usar esa capacidad precisamente en ese contexto, y no en otros. Así, esos mismos agentes pueden negarse, en cambio, a hacer cosas como subastar votos. Porque aquí

han aprendido a servirse de otros módulos cognitivos que marcan esas relaciones —las relaciones de conciudadanía— como relaciones de parigualdad.

Si la teoría económica académica quiere algún día dejar de ser pura matemática aplicada e integrarse plena y armónicamente en el resto de la ciencia empírica, sin duda deberá tener en cuenta cosas como ésta. Y llegado ese día, no sólo tendrán los economistas —como economistas— algo que agradecer a Chomsky en el plano estrictamente científico, sino que les resultará mucho más difícil también mirar displicentemente por encima del hombro al insobornable combatiente político que ha sido y sigue siendo a sus 70 años nuestro homenajeado hoy. Pues a ellos mismos les resultará mucho más difícil convertirse en paladines y apologetas de un orden económico-social injusto y miserable.

Capítulo 4

LA GLOBALIZACIÓN, ¿UNIDAD DEL SISTEMA?: EXCLUSIÓN SOCIAL, DIVERSIDAD Y DIFERENCIA CULTURAL EN LA ALDEA GLOBAL

por Dolors Comas d'Argemir

La globalización: ¿unidad del sistema?

Los términos que utilizamos no son neutros: evocan determinados aspectos de la realidad y no otros; tienen sentido en determinados contextos y no en otros, y así ocurre con el término globalización. Este concepto hoy se halla incorporado a nuestro lenguaje cotidiano y forma parte del vocabulario habitual de políticos, periodistas o académicos. Cuando Marshall McLuhan acuñó el término de "aldea global" estaba expresando muy nítidamente el cambio de escala en la conciencia de cuál es el contexto en que vivimos, y es que los medios de transporte, las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, el sistema de mercado y los flujos financieros han hecho de nuestro planeta un solo mundo, en que todo se halla interrelacionado. El término globalización evoca la unidad del sistema y deja en un segundo plano las formas de poder y de desigualdad existentes en él a pesar de que, ellas también, cristalizan a escala mundial. Hace unos años se hablaba de "imperialismo" o de "subdesarrollo" y se ponían

así en primer plano los mecanismos de dominación política y económica que conforman la interrelación entre sociedades. El cambio de acento resulta evidente y su sola constatación justifica que hagamos un ensayo de deconstrucción del término globalización y que pongamos entre interrogantes una de las ideas-fuerza que evoca: ¿unidad del sistema?

Esta reflexión surgió de forma inevitable cuando revisaba los escritos de Noam Chomsky sobre temas políticos y sociales. Y esto mismo me condujo a echar una mirada retrospectiva hacia el pasado porque me ayudaba a reconstruir los cambios de contexto histórico y, con ellos, la genealogía de los conceptos que utilizamos. Recordé así los años en que estaba estudiando en la Universidad de Barcelona, que es cuando tuve el primer contacto con la obra de Chomsky. Era finales de los sesenta y principios de los setenta y vivíamos entonces los últimos estertores del franquismo, un régimen que nos había sustraído la capacidad de ser adultos como pueblo, siempre tutelados por la mano férrea de los que se consideraban poseedores de la verdad y reprimían cualquier divergencia. Entonces el movimiento estudiantil estaba en pleno auge y actividad y los jóvenes universitarios ansiábamos respirar aires de libertad en el ámbito académico, el político y el personal. Buscábamos referentes más allá de nuestras fronteras y, por ello, nos ilusionamos con la "revolución de los claveles" que reinstauró la democracia en Portugal y nos daba un hálito de esperanza, de la misma manera que nos decepcionamos enormemente con los golpes de Estado de Chile y de Argentina, que dieron lugar a nuevas dictaduras. Llegaron hasta nosotros los ecos del "mayo del '68", y aunque era difícil conocer qué había ocurrido exactamente en las calles de París, nos identificábamos con los valores que reclamaban los estudian-

tes y constatábamos que sus movilizaciones habían logrado colapsar la mayor ciudad de Francia y mantenían en tensión al gobierno del país. También fueron un referente importante en aquellos años los movimientos pacifistas desarrollados en los Estados Unidos contra la guerra de Vietnam. Nos llenaba de satisfacción comprobar cómo el país más poderoso de la tierra estaba recibiendo serias derrotas en la guerra, que iban acompañadas de una fuerte contestación interna, encabezada por miles y miles de jóvenes que abogaban por la paz y por valores distintos a los hegemónicos.

Es en este contexto donde tomé contacto con la obra de Noam Chomsky. En las clases de Lingüística y de Semántica nos introdujeron a sus aportaciones a la gramática generativa y a la teoría del lenguaje y nos destacaron su figura como lingüista y como filósofo. Me admiró comprobar poco después que este académico de primera fila se distinguía también por ser un activista político, líder de los movimientos pacifistas, autor de diversos escritos de carácter histórico y político. En aquellos años corrían por nuestras manos (aparte de los textos de lingüística) un par de libros suyos que mostraban esta otra faceta de Chomsky: *¿Por qué estamos en Vietnam?* y *Conocimiento y libertad*. Recuerdo especialmente las *Conversaciones con Chomsky*, en que habla de la ciencia del lenguaje y expone sus ideas en torno a ideología y política, medios de comunicación y manipulación de la opinión pública en los Estados Unidos; y me interesó mucho en su momento la lectura de *American Power and the New Mandarins* y sus análisis críticos sobre el papel de los intelectuales. Me ha fascinado siempre (y actualmente valoro aún más) esta capacidad de Noam Chomsky de compaginar la vida académica y la política, por lo absorbentes que son ambas y por lo difícil que resulta despuntar en cada una de ellas,

y también que haya cultivado ininterrumpidamente esta doble dimensión. Hay que destacar que mientras Noam Chomsky continúa siendo una figura relevante de la lingüística, sus ensayos filosóficos y políticos ejercen por su parte una profunda influencia en el pensamiento social de la actualidad.[1]

Me he referido a este contexto, el de los años setenta, porque entonces, cuando nos referíamos a lo que pasaba en el mundo, no utilizábamos el término globalización, sino otros. Hablábamos de "imperialismo" y en los ámbitos académicos se prefería aludir a la "dependencia", o al "sistema mundial". Había empezado a difundirse también el término "Tercer Mundo", en el sentido que hoy conocemos. Estos términos, al igual que el de globalización, aluden a la existencia de interrelaciones a escala planetaria, pero destacan unos contenidos muy diferentes.[2] Detengámonos un momento en alguno de estos conceptos.

El concepto Tercer Mundo había sido utilizado por primera vez por Alfred Sauvy en un artículo publicado el 14 de agosto de 1952 en *L'Observateur*, titulado "Trois Mondes, Une Planète" y él se refería a la necesidad de encontrar una tercera vía a las opciones políticas de capitalismo y del comunismo asociadas a los dos grandes bloques que se hallaban en confrontación en plena Guerra Fría. Este término se utilizará pronto para designar otras realidades, aunque conservaría parte de su significado original, pues pasaría a designar el grupo de nuevos Estados que habían surgido como fruto de los procesos de independencia colonial. Como nos re-

[1] Véanse en las referencias algunas de sus publicaciones más recientes relativas a temas políticos.

[2] En otro lugar he desarrollado más ampliamente el comentario sobre estos conceptos y las corrientes teóricas predominantes en antropología social (véase Comas d'Argemir, 1998).

cuerda Peter Worsley (1990), autor del libro *The Third World* (1967), el mapa político mundial cambió profundamente como resultado de estos procesos de independización, que tuvieron como protagonistas iniciales (y muy significativos) a India y a China y que se incrementaron entre los años '50 y '60 (recordemos que en tan sólo un año, en 1961, se crearon 17 nuevos Estados en África). En este contexto se originó el movimiento de los denominados "países no alineados", que no querían ser identificados con ninguno de los dos grandes bloques hegemónicos, y fue a este grupo de países a los que pronto se denominó "Tercer Mundo", cosa que ellos mismos asumieron. Los nuevos Estados independientes aspiraban a alcanzar mayores cotas de progreso y bienestar gracias a la liberación del yugo colonial, que había sometido sus destinos a los intereses de las metrópolis. Observemos que en aquellos momentos el término Tercer Mundo tenía unos contenidos estrictamente políticos y observemos, además, que los países de América Latina no se hallaban incluidos en él.

Es significativo que la teoría de la dependencia se originara justamente en América Latina, en países que se habían liberado de los lazos coloniales hacía ya muchos años y que, a pesar de ello, se encontraban sumidos en la pobreza. Las causas no podían ser, pues, de naturaleza estrictamente política, sino también económicas. Las comparaciones entre países ponían en evidencia el abismo existente entre unos y otros, y en este contexto no es de extrañar que surgieran las reflexiones sobre las causas de estas diferencias. El autor más conocido de la teoría de la dependencia es André G. Frank, quien consideraba que el desarrollo y el subdesarrollo están estructuralmente ligados y que no es nada evidente que pueda pasarse de una situación a la otra y que los países desarrollados nunca estuvieron

subdesarrollados y, por tanto, no partieron de las condiciones de dependencia económica, tecnológica y financiera que padecen las regiones subdesarrolladas. Esta diferencia desigual se fundamenta en el intercambio desigual que se produce en la esfera de la división del trabajo a escala mundial y en la esfera de la circulación, lo que conlleva la reproducción dependiente de las sociedades subdesarrolladas.[3] La teoría de la dependencia tuvo muchas derivaciones y aportaciones más complejas que las de Frank, pero no es aquí el lugar para extendernos en ello. Digamos solamente que con la idea de dependencia se asumía la interconexión entre sociedades, y se enfatizaba la desigualdad, tanto como característica de la relación misma, como de la situación que contribuía a reproducir. Añadiremos también que el término Tercer Mundo, que inicialmente tenía connotaciones políticas, fue adquiriendo un contenido económico que expresaba las dificultades para alcanzar niveles de renta y de bienestar económico satisfactorios, y que con este nuevo significado englobaba a toda una serie de países mucho más numerosos y diversos.[4]

El concepto de "sistema mundial", por su parte, procede de I. Wallerstein (1979). Él considera que la expansión del mercado es lo que provoca la creación de una economía-mundo capitalista.[5] Su peculiaridad es

[3] Es interesante consultar la revisión comentada que hace el propio André G. Frank (1991) de sus propias contribuciones a la teoría de la dependencia.

[4] Este significado predominantemente económico es el que actualmente se aplica al concepto Tercer Mundo. Hay que señalar que hoy tiende a sustituirse por otras denominaciones, como "países empobrecidos", para eliminar el sentido jerárquico implícito en las denominaciones que incluyen términos numéricos.

[5] Esta idea de que la economía-mundo, de carácter capitalista, se origina como la expansión del sistema de mercado es discutida por otros autores, que consideran que el capitalismo se fundamenta en las relaciones de producción y no sólo en el mercado (Wolf, 1987).

que se trata de una unidad económica que integra múltiples sistemas políticos y que, por primera vez en la historia, abarca toda la superficie del planeta. En un sistema de esta clase existe una extensiva división del trabajo, que no es meramente funcional, sino también geográfica. Las tareas económicas no se distribuyen uniformemente y esto conduce a una jerarquización del espacio, al intercambio desigual a través de la fuerza del centro que se impone sobre la periferia. Esta expansión geográfica se realiza por medio de la coerción política, la búsqueda de mercados y la búsqueda de mano de obra barata, llegando a producirse una verdadera polarización entre las distintas zonas del mundo. Wallerstein no fue el primero en plantear esta dinámica expansiva del capitalismo ni su repercusión mundial, pero su obra tuvo mucho impacto en el momento en que se publicó, al menos en los ámbitos académicos, porque vinculó los planteamientos históricos con preocupaciones existentes en aquellos años, especialmente las relacionadas con los procesos que contribuían a crear desigualdades a escala mundial.

El concepto de globalización resalta la idea de interdependencia a nivel mundial. Esta interdependencia no es nueva, ciertamente, pero lo que sí es nuevo y sin precedentes es la amplísima escala que posee la interconexión entre sociedades, la inmediatez de la comunicación a distancia, así como el aumento exponencial de la rapidez de los medios de transporte. Todo ello ha significado una ruptura respecto a la forma de concebir y de organizar el tiempo y el espacio. Hoy concedemos mayor importancia a lo efímero que antaño, porque todo evoluciona muy deprisa; además, se ha ampliado considerablemente nuestro universo de experiencias, ya que en pocas horas podemos desplazarnos a cualquier rincón del mundo, en pocos minutos podemos ver

en nuestros televisores sucesos ocurridos a miles de kilómetros y en pocos instantes podemos conectar con alguien situado en nuestras antípodas. Hoy en día lo lejano está tan próximo como lo cercano y la información que se genera cada día es ingente, tanto que un solo número de *The New York Times* contiene tanta información como la que podía acumular una persona del siglo XVIII durante toda su vida (Ramonet, 1997). Esto ha producido sin duda una ampliación enorme del campo de experiencias de la gente. Así lo expresaba uno de nuestros informantes en Andorra, refiriéndose al enorme cambio que había experimentado este pequeño país pirenaico:

> Semblava que vivíem en un amón molt gran i ara, pues, amb tot això se'ns ha fet petit. Ha crescut per una parte, però se'ns ha fet petit per l'altra.

A medida que aumenta la escala de referencia, el mundo resulta más pequeño, y esto va acompañado por la conciencia de pertenecer a un mismo mundo que nos engloba a todos. Así es como Roland Robertson (1992:8) define este fenómeno: "La globalización se refiere tanto a la comprensión (el empequeñecimiento) del mundo como a la intensificación de que el mundo es una totalidad".

El término globalización denota algo que existe, ciertamente, pero tenemos que reconocer que tiene un contenido mucho más "*light*", más "*descafeinado*" en comparación con los términos anteriores. En efecto, la globalización evoca la *unidad* del sistema, como resultado de que se hayan incrementado las *conexiones*, lo que nos hace tener hoy a nuestro alcance cosas muy lejanas, y, por tanto, hay *más proximidad*, más sentido de comunidad, más reciprocidad. Es como una especie de idilio a escala mundial. Y el mundo no es así.

Hay determinados aspectos que quedan en un segundo plano y que son importantes para la comprensión de lo que sucede en esta "aldea global" en la que habitamos.

En los próximos apartados me propongo comentar algunas dimensiones asociadas a la globalización que rompen con la idea de unidad del sistema. Intentaré mostrar que la globalización 1) comporta la creación de desigualdades; 2) se manifiesta de múltiples formas; 3) incrementa la reivindicación de la diferencia cultural. Y esto no es contradictorio con la existencia de interconexiones de alcance mundial. Hay un sistema unitario, es verdad, pero hay también desigualdades, diversidad y fragmentación cultural. Se trata de dos caras de la misma moneda, dos partes constitutivas de una misma realidad. Discutiré por último el dogma básico del neoliberalismo, a saber, la economía domina todo el sistema, para centrarme en el papel de la política como factor que define el carácter y dirección de estos procesos.

Desigualdades: la globalización ha incrementado la exclusión social

La globalización implica que nuestras vidas están cada vez más influidas por hechos que ocurren lejos del entorno en que desarrollamos nuestras actividades. Todo el mundo forma parte de un único sistema, en el que todo está relacionado. Todos los pueblos del mundo forman parte de este sistema: incluso la existencia de tribus remotas y ancladas en sistemas de vida primigenios debe explicarse en términos del sistema global. Veamos un ejemplo.

En la provincia de Veraguas, en Panamá, viven diversas comunidades de campesinos mestizos empobrecidos. Se trata de una región de bosque húmedo tropical y estos grupos practican una agricultura de tala y quema orientada a la autosubsistencia, que al cabo de unos pocos años les obliga a desplazarse a otras zonas de la selva y a roturar nuevas parcelas. Al observador externo puede parecerle que estos grupos representan las típicas formas de vida tradicionales intocadas durante siglos, y que se hallan fuera de las corrientes de la globalización. Adentrándonos en la lógica de su existencia a partir del estudio realizado por Stephen Gudeman (1978), se descubren algunos aspectos muy significativos. Así, por ejemplo, resulta que las tierras que cultivan estas comunidades no son suyas, sino de grandes hacendados ganaderos, aunque antiguamente habían sido comunales. Éstos permiten que los campesinos vivan en sus tierras y que vayan abriendo nuevas parcelas por el sistema de rozas, obligándoles, a cambio, a sembrar hierba cuando declina la fertilidad, lo que les permite utilizarlas después como lugar de pasto para el ganado. La carne producida por las grandes explotaciones ganaderas se dirige a la exportación hacia los Estados Unidos. Así, aunque no lo sepan, los agricultores panameños están conectados con los norteamericanos que consumen hamburguesas y, como ellos, forman parte también del sistema global.

Podemos extraer algunas conclusiones de este ejemplo. La economía de subsistencia de estas comunidades no es un rasgo prototípico de su particular cultura, sino una expresión de su relación desigual con los propietarios ganaderos, que son los que obtienen beneficios sustanciales a expensas de que quienes viven como indígenas se mantengan al límite de la supervivencia. Esta relación desigual (de clases) se inscribe en otra de al-

cance más amplio, que también es desigual: la gran demanda de carne de un país rico influye en lo que sucede en los países o regiones pobres que la suministran (es lo que en antropología social se ha denominado como la "tesis de la hamburguesa"). Todo ello tiene repercusiones ecológicas negativas, puesto que la deforestación de esta zona de bosque tropical se produce de forma muy acelerada. La degradación ambiental incrementa la pobreza de los campesinos, pues éstos van siendo marginados a áreas cada vez menos fértiles, sin que puedan hacer otra cosa que seguir roturando la selva para poder vivir. Es así que los más pobres del mundo se ven obligados a destruir a corto plazo los recursos que les permitirían vivir a largo plazo. Y todo ello incrementa su marginación y pobreza dentro de su país y también en el marco del sistema global.

Este encadenamiento produce un incremento de la exclusión global y ésta no ha hecho más que aumentar en los últimos años. El Informe sobre Desarrollo Humano de 1998 efectuado por la ONU proporciona datos escalofriantes. Un 20% de la humanidad posee un 84% de la riqueza del mundo, mientras que 1/5 parte de la población empobrecida sólo dispone de un 0,5% de los recursos. Esta polarización ha tendido a ir en aumento. Efectivamente, hoy 225 multimillonarios poseen una fortuna superior a los ingresos de 2.500 millones de personas (el 47% de la población del planeta) cuando hace tan sólo dos años debían sumarse las fortunas de 358 personas par alcanzar un monto equivalente. Así, forma parte de una misma lógica la progresiva concentración de riqueza, por un lado, y, por otro, el hambre y la miseria del sur, las bolsas de paro estructural del norte o los 50 millones de pobres de la Unión Europea.

Estas diferencias en riqueza se traducen en una especie de clasismo ambiental que, a su vez, se inscri-

be en el sistema de exclusión global. Las crisis ecológicas han hecho surgir la conciencia de globalidad respecto a los problemas ambientales y han puesto de manifiesto que no es posible continuar con un crecimiento ilimitado (en esto se basa la idea de que hay que tender a la sostenibilidad). Pero el enorme consumo de los países ricos hace que éstos hagan más y más demandas de recursos de forma claramente insostenible, lo que repercute en los países más pobres. La depredación de la naturaleza exacerba la competencia social, ya que la falta de recursos se traduce en pobreza, en hambre y en la explosión de la violencia. Los límites ecológicos son también límites sociales y el sistema de desigualdades se expresa también en este punto.

La globalización es un resultado de la expansión del capitalismo y de su hegemonía en el mundo. La mundialización de la economía y las finanzas está siendo utilizada para aumentar los desequilibrios económicos, sociales y políticos a escala planetaria, y ocasiona serias dificultades de adaptación de algunas sociedades a su impacto. Las grandes migraciones internacionales, que obligan a miles y miles de personas a desplazarse desde los países pobres a los países ricos, son una consecuencia de las enormes diferencias en riqueza, garantías sociales y bienestar entre el norte y el sur, o entre los países del este europeo, cada vez más alejados entre sí. Éstos son los nuevos "parias de la tierra", ya que se está incrementando en definitiva el empobrecimiento de una parte muy sustancial de la humanidad.

¿En qué consiste pues la unidad del sistema global? Hay *universalización* del mercado, *actividades trasnacionales* de grandes empresas, flujos mundiales de capital, y una mayor interrelación económica, política y social entre países. No niego la importancia de estos factores ni su influencia en la construcción de una cir-

cunstancia global. Enfatizo en todo caso que esto *es una parte de la realidad*. La otra parte, la otra cara de la moneda, está conformada por las tendencias centrífugas asociadas a la creación de desigualdades y a la exclusión social.

Diversidad: la globalización se presenta de múltiples formas

La globalización no debe identificarse con la uniformación de las diferentes partes del sistema. Hay diversidad de respuestas ante la globalización. Hay heterogeneidad, formas muy distintas y variadas de concretarse localmente. Apuntaré tan sólo algunas consideraciones:

1) La globalización no es un fenómeno nuevo. Las interconexiones entre sociedades han estado siempre presentes a lo largo de la historia. No podemos pensar que existían antes sociedades totalmente independientes y aisladas. Ha habido en la historia de la humanidad muchos sistemas globales (Imperio Romano, la antigua China, o cualquiera de las grandes civilizaciones: andina, maya, azteca, india...): Lo que es nuevo es el alcance planetario de las conexiones. Es la expansión de la economía de mercado lo que le ha dado una dimensión mundial y son los nuevos medios de comunicación y de transporte los que han hecho adquirir conciencia de globalidad.

2) La globalización no es un fenómeno constante ni homogéneo: avanza y retrocede. Es importante insistir en esta dimensión, porque de otra forma se transmite una imagen simplificada de un proceso que es muy complejo. Además, la expansión de la economía de mercado no sólo ha afectado a las economías locales, sino también a la organización social, las formas de vida y

la identidad de los pueblos. Además, podría discutirse cuál es el nivel de abstracción que sitúa como parte de un mismo sistema global a sistemas económicos y sociales muy diversos. Worsley (1990), por ejemplo, discute que el Segundo Mundo, el bloque comunista, haya formado parte de la "economía-mundo". Wallerstein (1974) o Godelier (1991a), por su parte, consideran que el capitalismo no sólo ha absorbido para su propia lógica distintos sistemas económicos y sociales, sino que además es hegemónico incluso para los que no ha logrado absorber, ya que necesariamente se confrontan con él y no pueden prescindir de él.

3) La globalización, ya lo hemos dicho, supone un incremento de las conexiones, pero éstas no son homogéneas ni tienen la misma intensidad. Así, por ejemplo, el grado de conexión de los agricultores panameños es muy débil, si lo comparamos con quienes dominan los circuitos comerciales del mercado internacional de la carne. Este factor se relaciona con los mecanismos que generan desigualdades y, con ellos, las formas de poder y posibilidades de aprovechar el sistema de oportunidades existente. Es muy difícil, por ejemplo, que un chamán amazónico pueda llegar a patentar sus saberes; sí es posible, en cambio, que estos saberes le sean expropiados y que las industrias farmacéuticas los integren en los circuitos mercantiles.

4) Las conexiones son múltiples y de distinta naturaleza. Debe pensarse más bien en flujos, en conjuntos de interconexiones que sobrepasan las configuraciones sociales. Podemos pensarlo, como sugiere Appadurai (1990), en forma de conjuntos, sin límites fijos ni delimitados, de alcance diferente, que conforman una especie de "paisajes" diferentes: económicos, tecnológicos, culturales, mediáticos, étnicos. El mundo de la ópera no integra al mismo conjunto de personas que el mun-

do de las finanzas; o, en otro orden de cosas, el alcance e influencia de la CNN no puede compararse con el de una emisora de televisión local.

5) Quiero resaltar especialmente la enorme diversidad de formas que adopta la participación de distintos pueblos del mundo de la globalidad. No hay sólo expansión del mercado, no hay sólo occidentalización del mundo o modernización, en una especie de influencia en una sola dirección y con la recepción pasiva de los flujos económicos y culturales hegemónicos. Wolf (1987) hizo una importante contribución en este sentido, al advertir que cuando se habla de economía-mundo (o de su equivalente hoy, globalización) hay una tendencia a considerar que existe un sistema hegemónico que se impone de forma unilateral y anula a los demás. En su obra, él pone al descubierto la historia de aquellos grupos y pueblos que habitualmente han sido considerados meros agentes pasivos, víctimas y testigos silenciosos de la expansión de la economía de mercado. Muestra que no sólo la expansión europea ha cambiado la vida de muchos pueblos del mundo, sino que ellos mismos han contribuido también a forjar tales cambios. La imposición de la economía de mercado no deriva de fuerzas unilaterales, sino que deben considerarse las historias específicas de los grupos concretos para entender que existe, de hecho, una gran diversidad y multiplicidad de respuestas. Y esto no anula que existan al mismo tiempo procesos de dominación y dependencia.

Veamos como ejemplo el caso de los baruya. Se trata de un pueblo de Nueva Guinea, que fue descubierto por los blancos en el año 1951, fue sometido al orden colonial en 1960 y se integró al Estado de Papuasia cuando se formó en 1975. En el transcurso de estos años se produce un proceso de occidentalización de los baruya, concretado en la monetarización de su econo-

mía, la pérdida de soberanía política sobre su territorio y la evangelización por parte de diversas iglesias cristianas. Se ha producido, pues, una inserción a los mecanismos asociados a la globalización que se traduce en una subordinación económica, política y cultural de los baruya a la lógica de Occidente. Los baruya no desaparecen como sociedad, incluso aumentan en número y conservan parte de sus rasgos culturales, pero, nos dice Godelier (1991b), ya no dominan los mecanismos de reproducción de su propia sociedad y, además, pierden su autonomía cultural. Son fuerzas exteriores las que penetran, someten y dirigen un proceso de cambio que es irreversible y que sitúa a los baruya en una relación de subordinación. La reproducción de los baruya como sociedad es una reproducción dependiente. Pero los baruya no se quedan pasivos ni indiferentes ante los cambios y hay que señalar que algunos cambios incluso los propician ellos mismos, lo cual no es contradictorio con que, al mismo tiempo, se refuercen los mecanismos identitarios y hagan esfuerzos por mantener y recuperar costumbres ancestrales y rasgos distintivos de su cultura. Lo que guardan, lo que conservan se combina con la práctica de ideas venidas de Occidente, de manera que el sistema social y cultural resultante es único y diferente del que acontece en otros pueblos y en otras partes del mundo.

La globalización, por consiguiente, no es un fenómeno unitario y homogeneizador: genera también variedad y diversidad, iniciativas y estrategias localizadas (Friedman, 1990). Por consiguiente, no se puede considerar la transformación de las sociedades sólo en su sentido negativo, enfatizando todo lo que han "perdido", sino que hay que tener en cuenta también todo lo que permanece, se crea y se reformula. No podemos ignorar las comunidades preexistentes, los valores y

tradiciones que se reelaboran en una síntesis entre lo viejo y lo nuevo y que generan sentido de comunidad, por fraccionada y jerarquizada que ésta sea. Lo cual no niega el que prácticamente ninguna sociedad en el mundo actual puede reproducirse sin incorporar algún elemento proveniente de Occidente; útiles, armas, técnicas, ideas o relaciones sociales, y esto es así incluso para aquellos pueblos que defienden vigorosamente su identidad (Godelier, 1993:54). Ni niega tampoco la preponderancia de la economía de mercado y el que la expansión del capitalismo se haya hecho a expensas de crear centros y periferias, dominación y subordinación entre sociedades. Pero que el centro sea motor de los cambios no presupone que las periferias sean meros agentes pasivos a ellos. Tal como advierte Ortner (1984: 143), suponer eso implica reducir otras realidades culturales a la experiencia y a la historia de Occidente.

6) Finalmente hay que destacar otra clase de diversidad. La globalización no impide sino que, por el contrario, propicia el reforzamiento de los ámbitos locales (entendidos como comunidades localizadas de diferente amplitud: municipios, regiones, naciones) y que las ciudades adquieran un nuevo protagonismo, tal vez porque son los referentes inmediatos y concretos ante unas realidades globales que son abstractas y alejadas de las experiencias cotidianas. Es a partir de esta complementación que Borja y Castells (1997) otorgan una gran importancia estratégica al ámbito local como centro de gestión de lo global en el nuevo sistema tecnoeconómico en tres ámbitos principales: el de la productividad y competitividad económicas, el de la integración sociocultural y el de la representación y gestión políticas.

Fragmentación: la globalización incrementa la reivindicación de la diferencia cultural

El sistema global es el contexto en el que emerge la conciencia de diferencia, la identidad de los grupos humanos como pueblo. Es el marco, pues, en el que surge la configuración de lo que denominamos "culturas". La especificidad cultural, por tanto, nunca puede ser explicada como un dominio autónomo, o como un conjunto de rasgos propios. Lo que podemos delimitar como una configuración cultural específica es, de hecho, un resultado de la articulación de determinados grupos humanos con el sistema global. El propio proceso de globalización conduce a la fragmentación de las identidades. De ahí que mientras se insiste en la homogeneización cultural que parece estar produciéndose en el mundo, resulta que aparecen nuevos movimientos que reivindican la especificidad. La cultura no es fruto de una esencia, sino de la práctica; no es fruto de una determinada organización del comportamiento, sino de las relaciones sociales que transfieren proposiciones acerca del mundo (Friedman, 1994:206-207).

Tal como indica Worsley (1990), es imposible comprender las características del mundo contemporáneo sin los nacionalismos, los factores religiosos, los movimientos indígenas, los conflictos étnicos, o las actitudes racistas o xenófobas, que han pasado a ser más importantes que el internacionalismo y el secularismo. Además, algunos de estos fenómenos se sobreponen entre ellos. No es fácil explicar, por ejemplo, el surgimiento de las modernas versiones del Islam, a menudo etiquetadas esquemáticamente como "fundamentalismos", ni es fácil tampoco explicar las contradicciones entre el hecho de que esta religión (el Islam) abogue por con-

formar una comunidad universal y la realidad de subordinar este objetivo a los intereses de la nación-Estado, como sucedió durante la guerra entre Irán e Irak.

En el contexto de la globalización la diferencia cultural ha pasado a tener nuevo sentido y nuevas formas de expresión. Dos tendencias parecen contraponerse: la que conduce a una uniformación de los estilos de vida y las formas culturales y la que, por el contrario, sitúa en primer plano la especificidad como base para la reivindicación de la diferencia cultural.

La mayor interconexión entre sociedades está difundiendo estilos de vida, gustos musicales, formas de vestir, objetos materiales, etc., que pueden proceder de lugares muy remotos que hemos incorporado con toda naturalidad a nuestras vidas y que nos asemejan cada vez más. Algunos han llamado a este fenómeno la "macdonalización" de la sociedad, debido a la hegemonía de los modelos norteamericanos. Junto a ellos, y como parte de la misma lógica, se han difundido también los productos culturales "étnicos", percibidos como alternativos al consumo de masas, pero que no existirían sin el consumo de masas, que es lo que otorga valor añadido a su origen diferencial (al igual que sucede con los productos artesanales frente a los procedentes de la fabricación industrial) ni con las conexiones económicas extraordinariamente complejas que derivan de la globalización. Claro que estos productos están sometidos previamente a una especie de "pasteurización" que los hace acordes con los gustos occidentalizados.

Mientras tienen lugar estas tendencias uniformizadoras, o paralelamente a las mismas, se ha incrementado también la conciencia de especificidad, lo cual posee múltiples manifestaciones. La especificidad cultural (es decir, la manera diferente de hacer cosas similares) es invocada para marcar los límites y diferencias de

un grupo respecto a otro. Insisto en la idea, que los antropólogos no nos cansamos de repetir, de que la cultura no es algo que haga "naturalmente" diferentes a los grupos humanos, sino que es la necesidad de diferenciación la que conduce a utilizar rasgos de la cultura como marcadores de especificidad. Por esto la noción de unidad cultural (etnia) suele vincularse a unidades políticas o a unidades que desean tener un papel político (Goody, 1992). Éste es el caso de los nacionalismos o de los movimientos indigenistas, por ejemplo, que en su lucha por reivindicar derechos sociales, económicos o políticos, ponen en primer plano la especificidad cultural.

Una muestra de lo que decimos son los conflictos desatados entre bosnios, serbios, croatas y albaneses, que se produjeron con el desmoronamiento del régimen político yugoslavo y que actualmente se han renovado una vez más. Las dificultades económicas y la falta de un futuro esperanzador provocaron un malestar general que encontró su salida en la exaltación de las virtudes identitarias y en un cruento conflicto étnico todavía inacabado. Evidentemente, los nacionalismos no responden a una única causa o factor y pueden ser de naturaleza muy distinta. Etiquetarlos burdamente como emancipatorios o como excluyentes es una simplificación y deben interpretarse en el contexto en que se originan.

El racismo y la xenofobia, por su parte, son fenómenos que en los últimos años han aumentado en Europa de forma preocupante. Están relacionados con la etnización de la fuerza de trabajo y la integración de trabajadores inmigrados en un mercado de trabajo segmentado que los sitúa en los últimos tramos de la escala laboral. Hoy puede hablarse de nuevas formas de racismo que se esconden bajo la idea de una supuesta irreductibilidad cultural, pues no se apela tanto a los

rasgos físicos como factor de diferenciación como a los factores religiosos y culturales. La diferencia cultural se aduce como mecanismo legitimador de la exclusión social y salvaguarda de determinados derechos económicos, sociales y políticos.

También se ha incrementado la "indigenización" y, con ella, se han multiplicado los movimientos indígenas. En Estados Unidos, por ejemplo, la población indígena se dobló entre 1970 y 1980, pasando de 700.000 a 1.400.000, y en este período se crearon también nuevas tribus, lo cual no se debe a razones estrictamente demográficas, sino que en muchos casos está relacionado con la reivindicación de los derechos como pueblo y, con ellos, poder alcanzar reconocimiento, obtener derechos de propiedad, recuperar el lugar que históricamente les ha sido negado o salir de la marginación. Lo mismo ha sucedido en algunos países de América Latina, donde el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas ha contribuido a que hayan conservado e incluso aumentado su demografía, puesto que su estatuto como indígenas les sitúa en una situación más favorable que la de los mestizos.

Un ejemplo significativo de esta reindigenización lo podemos mostrar en el caso de los záparo, habitantes de la Amazonia ecuatoriana (Espinosa, 1998). Este pueblo consiguió que le fueran reconocidos sus derechos de propiedad sobre una vasta extensión de la selva tropical amazónica (250.000 km^2) después de que se efectuara la denominada Marcha por el Territorio y la Dignidad que contó con el apoyo de los movimientos indígenas del país. La comunidad que finalmente ocupó el territorio asignado cuenta con un total de unas 120 personas de ascendencia diversa, que integra hablantes de záparo, quichua, shuart y achuar. Hay que destacar que sólo tres personas eran hablantes de zá-

paro, tres ancianos que actualmente están enseñando la lengua a las jóvenes generaciones. Se está produciendo así una "zaparización" de este grupo, porque sólo la continuidad como záparos da derecho al territorio del que eran originarios. Los záparos viven según las antiguas formas de explotación de los recursos, la agricultura y tala y quema. Y esto mismo es lo que permite a los záparos contar con una fuente adicional de recursos. Los que obtienen del "canje de bonos de CO_2", es decir, de la asignación procedente del *mercado de emisiones* que se instauró a partir del Acuerdo por el Cambio Climático. Y es que el bosque húmedo tropical es un área protegida, como depositaria de bienes estratégicos como son los recursos genéticos y la biodiversidad, así como de servicios ambientales (fijación de CO_2, provisión de agua dulce y humedad ambiental). La "zaparización" no sólo deriva de ser indígenas, sino también de vivir como indígenas, lo que en la Amazonia constituye un recurso valorado por las nuevas políticas ambientales relacionadas con la sustentabilidad.[6] Es éste un ejemplo más de cómo se articula la especificidad cultural con las fuerzas derivadas de la globalidad.

La reivindicación de derechos e identidades se sitúa frecuentemente en el marco de la globalización. Hoy en día es cada vez más corriente que los pueblos que intentan promocionar derechos locales (nacionales) incrementen las relaciones globales y busquen apoyo

[6] La preocupación internacional por los problemas ambientales hace que en la Amazonia se hayan desarrollado numerosas intervenciones públicas y privadas de carácter conservacionista. Así, de los 180 proyectos que se estaban ejecutando en la Amazonia ecuatoriana en el año 1998, 64 son proyectos de conservación. De los 92 millones de dólares que se invirtieron en proyectos en este mismo año, el 38% se dedicaron a tareas de conservación y manejo de áreas protegidas (Espinosa, 1998:29).

en la opinión mundial. Existen muchos ejemplos que permiten ilustrar lo que decimos. Hace unos diez años, un líder indígena kayapo, Raoni, hizo una gira por el mundo acompañado por el popular cantante Sting para sensibilizar a la opinión mundial acerca de los peligros de deforestación de la selva amazónica y de la destrucción de las comunidades indígenas. El movimiento zapatista, en Chiapas, utilizó desde sus mismos inicios los recursos que proporcionan las nuevas tecnologías de la información para difundir sus reivindicaciones y para que el conflicto fuera seguido más allá de las fronteras del Estado mexicano. Y al igual que los kayapos y los zapatistas, otros movimientos indígenas buscan en la opinión mundial un refuerzo a sus luchas. También algunos nacionalismos siguen esta estrategia. Sin ir más lejos podemos citar cómo la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona el año 1992 fue una plataforma para dar a conocer al mundo y legitimar una determinada imagen de la especificidad catalana.

El papel de la política en los procesos de globalización

Enfatizo el papel de la política porque ésta suele quedar en segundo plano cuando se habla de globalización. Efectivamente, el concepto de globalización reposa en dos paradigmas que estructuran la forma de pensar y nos hacen ver unas determinadas cosas y no otras. Uno de estos paradigmas es el mercado, la idea de que la economía posee el máximo poder y protagonismo en los sucesos contemporáneos. El otro paradigma es la comunicación, ya que el control de la información está sustentando nuevas formas de poder.

El protagonismo que se asigna a la economía se asienta en la evidencia de que los Estados han ido perdiendo poder frente a la actividad trasnacional de las grandes empresas o los flujos de capital, o frente a los gigantes de la informática, la telefonía y la televisión. Además, se ha ido instalando la idea de que frente a estas fuerzas económicas tan poderosas poco pueden hacer los gobiernos de cada país y de que, por tanto, no hay grandes diferencias en la práctica entre lo que puede hacer un gobierno de izquierdas o de derechas, debido al escaso margen de maniobra que tienen para desarrollar su política. Ésta es la base del denominado "pensamiento único", que es el nuevo catecismo de nuestro tiempo. Frente a todas estas evidencias, y frente al fracaso de las experiencias comunistas, ¿no parece imponerse la lógica del mercado? Se sienten así legitimados quienes hoy afirman que debe haber más economía y menos Estado, más concurrencia y eficacia y menos obstáculos derivados de lo social. Y esto mismo, ¿no tiene nada que ver con la política? ¿No responde a los viejos principios del liberalismo formulados con un nuevo lenguaje?

Pero vayamos por partes. De hecho la política nunca ha perdido su papel, ni siquiera en los países o en los períodos en que se ha dado mayor protagonismo a las fuerzas del mercado, porque tanto papel tiene la política por acción como por omisión. En el libro *Lucha de clases*, Chomsky muestra de forma nítida que los Estados Unidos, donde ha reinado la ideología del liberalismo, han sido siempre pioneros y bastión del proteccionismo practicado, eso sí, de forma selectiva. El Estado protege y subvenciona a los más poderosos mientras deja a los pobres al arbitrio del mercado. Y es que se sabe muy bien que la política de libre mercado es un desastre. Lógicamente esto tiene en sí mismo un trasfondo eminentemente político.

También la política ha jugado un papel decisivo en la escena mundial. No olvidemos justamente el papel desempeñado por los Estados Unidos en la construcción del sistema global, tal como analiza Noam Chomsky en *El miedo a la democracia*. Con la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos se convirtieron por primera vez en una potencia global con influencia decisiva en el mundo y la Unión Soviética les proporcionó un enemigo (que se magnificó, pues en la práctica era una superpotencia de alcance muy limitado) que justificaba su papel de defensores del orden mundial. No importaba el tamaño y la amenaza real de los considerados como enemigos del país, pues bajo tales justificaciones se invadió Vietnam de Sur, se ayudo a mantener la brutal dictadura de Mobutu, se respaldó a Trujillo, a Somoza, a Pinochet, a Marcos o a Suharto, así como a los dirigentes racistas de Sudáfrica. Recordemos también que se hicieron intervenciones militares en Cuba, Nicaragua, la pequeñísima isla de Grenada y Panamá, aunque sea bien difícil explicar qué amenaza real significaban estos pequeños Estados para el país más poderoso del mundo, excepto que les permitían defender intereses geoestratégicos o seguir encontrando enemigos externos para desviar la atención respecto a problemas internos. Algo parecido sucedió con los episodios de la Guerra del Golfo, que pudimos seguir en directo, como si de un espectáculo se tratara, tranquilamente sentados ante el televisor, así como con los bombardeos en Afganistán y Sudán, que se realizaron "casualmente" pocas horas después de que Bill Clinton declarase ante el Gran Jurado por sus relaciones con Mónica Lewinsky. Por cierto, el "peligro comunista" ya no existe desde hace años y hoy aparece al desnudo la voluntad de los Estados Unidos de tener un papel hegemónico en la política mundial.

Es constatable, en todo caso, que economía y política han seguido procesos de naturaleza muy distinta, y que la mundialización de la economía no se corresponde con la creación de instancias políticas equivalentes a escala planetaria. Así, en los últimos decenios se ha ido produciendo un imparable agigantamiento de las empresas y empequeñecimiento de los Estados (Vidal-Beneyto, 1999). Si en la década de los ochenta se produjeron numerosas concentraciones empresariales mediante agresivas políticas de absorción y de fusión de sectores industriales y de servicios, en los años noventa han sido las entidades financieras las que han seguido este camino, creándose grandes megabancos que aspiran a tener el oligopolio, lo que ha supuesto la entronización del dinero como mercancía principal y la consolidación de la mundialización del mercado de capitales.

Mientras esto ocurre, los Estados han seguido un proceso inverso de fragmentación. En menos de un siglo se ha multiplicado por cuatro el número de Estados nacionales y en el caso de Europa, en tan sólo 60 años se ha pasado de 23 a 50 Estados. Es cierto que pesan factores simbólicos y afectivos, como son los que subyacen en todo nacionalismo, pero es cierto también que la política sigue un camino opuesto al de la globalización económica. No hay un poder político mundial y hoy por hoy las instituciones supranacionales o no tienen poder efectivo o poseen déficits democráticos importantes, como sucede con las instituciones europeas, por ejemplo. No existen formas de integración política a escala global. Se va muy por detrás de la lógica económica y la consecuencia de ello es que en la práctica se está dejando que el sistema global funcione al arbitrio de las leyes del mercado. Y el hecho de otorgar un mayor protagonismo a la economía, ¿no es político?

Observaciones finales sobre globalización y política

El término globalización indica el proceso de internacionalización de la economía, la tecnología, las finanzas, las comunicaciones o la producción cultural; expresa, en definitiva, la escala mundial de muchos fenómenos. La globalización no impide, sino que por el contrario propicia, que los ámbitos locales adquieran un nuevo protagonismo y una gran vitalidad, como tampoco impide la eclosión de múltiples formas de identidad y el surgimiento de nuevos episodios y expresiones del nacionalismo. Hoy vivimos, pues, en un sistema global y esto, que tiene muchas ventajas e inaugura nuevas potencialidades, no garantiza la igualdad entre las personas, ya que continúan existiendo mecanismos de exclusión y se han agudizado incluso las diferencias y fracturas entre grupos sociales, países y zonas del planeta. Desigualdades, heterogeneidad y fragmentación son actualmente componentes indisociables de la globalización. De ahí la necesidad de reflexionar acerca de la naturaleza de un proceso con vertientes aparentemente tan contrapuestas.

En términos específicamente económicos la globalización se corresponde con el proceso de expansión del mercado, relacionado con la implantación hegemónica del capitalismo como sistema económico y social. La economía de mercado ha penetrado en distintos pueblos del mundo, ha impregnado la lógica de distintas formas de producción y ha modificado, a menudo sustancialmente, la vida de la gente. No se trata de un fenómeno homogeneizador, ya que si bien el mercado es global y, por tanto, de alcance mundial, la fuerza de trabajo no lo es, pues está dividida en múltiples fragmentos en base a su adscripción a determinados países, origen cul-

tural o racial, diferencias de sexo, clases sociales, etc. No se trata tampoco de un proceso en una sola dirección, sino que existe una gran variedad de respuestas locales, que suponen una síntesis particular y distintiva entre las grandes corrientes económicas y las propias tradiciones culturales existentes en cada lugar. Se trata, además, de un proceso que incrementa la reivindicación de la diferencia cultural, que es el contrapunto a las tendencias homogeneizadoras.

La expansión de la economía de mercado supone, por otro lado, modificaciones importantes en el uso de los recursos naturales y esto comporta un impacto ambiental considerable, ya que el incremento del consumo y la lógica de la ganancia a corto plazo llevan a que muchos recursos se destruyan a un ritmo superior a su capacidad de regeneración. Los problemas derivados de la contaminación ambiental, la deforestación, el calentamiento del planeta o los accidentes nucleares han obligado en estos últimos años a cuestionar las bases de un crecimiento económico ilimitado y a plantear la idea de sustentabilidad. Los fenómenos de degradación ambiental, amenazan gravemente las formas de producción y las condiciones de vida de distintos pueblos del planeta y se relacionan con factores sociales y políticos. Es significativo el surgimiento de una conciencia global de los problemas sociales y de los problemas ambientales, lo que caracteriza la forma de reflexividad social de nuestro contexto contemporáneo (Giddens, 1996).

Actualmente hablar de imperialismo o de dependencia parece anticuado y apenas se utilizan estos términos. Se insiste, en cambio, en la interdependencia y la unidad global del mundo y se dejan en segundo plano las formas de dominación y de desigualdad existentes en el sistema global, a pesar de que ellas también

cristalizan a escala mundial. Se imponen así los paradigmas de la ideología neoliberal, que es la que modela el pensamiento único, afirma el fin de la historia, da todo el protagonismo al mercado y a sus leyes, y relega el papel de la política a un segundo plano. Estos paradigmas constituyen el rearme ideológico del neoliberalismo. De ahí la importancia de desvelar las caras ocultas de la globalización: la desigualdad, la fragmentación, la diversidad.

Estas consideraciones no suponen rechazar el término globalización, pues no se trata de ser nominalistas: no cambiamos las cosas por cambiar el nombre. Es necesario, en todo caso, que cuando lo utilicemos tengamos presente que la globalización no comporta hoy integración política ni supone la igualdad social ni la unidad cultural.

Hay que destacar además el papel de la política como factor de transformación de las situaciones de injusticia y desigualdad existentes en el mundo. Porque en esto no hay inevitabilidad, ya que los procesos históricos no siguen una dirección preconfigurada y porque, además, también se han conseguido conquistas sociales que antaño podían parecer objetivos utópicos. Por esto hoy en día significa nuevos retos para quienes intentan romper con la hegemonía de las posturas neoliberales y obliga a nuevos compromisos entre la lógica del mercado y la intervención pública garantizada por el Estado. De hecho se demuestra constantemente el fracaso del funcionamiento libre de mercado, y el caso más reciente ha sido la crisis financiera que hace pocos meses afectó a los denominados *tigres asiáticos* y repercutió gravemente en las economías de América Latina.[7]

[7] Hay que destacar que esta crisis financiera no tiene precedentes por su tamaño, por su celeridad con la que transmitió a los países implicados y por su extensión geográfica. Puede decirse que es la cri-

La urgencia hoy es la regulación del mercado no su desregulación y asegurar a través de la política los mecanismos de redistribución de la riqueza para garantizar la cohesión de las sociedades.

Los principios y reglas de la globalización no pueden ser ignorados. Las posibilidades abiertas por la mayor interrelación entre pueblos y el mayor acceso a la información son un potencial que puede orientarse hacia la consecución de una mayor igualdad y progreso social en el mundo. Pero esto implica avanzar en una política global, hacia instituciones supranacionales dotadas de la fuerza moral y jurídica necesarias para resolver los problemas que afectan a la seguridad y a la paz, regular los movimientos especulativos de capital, incidir en la mejora de las condiciones de vida, y velar por la preservación ambiental, los derechos humanos y los derechos democráticos.

La globalización es un proceso inacabado y hoy no sabemos en qué dirección irá. Y por ello quiero acabar este artículo con unas palabras de Noam Chomsky, de quien me he dejado impregnar pasando del discurso académico al político como discursos complementarios y no incompatibles. "No sabemos si el instinto de libertad es o no real", dice Chomsky, al final de *El miedo a la democracia* (1992:401), después de exponer los movimientos de lucha por las libertades. "Es difícil —continúa— hallar o no motivos para afirmar una u otra perspectiva. Y, por tanto, no podemos hacer nada mejor que elegir de acuerdo con nuestra intuición y nuestras esperanzas. Las consecuencias de tal elección están cla-

sis financiera global que ha puesto de manifiesto, además, la necesidad de regulación de los mercados de capitales a fin de frenar los comportamientos especulativos de los grandes inversores internacionales. Por ello constituye un ejemplo del fracaso de la política neoliberal basada en la libertad de mercado.

ras. Negando el instinto de libertad, demostraremos que los humanos son una mutación letal, un punto muerto evolutivo. Alimentándolo, si es real, podemos hallar maneras de abordar tragedias y problemas humanos de enorme magnitud". Personalmente me inclino por la segunda opción: la elección por las libertades, que confía en el progreso social y en las potencialidades de la acción humana. Es la opción que permite pensar que la globalización ofrece un horizonte abierto a la posibilidad de resolver problemas sustanciales, y que permite tener la esperanza de que la interdependencia mundial sea la base de la emancipación global.

Referencias

Appadurai, A. (1990): "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy" en *Public Culture*, 2, 1-24.

Borja, J. y Castells, M. (1997): *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.

Chomsky, N. (1969): *American Power and the New Mandarins*, Nueva York, Pantheon Books.

Chomsky, N. (1971): *¿Por qué estamos en Vietnam?*, Barcelona, Galerna.

Chomsky, N. (1971): *Conocimiento y libertad*, Barcelona, Ariel.

Chomsky, N. (1984): *La segunda guerra fría*, Barcelona, Crítica.

Chomsky, N. (1992): *Los vencedores. Una ironía de la Historia*, Tafalla, Txalaparta.

Chomsky, N. (1992): *El miedo a la democracia*, Barcelona, Grijalbo.

Chomsky, N. (1995): *Los guardianes de la libertad*, Barcelona, Crítica.

Chomsky, N. (1996): *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, Barcelona, Crítica.
Chomsky, N.(1997): *Lucha de clases. Conversaciones con David Barsamian*, Barcelona, Crítica.
Chomsky, N. (1998): *Autodeterminación y nuevo orden. Los casos de Timor y Palestina*, Tafalla, Txalaparta.
Chomsky, N. y Dieterich, H. (1997): *La aldea global*, Tafalla, Txalaparta.
Comas d'Angemir D. (1998): *Antropología económica*, Barcelona, Ariel.
Espinosa, M. F. (1998): "La amazonia ecuatoriana: colonia interna" en *Iconos*, 5, 28-34.
Frank, A. G. (1991): *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico*, Madrid, IEPALA.
Friedman, J. (1990): "Being in the World. Globalization and Localization", en M. Featherstone (ed.), *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*, Londres, Sage, 311-328.
Friedman, J. (1994): *Cultural Identity and Global Process*, Londres, Sage.
Godelier, M. (ed.) (1991a): *Transitions and subordinations au capitalisme*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.
Godelier, M. (ed.) (1991b): "Les baruya de Nouvelle Guinée. Un exemple récent de subordination économique, politique et culturelle d'une société 'primitive' a l'Occident", en M. Godelier (ed.), *Transitions and subordinations au capitalisme*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 379-400.
Godelier, M. (1993): "El Occidente: espejo o espejismo de la evolución de la humanidad", en *Discursos i Iliçons. Inauguració del curs 93-94*, conferencia inaugural de la Facultad de Letras, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 45-59.

Giddens, A. (1996): *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra.
Goody, J. (1992): "Culture and its Boundaries: A European View", en *Social Anthropology*, 1, 9-32.
Gudeman, S. (1978): *The Demise of a Rural Economy. From Subsistence to Capitalism in a Latin America Village*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
Ortner, S. (1984): "Anthropological Theory since the Sixties", en *Comparative Studies in Society and History*, 26, 126-166.
Ramonet, I. (1997): *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*, Madrid, Debate.
Robertson, R. (1992): *Globalization. Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage.
Vidal-Beneyto, J. (1999): "Gigantes económicos, enanos políticos", en *El País*, 23 de enero, 8.
Wallerstein I. (1979): *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI.
Worsley, P. (1990): "Models of the Modern World System", en M. Featherstone (ed.), *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*, Londres, Sage, 83-96.
Worsley, P. (1967): *The Third World*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.

Capítulo 5

LA RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD*[1]

por Noam Chomsky

HACE unos cuantos años que me invitan a hablar en ceremonias académicas. Siempre me hace sentir incómodo, y últimamente he rehusado las invitaciones muy a mi pesar. Una de las razones es porque estas ceremonias pretenden ser celebraciones, ocasiones de alegría, un sentimiento que comparto plenamente, pero me encuentro hablando de temas que no son ni muy alegres ni alentadores.

Cuando se me presenta la oportunidad de hablar sobre asuntos humanos, me cuesta dejar de pensar que, mientras hablo, se morirán mil niños de enfermedades que se podrían prevenir fácilmente y que más de dos mil mujeres se morirán o sufrirán una grave incapacidad durante el embarazo o el parto por falta de remedios sencillos y de atención médica. Según las mejores estimaciones, estas tragedias se podrían evitar y el acceso universal a los servicios sociales básicos se podría

* Discurso pronunciado por el Profesor Noam chomsky en el acto de investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad Rovira i Virgili.

[1] La traducción del presente capítulo ha sido realizada por Sergio Vallhonrat y Sara Martí.

asegurar con la cuarta parte del presupuesto militar anual de los países en desarrollo, un 10% del presupuesto militar de los Estados Unidos. Y esto es tan sólo la punta del iceberg.

Espero que no les moleste si sucumbo a estos sentimientos y hablo de algunas de las crisis de la sociedad contemporánea. La palabra *crisis* se ha empleado tan a menudo y tan a la ligera en los últimos años que su significado ha quedado distorsionado. Pero a veces se puede aplicar el término con su significado auténtico. Las crisis del mundo moderno son muy reales y e incluyen las armas de destrucción masiva, para las que no hay ningún control serio a la vista, y desastres ecológicos que quizá no tardarán mucho en llegar, con consecuencias imprevisibles.

Quisiera decir cuatro palabras sobre crisis menores que también son muy reales: las crisis de las instituciones. Me limitaré a una única perspectiva, restringida pero no sin importancia: el papel y los problemas de las instituciones de educación superior y de investigación avanzada. Esta perspectiva está limitada en otro aspecto importante: me referiré sobre todo a los Estados Unidos, el caso que me es más familiar y que, por lo demás, no resulta nada inapropiado; su predominio global y sus instituciones relativamente estables y democráticas hacen que sea el mejor modelo que tenemos de una democracia capitalista estatal.

Nos estamos acercando al cincuenta aniversario de la fundación de las instituciones básicas del orden mundial. No es ningún secreto que afrontan graves problemas. No se pueden, por supuesto, considerar fuera del contexto de las relaciones de poder en un mundo de naciones-Estado. Una evaluación realista debe colocarlas también en conexión con las instituciones de poder privado, las megacorporaciones que administran las

interacciones económicas. En los últimos veinte años, han tenido una importancia especial las instituciones financieras que han dominado el orden internacional, creando lo que algunos economistas describen como una economía mundial de "casinos globales sin Estado", en la que las actividades depredadoras sustituyen cada vez más a la producción real. La escala de todo esto es asombrosa y las tendencias podrían ser catastróficas si no se controlan. Últimamente esta cuestión se ha convertido en una de las preocupaciones más grandes de los centros de poder político y económico. Aunque demasiado tarde: los problemas eran suficientemente claros hace años.

Como todos los sistemas de autoridad y dominio, los que forman parte de nuestras vidas dependen crucialmente de estructuras de doctrina y creencia que les proporcionan legitimación. Ello requiere instituciones ideológicas subordinadas y también personas para trabajar en ellas, lo que Antonio Gramsci llamaba "expertos en legitimación". Enfocando la cuestión desde otro punto de vista, Henry Kissinger explicó que el papel de "el experto" es "elaborar y definir a un alto nivel el consenso de los que tienen intereses creados en las opiniones mayoritariamente compartidas", y de este modo, asegurar que su consenso sea el marco tácito de discurso general. No es necesario añadir que el poder de imponer el consenso no está igualmente distribuido. Todos los que aspiren al estatus de "expertos reconocidos" deben reconocer debidamente estos hechos elementales de la vida. George Orwell advertía en una ocasión que, en las sociedades libres, para poder controlar la opinión pública es necesaria una "buena educación", que inculque la comprensión de que hay ciertas cosas que "no estaría bien decir" —ni pensar, si la educación realmente tiene éxito—. Los que rechazan

este papel no pueden ser considerados "expertos" o, mejor dicho, "expertos en legitimación".

Desde siempre se ha aceptado que cuando las personas no pueden ser controladas por la fuerza, debe recurrirse a métodos más sutiles para asegurar que obedezcan a la autoridad. De la misma manera que las luchas populares han aumentado el reino de la libertad en este siglo, ha habido una explosión correlativa de industrias y profesiones que se dedican a lo que se conoce como "control de la mente pública" —las relaciones públicas, la publicidad, la psicología industrial y aplicada, las artes gráficas—. De hecho, existe una amplia gama con programas bien articulados e incluso con lo que denominan una "filosofía de la vida".

Si aspiramos a crear un mundo del mañana que sea más justo y humano, debemos empezar comprendiendo el mundo de hoy. Debemos examinar las instituciones de orden, autoridad y dominio, y preguntar si sirven o, contrariamente, socavan los derechos y necesidades humanas fundamentales. Y si fracasan, debemos preguntar cómo pueden ser modificadas o completamente sustituidas, tal como ha ocurrido a lo largo de la historia. De un modo ideal, cuestiones como éstas deberían estar en el corazón de la educación universitaria, que debería hacer un esfuerzo cooperativo para descubrir estos temas tan básicos, a menudo escondidos, y para investigar e intentar entenderlos.

Pero aparece en seguida un dilema: las instituciones educativas se encuentran dentro del sistema general de poder y dominio, y se mantienen allí en la medida en que ayudan a legitimarlo y a avanzar sus objetivos, los cuales sólo accidentalmente se corresponden con los objetivos de comprender y crear un mundo mejor; de hecho, a menudo están en conflicto, por razones que deberían ser obvias.

Es frecuente describir la historia reciente en términos de una transición económica desde la agricultura y los artesanos a la industria y, más recientemente, a una nueva fase cuya fuerza motriz es el conocimiento. Esta descripción tiene mérito y es probable que se pueda aplicar aún más en el mundo del mañana. En este contexto, las universidades han venido a tener un papel cada vez más destacado.

En gran parte, la educación superior masiva es un fenómeno posterior a la Segunda Guerra Mundial, y la investigación universitaria ha sido una de las fuentes principales del crecimiento económico. Desde otro punto de vista, la investigación subvencionada por el gobierno ha servido como uno de los métodos principales de socializar el coste y el riesgo mientras promueve el beneficio y el poder privados. Éstas son características importantes de las economías contemporáneas, la de Estados Unidos incluida, donde casi todos los sectores dinámicos de la economía han dependido de este método para crecer económicamente y proteger a los poderosos y privilegiados de la disciplina del mercado. Se puede decir lo mismo de las sociedades industrializadas en general, y ha sido así desde los orígenes de la revolución industrial en Inglaterra.

En Estados Unidos, más que en otros lugares, las universidades han estado en el corazón de estos desarrollos. A título de ejemplo, los principales centros de la industria de alta tecnología son filiales de las universidades. Los más importantes son el complejo tecnológico de ordenadores, electrónica e información que hay alrededor de Boston y que, en gran parte, es un derivado del Instituto de Tecnología de Massachussets y, por otra parte, Silicon Valley (Valle del silicio), que tiene una relación semejante con Stanford y la Universidad de California. En los dos casos, también hay una

red de universidades estatales de apoyo que se dedican a la formación y a la investigación.

A pesar de que el cambio hacia una sociedad basada en el conocimiento se describe con gran admiración, hay muchos aspectos dudosos. Las preguntas "conocimiento para qué" y "conocimiento para quién" deberían estar siempre por delante y las respuestas no son siempre muy atractivas. Todo el concepto es defectuoso de un modo más fundamental. Por muy abundante que sea el conocimiento no es lo mismo que la comprensión auténtica, incluyendo alguna comprensión e intuición de nuestro propio lugar en el mundo material y social y la comprensión de cómo deben vivirse nuestras vidas. Si no hay una transición hacia una sociedad basada en la comprensión en este sentido, las perspectivas de tener un tipo de mundo en el que una persona decente podría querer vivir no son buenas, ni tan siquiera para la supervivencia humana.

A lo largo de la historia ha habido una distinción entre dos líneas de investigación: la investigación de qué es el mundo y cómo funciona, y la investigación de cómo debe vivirse una vida humana decente. Éstos han sido temas destacados de la cultura intelectual, con una variedad de perspectivas. A medida que el mundo se mueve hacia un orden intelectual y social basado en el conocimiento —o como esperaríamos, basado en la comprensión—, las responsabilidades de las universidades incrementan y sus dilemas también. De un modo ideal, deberían intentar desarrollar el pensamiento, las ideas, las explicaciones de la ciencia y de la vida humana, el conocimiento y la amplia comprensión que podrían ayudarnos a encontrar un camino hacia un futuro más humano. Para contribuir a este fin, las universidades deben estar libres de presiones externas. Además, esta libertad debe estar distribuida: no pertenece sólo a las

administraciones ni a los profesores, sino a todo el que participe en la vida universitaria —los estudiantes, el profesorado y los demás empleados—. Puede tratarse de un objetivo difícil de lograr, pero debería ser un ideal que se buscase activamente.

La vida universitaria no sólo debería ser liberadora para todos sus participantes sino que también debería tener un impacto en la sociedad en general. En un sentido profundo, el papel social e intelectual de la universidad debería ser subversivo en una sociedad sana.

En las ciencias esto se da por descontado, aunque no empleen estas palabras. Se entiende que la ciencia sobrevive gracias al desafío constante de la manera de pensar establecida, que se acepta —siempre de manera provisional— si aguanta el desafío y, si no, se revisa. Una buena educación en las ciencias pretende que los estudiantes inicien y desarrollen estos procesos de desafío. Los individuos y la sociedad en general se benefician de ello en la medida en que estos ideales liberadores y subversivos se extienden a través de todo el sistema educativo —y, de hecho, mucho más allá.

Pero en el mundo real de sistemas de poder altamente concentrados surgen problemas graves. Es normal que las instituciones poderosas, tanto estatales como privadas, utilicen este poder para conformar el mundo social e intelectual según sus propios intereses. Económicamente, las universidades son parasitarias porque dependen del apoyo externo. Mantener este apoyo y cumplir su función liberadora y subversiva plantea problemas concretos e inmediatos que se acercan a la contradicción.

Piensen en la investigación en ciencia y tecnología. Hasta la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos no estaba en cabeza, a pesar de su preponderancia económica. Pero la iniciativa estatal, a menudo a través del

sistema militar, tuvo un papel significativo desde el principio. En el siglo XIX, "el sistema americano de fabricación" sorprendió a sus competidores británicos por sus métodos originales de imponer la uniformidad y el orden en el comportamiento y en los componentes, que eran intercambiables y estandarizados como los trabajadores que los empleaban. El sistema fue diseñado y desarrollado en los arsenales de armas gubernamentales, donde fue protegido de las presiones del mercado hasta que quedó lo suficientemente refinado como para pasarlo a los fabricantes privados para sacarle rendimiento. Se puede decir los mismo del trabajo fundamental en la metalurgia y en otras tecnologías decisivas y, no menos importante, en las técnicas de dirección para controlar y estandarizar a los trabajadores.

Entre tanto, la educación masiva se diseñó en parte para convertir a los agricultores independientes en herramientas eficientes de producción dentro del sistema de fabricación, que se desarrolló paralelamente en las prisiones de un modo similar, como reconocen muchos observadores de la época y muchos criminalistas destacados de hoy día. Antes de la Segunda Guerra Mundial, el gasto más importante de la investigación iniciada y subvencionada por el Gobierno iba a parar a la agricultura, sobre todo en las universidades. Muchos años más tarde, esta acción comportó un aumento enorme en la productividad a causa de los avances en la investigación biológica y química.

Todo el sistema cambió radicalmente después de la Segunda Guerra Mundial y creció de uno modo desmesurado. La historia de la producción del siglo XIX se repitió, aunque a escala mucho mayor. Por ejemplo, el sistema militar de Estados Unidos se responsabilizó del desarrollo de herramientas controladas por ordenador y otras formas de automatización, y las diseñaba de tal

forma que los trabajadores redujeran sus habilidades y que el control patronal incrementase, resultados que no son inherentes a la tecnología, como algunos estudios técnicos han demostrado. Después de un largo período de diseño, desarrollo y de logros en el sector estatal, se pasaron los resultados a la industria privada para obtener beneficio y para el control efectivo de la mano de obra.

Se puede decir lo mismo de los ordenadores y de la electrónica en general, las telecomunicaciones y la tecnología de la información, la industria aeronáutica, etc. El estudio académico más reciente e importante sobre la economía industrial avanzada describe el programa militar como "antes que nada, un ejercicio de planificación industrial, con el poder de decisión bien establecido en el Pentágono", y con las universidades situadas en el centro del proceso. Las industrias biotecnológicas están creciendo rápidamente y siguen un curso muy parecido, dependiendo de otros componentes del complejo Estado-universidad.

Un ejemplo reciente es Internet, ahora aclamada por todo el mundo como el triunfo del individualismo indestructible y los valores emprendedores de Estados Unidos. En realidad, Internet se diseñó y desarrolló durante casi treinta años dentro del sector estatal, principalmente en el Pentágono. Hubo una participación corporativa con la financiación federal y una amplia iniciativa universitaria desde el principio. Se pasó al sector privado hace pocos años y se cree que será fuente de unos beneficios enormes.

Pero aún hay grandes problemas, que sobre todo están relacionados con la fiabilidad y la seguridad. Un estudio reciente elaborado por el Gobierno y la industria, iniciado por el Pentágono, concluye que la investigación necesaria es "de demasiado alcance y demasia-

do arriesgada para interesar a las empresas y, por lo tanto, el Gobierno federal debe dar su apoyo", esto es, la sociedad, que no sabrá nada de ello. Las universidades asumirán su responsabilidad habitual, tanto en la investigación como en la formación, a cuenta del gasto público.

Quizás estas decisiones tengan una utilidad social, quizá no. Sea cual sea la respuesta, el gran público no decidirá. Él sólo debe obedecer mientras todo esto se lleva a cabo bajo "el velo del secreto", como en el caso de los acuerdos comerciales y otras decisiones que tienen un gran impacto sobre la naturaleza y la calidad de vida.

La importancia del engaño se ha comprendido desde el principio. Hace cincuenta años el secretario de las Fuerzas Aéreas del presidente Truman recomendó que no empleásemos la palabra *subsidio* sino *seguridad*: de esta forma se puede vender la amenaza de la democracia. El presupuesto actual del Pentágono, el destacado ejemplo del Convenio Multilateral sobre Inversiones y muchos otros casos reflejan la misma actitud.

A veces, los hechos se articulan con lucidez en el mundo académico. En un estudio muy prestigioso sobre la política de Estados Unidos, el catedrático de Ciencia de Gobierno en Harvard destacó que "los arquitectos del poder deben crear una fuerza que se sienta pero que no se vea. El poder es fuerte mientras permanece en la oscuridad; cuando se expone a la luz del día, empieza a evaporarse".

En la propaganda militar del Gobierno de Reagan, el mismo académico aplicó la lección explicando que "quizá se deba vender la intervención o acción militar de tal modo que se cree la falsa impresión de que se está luchando contra la Unión Soviética. Esto es precisamente lo que hace Estados Unidos desde la doctrina

Truman". Para asegurar la ignorancia o la apatía del público, no sólo es necesario engañarlo sobre la política, sino que también es preciso ocultar a los auténticos arquitectos de la vista del público o de su escrutinio.

Es responsabilidad de las universidades, y de los intelectuales en general, llevar a cabo esta ingente tarea.

He citado la conclusión del estudio iniciado recientemente por el Pentágono sobre la necesidad de que la sociedad asuma los riesgos y los gastos de mejorar Internet. Esto se puede generalizar de una forma mucho más amplia. Una corporación farmacéutica, normalmente no subvencionará la investigación universitaria sobre biología fundamental, que podría proporcionar un buen rendimiento económico, pero en algún momento incierto del futuro y con beneficios libremente aprovechables. Es mucho más probable que subvencione proyectos aplicados a corto plazo, con unos controles que aseguren que tiene la prioridad en cuanto a los resultados e incluso la publicación. El problema no era demasiado grave mientras la investigación estaba subvencionada sobre todo por el gobierno, el Pentágono incluido. Hoy día resulta más grave, con la expansión del poder privado irresponsable.

Los problemas surgen de un modo especialmente grave en lo que podríamos llamar "las disciplinas ideológicas" —es decir, aquellas que pretenden seguir el consejo del catedrático de Ciencia de Gobierno que he citado de construir una cultura intelectual y un marco de actitudes y creencias que favorezcan las necesidades de los sistemas de poder externos—. Aquí es grave la contradicción entre el carácter parasitario de la universidad y la función liberadora y subversiva que debería tener en una sociedad libre y sana, probablemente más grave que en las ciencias duras.

Hay dos razones principales. La primera s que los resultados de la investigación que sea realmente libre y que no tenga restricciones pocas veces se pueden utilizar para incrementar el poder privado, en contraste con lo que sucede a menudo en la ciencia y la tecnología. La segunda razón es que las universidades, en el centro de la cultura intelectual, pueden tener un papel esencial en "la reglamentación de la mente pública del mismo modo que un ejército reglamenta los cuerpos de sus soldados" —cito al respetado liberal Edward Bernays, del tipo Roosevelt-Kennedy, en su manual clásico para la industria de las relaciones públicas, de la que era uno de los fundadores y una de las figuras destacadas.

Desde los orígenes de la revolución industrial, se ha entendido que el control del pensamiento y del comportamiento es esencial para poder introducir nuevas formas revolucionarias de disciplina y también para "crear deseos" —crear "necesidades imaginarias", como a veces se denomina, con toda sinceridad, a este proceso—. Para que el poder privado con apoyo estatal funcione efectivamente, la gente debe estar dispuesta a convertirse en herramientas de producción que sigan órdenes y átomos aislados de consumo que acepten una disciplina estricta en sus vidas cotidianas, en virtud de las presuntas recompensas del consumo general.

La gente debe ser "civilizada": debe aprender a percibir sus necesidades en términos de consumo de bienes más que de calidad de vida y de trabajo. Podemos leer esto en los estudios principales de la industria de la publicidad, que se convirtió en una fuerza importante en los años veinte con estos objetivos conscientes y articulados. Es necesario "invalidar las costumbres de siglos" y "crear nuevas concepciones de alcance individual y de deseo comunitario". Ésta era la autoimagen

aprobada que debía ser impuesta por los nuevos sistemas de control de la mente y de las actitudes.

Un importante economista financiero observó que el sistema industrial impone una "filosofía de lo inútil". Pero esta "falta de propósito en la vida" tiene su valor, explicó: los directores de la economía la pueden explotar para "concentrar la atención humana en las cosas más superficiales que componen una gran parte del consumo de moda". Así, la gente aceptará, e incluso acogerá con agrado, sus vidas subordinadas y sin sentido.

Para las universidades, estos elementos de la sociedad moderna crean graves dilemas. Por un lado, reconocen que de algún modo deben dedicarse a los ideales liberadores —y, por lo tanto, a menudo subversivos— para provecho de los estudiantes y de la sociedad en general. Por otro lado, están sujetas a presiones externas que pueden ser bastante fuertes: la tortura no, evidentemente, pero sí la pérdida de oportunidades y de una parte del privilegio y del prestigio que las sociedades ricas pueden ofrecer como recompensa por la subordinación.

Estas cuestiones deben afrontarse de una manera sobria y realista. Pero el realismo también da motivos para ser optimistas. Cuesta decirlo después de este terrible siglo, pero es un hecho comprobado que ha habido muchas mejoras en distintos aspectos de la vida y la conciencia humana, que han continuado una historia anterior de progreso —que va muy despacio y a veces da marcha atrás, pero que, a pesar de todo, es real—. Los logros no han sido regalos del cielo, sino el resultado de luchas ganadas, al menos parcialmente. Sólo en estos últimos años hemos visto caer tiranías brutales, crecer el conocimiento científico, que es muy prometedor, y muchas otras razones por las que podemos mirar al futuro con optimismo.

Sobre todo en las sociedades más privilegiadas, que han ganado una parte importante de libertad, hay muchas opciones disponibles, incluyendo el cambio institucional básico si se considera que ésta es la manera correcta de proceder. No hay razón alguna para que debamos aceptar el sufrimiento y la injusticia que nos envuelven, ni la posibilidad, que no es poca, de que los seres humanos demuestren ser el resultado de un "error de la evolución", que aparecen de golpe en el registro evolutivo, desaparecen muy pronto y provocan muchos daños por el camino.

Capítulo 6

DIGNIDAD INTELECTUAL Y COMPROMISO POLÍTICO: ESBOZO BIOGRÁFICO DE NOAM CHOMSKY*

por José E. García-Albea

EL CÁNTICO de júbilo con que se ha iniciado este acto refleja, sin duda, la satisfacción que debe sentir nuestra comunidad universitaria ante la concesión del Doctorado Honoris Causa al Profesor Noam Chomsky. Esta distinción, así como la aceptación por parte del candidato, constituyen un buen motivo de alegría para esta joven universidad, por la oportunidad de acoger en su seno a quien ha sido considerado, en repetidas ocasiones, como uno de los intelectuales más importantes de nuestro tiempo. El significado histórico de este acto viene dado además por el hecho de ser él el primer candidato de fuera de nuestras fronteras que nombra Doctor Honoris Causa la Universidad Rovira i Virgili, y por ser ésta la primera universidad del Estado español que tiene el privilegio de otorgar dicho título al Profesor Noam Chomsky.

El encargo recibido del Excmo. y Mgfco. Sr. Rector, Dr. Lluís Arola, de apadrinar en este acto al Profesor

* Tomado del discurso de "elogio del candidato" pronunciado en el acto de investidura del Profesor Noam Chomsky como Doctor Honoris Causa de la Universidad Rovira i Virgili.

Chomsky, suscita en mí dos sentimientos en cierto modo contrapuestos. Por una parte, el de un sincero agradecimiento, al darme la ocasión de reconocer públicamente la deuda contraída, en el orden intelectual y moral, con quien ha sido mi maestro desde los tiempos en que, como becario posdoctoral, fui alumno suyo en el MIT (hace ya unos 20 años). Y por otra parte, un sentimiento de perplejidad y apabullamiento (en términos parecidos a los que recientemente expresaba el autor de su biografía, Robert Barsky), por la dificultad que encierra la tarea asignada de glosar en un tiempo limitado un historial tan amplio y fecundo como el de Noam Chomsky. La situación se complica debido a que, por su talante personal y por razones derivadas de su compromiso político, Chomsky rehúye el protagonismo y tiende a sentirse especialmente incómodo con las alabanzas y los elogios.

A la vista de todo ello, y sin renunciar a la función que debe cumplir esta presentación, trataré de orientarla de acuerdo con el propio estilo chomskiano de convertir el elogio de la persona y sus méritos en la exposición de unos hechos e ideas que, por su propia fuerza y coherencia, nos puedan enriquecer a todos; con la pretensión, en el último término, de contribuir a que este acto resulte útil para nuestro posicionamiento ante la ciencia y ante el mundo que nos rodea. Así pues, me serviré del propio relato biográfico para examinar el desarrollo de sus principales aportaciones científicas, filosóficas y políticas.

Avram Noam Chomsky nació el 7 de diciembre de 1928 en Filadelfia, en el seno de una familia judía de origen ruso. Su padre, William Chomsky, había emigrado de la Rusia zarista a los Estados Unidos en 1913, dedicándose al estudio y la enseñanza de la lengua hebrea, por lo que llegó a ser reconocido como uno de los

hebreístas más significados de su época. De talante abierto y cordial, y con una profunda vocación pedagógica, influyó sin duda en la temprana afición de su hijo Noam por la lectura y en su interés posterior por el estudio del lenguaje. Su madre, Elsie Simonofsky, algo más reservada y de apariencia distante, fue también profesora de hebreo, aun cuando su influencia sobre Noam estuvo más bien ligada a su especial sensibilidad por los problemas sociales y a su compromiso activo en los temas políticos. El ambiente familiar que compartió Noam con su hermano menor, David, era enormemente estimulante desde el punto de vista de la tolerancia, el diálogo y la contrastación de puntos de vista sobre temas de actualidad, en medio de unas condiciones económicas bastante restringidas (agravadas por las consecuencias de la Gran Depresión) y en medio de una cierta marginación social (por un entorno urbano de marcado predominio antisemita y pronazi en la Filadelfia de los años '30).

Junto al ambiente familiar inmediato, hay que destacar dos aspectos importantes del medio educativo en que se desarrolló la infancia y primera adolescencia de Noam Chomsky. Por un lado, la escuela a la que fue desde los 2 a los 12 años, Oak Lane Country Day School, con un sistema pedagógico innovador que, siguiendo las pautas progresistas del psicólogo y filósofo John Dewey, se orientaba principalmente a fomentar las capacidades exploratorias y creativas del alumno, sin necesidad de recurrir a sistema alguno de evaluación competitiva. En el periódico de esta escuela es, precisamente, donde Chomsky publicó su primer artículo al poco de cumplir los diez años, una editorial sobre la caída de Barcelona ante las tropas franquistas de la guerra civil española. El otro aspecto a destacar es el de las relaciones con sus parientes de Nueva York, judíos de

clase obrera y de orientación izquierdista a los que visitaba con frecuencia, aprovechando además sus viajes a la gran metrópoli para rastrear las librerías y hacer buen acopio de libros de segunda mano. Fueron especialmente instructivas para él las tertulias que se formaban junto al quiosco de periódicos que tenía un tío suyo en el centro de Manhattan, convertido en un auténtico foro de debate literario y político. Su tío, que acabó ejerciendo de psicoanalista por libre, le introdujo en la lectura de Freud, Marx, Rosa de Luxemburgo y otros autores marxistas críticos con el bolchevismo. También inició ya desde los 13 o 14 años contactos con publicaciones y grupos anarquistas que, curiosamente, le llevaban a corroborar y ampliar sus primeras impresiones (esbozadas en su editorial sobre la caída de Barcelona) acerca del papel decisivo que había tenido el anarcosindicalismo en la Segunda República Española. La lectura de obras como las de Abad de Santillán (*After the Revolution*), Rudolf Rocker (*The Tragedy of Spain*) y, sobre todo, la de George Orwell (*Homage to Catalonia*) tuvo un impacto indeleble en la formación del ideario político de Noam Chomsky.

Mientras tanto, Noam ya había dejado la escuela primaria y cursaba el bachillerato en un Instituto de Filadelfia (Central High School), dentro del sistema convencional educativo, donde vino a descubrir lo que suponían las notas, el control, la competitividad y el sometimiento. Aparte de permitirle comprobar que era un buen estudiante, la orientación pedagógica del Instituto, como la que podía darse en la mayoría de los centros, se caracterizaba, en palabras del propio Chomsky, "por la manera y el estilo de impedir y bloquear el pensamiento creativo e independiente, imponiendo la jerarquía, la competitividad y la necesidad de sobresalir, no en el sentido de que uno lo haga lo mejor que pue-

da, sino de que lo haga mejor que la persona de al lado". (R. Barsky (1977): *Noam Chomsky: A Life of Diseent*, 22).

En 1945 comienza los estudios superiores en la Universidad de Pensilvania, en la misma Filadelfia, que puede costearse gracias a que sigue viviendo en la casa paterna y tiene la oportunidad de impartir clases en la escuela hebrea. Inicialmente se matricula en un programa de estudios generales (o comunes), que incluye materias de historia, filosofía, lógica y lenguaje, además de elegir la asignatura de Árabe, en la que resulta ser el único alumno matriculado. A pesar del primer entusiasmo con que entró en la universidad, y de los provechosos contactos que mantuvo con alguno de sus profesores (a veces, más en el ámbito político que en el académico), pronto cundió el desencanto, al comprobar que se reproducían las formas pedagógicas estancadas que había tenido que soportar en la enseñanza secundaria. Empezó así a implicarse cada vez más en la actividad política, vinculándose a los movimientos sionistas de cooperación árabe-judía, de tendencia anarcosindicalista y opuesta al establecimiento del Estado judío en Palestina. Llegó incluso a plantearse la posibilidad de dejar la universidad y marchar a la propia Palestina para participar en el desarrollo de los primeros kibbutz agrarios.

Sin embargo, sus planes se iban a ver alterados por el encuentro en 1947 con el profesor de lingüística Zellig Harris, uno de los principales baluartes de la escuela estructuralista, con el que iba a mantener una estrecha relación tanto en el orden académico como en el de la actividad política. Harris había creado el Departamento de Lingüística de la Universidad de Pensilvania (parece que el primero que hubo como tal en los Estados Unidos), en el que predominaba un clima abierto, informal y nada jerarquizado, para el inter-

cambio de ideas y la discusión de todo tipo de temas, incluidos los lingüísticos. El carisma personal y la sólida formación de Harris atrajeron la atención del joven Noam Chomsky, que tomó entonces la decisión de proseguir en la universidad y hacer la carrera de lingüística, completada, por indicación del propio Harris, con estudios específicos de filosofía, lógica y matemáticas. Aun cuando empezó su investigación tratando de desarrollar los métodos del análisis estructural —aplicables, en principio, a todos los niveles de descripción lingüística, desde los fonemas hasta el discurso—, Chomsky vio en seguida que las posibilidades de avanzar en ese campo estaban agotadas y adoptó una perspectiva diferente, orientada hacia la evaluación global de las gramáticas, en un sentido realista que contrastaba con el operacionalismo imperante. Este cambio de perspectiva, no bien apreciado en su momento, se plasmó ya en su tesis de licenciatura, presentada poco después de cumplir los 20 años, y que, con algunos refinamientos, presentó también como tesis para el título de Master en 1951, con el título de "Morphophonemics of Modern Hebrew". Ese mismo año consigue una beca de la Sociedad de Becarios de Harvard para proseguir en esta universidad sus estudios de posgrado. Para entonces, ya había contraído matrimonio con Carol Schatz, con la que, además de compartir múltiples intereses e inquietudes, pasado el tiempo, llegaron a tener dos hijas y un hijo.

La beca de Harvard suponía para Chomsky la primera oportunidad de poder dedicarse enteramente al estudio y la investigación, sin necesidad de trabajar fuera para cubrir los gatos. Aun cuando no renunció a sus compromisos políticos, en lo que se refería principalmente a la cooperación árabe-judía en Palestina (llegó a pasar seis semanas en un kibbutz israelita en

1953), fueron cuatro años de intensa actividad intelectual y creadora que le sirvieron para desarrollar los fundamentos y la metodología de su nueva forma de entender la lingüística, de lo que sería la lingüística generativa. Su labor en solitario, aunque abierta al continuo debate con los dogmas del neopositivismo, el operacionalismo y el conductismo (tan presentes en el ambiente intelectual de Harvard en aquel momento), quedó plasmada en su obra de cerca de mil páginas *The Logical Structure of Linguistic Theory*, completada en 1955 y de la que utilizó un capítulo titulado "Transformational Analysis" para presentarlo ese mismo año como tesis doctoral de la Universidad de Pensilvania, de la que recibió el grado de Doctor en Lingüística. La precocidad y procacidad de su obra quedan reflejadas en el hecho de que, en el contexto de los estudios lingüísticos de la época, no va a encontrar una acogida favorable, quedando relegada a un situación marginal (el propio Zellig Harris la consideraba como la expresión de un "hobby" particular de su discípulo). Ello va a dificultar su difusión por los canales habituales de la disciplina (hasta 20 y 30 años después no vieron la luz en forma de libro sus dos grandes tratados de juventud, el de *The Logical Structure...* y la tesis de Master, respectivamente). Pero pronto, y de la misma forma nada convencional que había caracterizado su trayectoria anterior, el nuevo enfoque irá superando los obstáculos para llegar a tener, en poco tiempo, un impacto que revolucionará por completo el campo de la lingüística.

Cuando, al terminar la beca de Harvard, se había vuelto a plantear la posibilidad de trasladarse con su esposa Carol a Israel, en el mismo año de 1955, Roman Jakobson —bien conocido por sus contribuciones a la lingüística estructural y a la crítica literaria— le consigue un contrato en el MIT, para trabajar en un proyecto

de traducción automática en el Laboratorio de Investigación Electrónica (RLE) y dar clases en el Departamento de Lenguas Modernas. El proyecto no le interesa demasiado y así se lo hace saber al director del Laboratorio, Jerome Wiesner, que le permite investigar por su cuenta. En el ámbito de la docencia, y aparte de algunas clases de idiomas, tiene asignado un curso general sobre lenguaje, con libertad para orientarlo a su manera, cosa que aprovecha para desarrollar en interacción con los alumnos su idea de la gramática generativa, como intento de dar con los fundamentos de la capacidad humana del lenguaje. Parte de sus apuntes para estas clases acabó convirtiéndose, precisamente, en lo que fue su primera publicación monográfica con el título de *Syntactic Structures* en 1957. Mientras tanto, en septiembre de 1956, había tenido la oportunidad de participar en un simposio organizado por el MIT sobre teoría de la información, donde presentó un trabajo titulado "Three models for the description of language". Su impacto fue comparable al que tuvieron los presentados por autores ya conocidos en los campos de la psicología (George Miller) y de la Inteligencia Artificial (Allen Newel y Herbert Simon), contribuyendo así a que, por su enorme repercusión posterior, este simposio haya merecido ser considerado como el punto de partida de esa tarea interdisciplinar llamada ciencia cognitiva (H. Gardner (1985): *The Mind's New Science: A History of the Cognitive Revolution*).

Los años siguientes fueron de una actividad científica y divulgadora trepidante hasta conseguir, con poco más de treinta años, dejar definitivamente asentadas las bases de la nueva lingüística. En 1958 y 1959 impartió múltiples cursos y conferencias, siendo profesor visitante en las Universidades de Pensilvania, Columbia y Princeton. Participó en los dos Congresos anuales

que se organizaron en la Universidad de Texas bajo los auspicios de la Sociedad Americana de Lingüística, donde hizo tambalearse con sus argumentos y su nuevo programa de investigación los cimientos del orden (estructuralista) establecido, convenciendo a algunos escépticos y ganándose, asimismo, las invectivas de otros muchos oponentes. Por otra parte, en el MIT y junto a su colega Morris Halle, ponía en marcha el primer programa de estudios graduados de lingüística, fermento de lo que iba a ser, en unos años, el nuevo Departamento de Lingüística y Filosofía, al que Noam Chomsky ha pertenecido hasta la actualidad. Aquel programa de lingüística atrajo la atención de un variado grupo de estudiantes, algunos para hacer la tesis doctoral y otros en calidad de becarios posdoctorales procedentes de distintas disciplinas. En particular, la nueva forma de hacer lingüística, abierta al desarrollo de teorías y a la contrastación empírica, ejerció especial influjo sobre toda una serie de psicólogos, con buena formación experimental y amplia perspectiva teórica, que se habían mostrado críticos con el paradigma conductista entonces dominante. De entre ellos, destacaron, además del ya mencionado George Miller, Jerry Fodor y Merrill Garrett, que vinieron a crear el primer laboratorio de Psicolingüística en el MIT, el cual, a su vez, constituyó el centro aglutinador de la nueva generación de psicolingüistas de inspiración generativista, precursora de toda la psicolingüística moderna (con investigadores tan destacados como Tom Bever, Dan Slobin, Jacques Mehler, Pim Levelt, Lila Gleitman o Ken Forster). Las implicaciones psicológicas del cambio de enfoque en la lingüística ya las había hecho explícitas Chomsky para entonces, en su revisión de libro de Skinner *Verbal Behavior* y en los capítulos escritos para el *Handbook of Mathematical Psichology*.

A finales de 1961, Chomsky obtiene la posición de catedrático ("Full Professor") y, con ello, el respaldo institucional del MIT a su programa de lingüística. La década de los '60, que algún autor ha considerado como "el período clásico" de la gramática generativa, es una etapa de consolidación y desarrollo. Su intervención como conferenciante invitado en el IX Congreso Internacional de Lingüística de 1962 —precisamente para sustituir a última hora a Zellig Harris— le convierte en el portavoz de la nueva lingüística norteamericana y le da una proyección internacional que suscita, a partes iguales, el interés y las críticas. Es invitado a dar numerosas conferencias, entre las que destacan los ciclos que impartió en la Sociedad Americana de Lingüística, así como en las universidades de Berkeley, Harvard, Princeton, Chicago, Los Ángeles, de California, y en las universidades británicas de Oxford y Cambridge. En este período aparecen publicadas obras de tanta repercusión como *Current Issues in Linguistic Theory* (1964), *Aspects of the Theory of Syntax* (1965), *Topics in the Theory of Generative Grammar* (1966), *Cartesian Linguistics* (1966) —considerada por la revista *Time* como uno de los 10 mejores libros de no ficción de la década— y *Language and Mind* (1968), obras en las que elabora y lleva a sus últimas consecuencias la denominada teoría estándar de las transformaciones, al tiempo que profundiza en los antecedentes históricos y las implicaciones filosóficas y psicológicas de la gramática generativa. También a este período pertenece su magna obra sobre fonología —*The Sound Pattern of English* (1968)— en colaboración con Morris Halle, que había sido iniciada ya en los años '50 y que supuso el aldabonazo definitivo a los últimos reductos de la gramática estructuralista.

En la esfera sociopolítica, la década de los '60 fue igualmente crucial para Noam Chomsky. La estabilidad y el reconocimiento alcanzados en el ámbito académico, no fueron óbice —sino todo lo contrario— para asumir un compromiso activo en la denuncia de toda forma de totalitarismo, tanto dentro de la órbita del imperialismo norteamericano como dentro de la órbita comunista. En consonancia con sus ideas acerca de la responsabilidad social de los intelectuales, tuvo especial relieve su participación en las campañas de protesta contra la guerra de Vietnam, con la llamada a la desobediencia civil activa, que le valieron más de una detención. Su obra más influyente a este respecto es el libro *American Power and the New Mandarines*, publicado en 1969, en el que se incluye además un exhaustivo análisis de las relaciones de poder entre comunistas y anarquistas durante la guerra civil española.

En adelante, el trabajo científico y la actividad política van a seguir cursos paralelos, sin apenas interferencias, pero que conducen, en ambos casos, a una inmensa productividad intelectual marcada por el rigor y la coherencia.

En 1966, Chomsky ya había sido designado para ocupar la Cátedra "Ferrari P. Ward" de Lenguas Modernas y Lingüística, y en 1976 será nombrado "Institute Professor", máxima categoría del profesorado del MIT, a la que sólo accede un número muy reducido de sus miembros. Si la década de los '60 había sido una etapa de consolidación y desarrollo de la gramática generativa, en los años '70 se podría hablar de un período de expansión y, a la vez, de revisión crítica de los primeros desarrollos teóricos. La teoría estándar viene a ser remplazada por la llamada "teoría estándar ampliada" (Extended Standard Theory), en la que se incorporan nuevos elementos explicativos (como la "teo-

ría de la huella") y se va reduciendo progresivamente el peso de las transformaciones por las que se deriva la estructura superficial de las oraciones de la estructura profunda (conceptos éstos igualmente sometidos a revisión). Es un período en el que abunda el trabajo empírico y se empiezan a tomar en consideración los datos procedentes de la variación lingüística a través de los diferentes idiomas. Junto a numerosos artículos en las revistas especializadas, destacan, como más representativos del momento, los libros titulados *Studies on Semantics in Generative Grammar* (1972), *Reflections on Language* (1975) y *Essays on Form and Interpretation* (1977). Todo ello, acompañado de un número cada vez mayor de conferencias invitadas (destacan las de B. Russell en la Universidad de Cambridge, así como las de las Universidades de Nueva Deli, Leiden Columbia y Stanford) y de tesis doctorales dirigidas. Las implicaciones psicológicas de la teoría lingüística son cada vez más patentes, manifestándose de forma especial en el área de la adquisición del lenguaje. A este respecto, es importante destacar las jornadas celebradas en la abadía francesa de Royaumont en 1975, en las que tuvo lugar un debate a gran escala entre Noam Chomsky y el renombrado psicólogo evolutivo Jean Piaget, con la participación de un selecto grupo de colegas más o menos inclinados por una u otra visión del desarrollo cognitivo y del lenguaje. El contenido de dicho debate quedó reflejado en la obra preparada por M. Piattelli-Palmerini *Théories du language, théories de l'apprentissage* (1979).

El trabajo desarrollado en la década de los '70 contribuyó a preparar el terreno para el gran cambio que se iba a producir dentro del propio paradigma chomskiano a partir de 1980 y que, con algunos refinamientos, dejará sentir sus efectos hasta el momento actual.

El nuevo programa de investigación, pergeñado ya en su obra *Rules and Representations* (1980), toma forma definitiva en sus Conferencias de Pisa, publicadas con el título de *Lectures on Government and Binding* (1981), y en obras sucesivas como *Some Concepts and Consequences of the Theory of Government and Binding* (1982), *Barriers* (1986), *Knowledge of Language: Its Nature, Origin, and Use* (1986) y *Language and Problems of Knowledge* (1988). Dicho cambio supone un intento decidido por dotar a la teoría gramatical de una mayor adecuación explicativa (más allá de la meramente descriptiva), mediante el descubrimiento de principios y propiedades generales que permitían caracterizar la naturaleza misma de la facultad del lenguaje. Estos principios y propiedades tendrían un carácter universal (como lo es la capacidad humana para el lenguaje), e incluirían aquellos parámetros que, dentro de un estrecho margen de variación (normalmente de tipo binario), darían cuenta asimismo de la diferenciación lingüística. La adquisición de la propia lengua consistiría, entonces, más que en el desarrollo de un sistema de reglas concretas para esa lengua (como se postulaba en la primera teoría transformatoria), en el proceso de fijación de los valores concretos que adoptarán los parámetros de la facultad del lenguaje, al interaccionar ésta con los datos que proporciona la experiencia en un medio lingüístico determinado.

La investigación guiada por el nuevo enfoque de "principios y parámetros" va a proponer un buen número de descubrimientos, contrastados empíricamente a través de las lenguas, los cuales llevan a plantear, ya dentro de la década de los '90, la posibilidad de aumentar aún más el poder explicativo de la teoría gramatical, aumentando, por consiguiente, su simplicidad y generabilidad. Chomsky vuelve a liderar este —por ahora—

último desarrollo de la lingüística generativa, que ha venido a conocerse con el nombre de "programa minimalista" y que se expone en sus trabajos más recientes: *A Minimalist Program for Linguistic Theory* (1992), *Language and Thought* (1993), *The Minimalist Program* (1995), y en los diferentes trabajos reunidos en la obra que acaba de publicarse en castellano con el título de *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje* (1998). De lo que se trata, en último término, es de poner a prueba la hipótesis de que las propiedades de la facultad del lenguaje sean las que se corresponden con un "diseño óptimo" de dicha facultad, de cara a satisfacer las condiciones impuestas por los sistemas externos con los que está conectada: el sistema perceptivo-articulatorio y el sistema conceptual-intencional. Es ésta una propuesta en la que, por primera vez, se relaciona de forma explícita el sistema cognitivo específico del lenguaje (la competencia) con los sistemas de procesamiento responsables de la actividad lingüística (la actuación), y ello tanto en el ámbito de la adquisición como en los de la comprensión y la producción del lenguaje. Sus implicaciones psicológicas de cara a construir modelos computacionales del funcionamiento lingüístico humano, no pueden ser más evidentes.

En el ámbito sociopolítico, la labor de Noam Chomsky no sufre interrupciones. Junto a su participación activa en múltiples manifestaciones y adhesiones a los movimientos disidentes en favor de la paz, la justicia y la libertad, recurre a aquello para lo que, desde su estatus profesional, está más capacitado, a saber, las conferencias y los escritos de análisis crítico, con una profusión y variedad de temas difíciles de igualar. Además de proseguir en la denuncia de la guerra de Vietnam y de la política norteamericana en Indochina, vuelve sobre las razones del conflicto de Oriente Medio y la de-

fensa de los derechos de los palestinos; profundiza en el análisis del papel de los intelectuales en la sociedad, así como en la contribución de éstos al mantenimiento del orden establecido; del mismo modo, lleva a cabo, en compañía de su colega Edward Herman, una crítica radical sobre el sistema de propaganda y la manipulación de la opinión ejercida por los medios de comunicación. Por otra parte, se ocupa de las consecuencias de la guerra fría —y, más adelante, de las de su conclusión— en el orden mundial; de la incursión de las grandes potencias en los asuntos de los países del tercer mundo, con un énfasis particular sobre Latinoamérica; de la evolución (o, más bien, involución) del liberalismo económico y sus consecuencias en el marco de la globalización. Como exponente de sus escritos políticos, baste con destacar obras como *At War with Asia* (1970), *For Reasons of State* (1973), *Peace in the Middle East?* (1974), *Intelectuals and the State* (1977), *Human Rights and American Foreign Policy* (1978), *On Power and Ideology: The Managua Lectures* (1987), *Manufacturing Consent* (1988), *Necessary Illusions* (1989), *Year 501: The Conquest Continues* (1993) o *Class Warfare* (1996), así como los artículos contenidos en las obras editadas por James Peck *The Chomsky Reader* (1987) y Carlos Otero *Noam Chomsky: Critical Assessments* (1994).

A la hora de tener que hacer un rápido balance de la vida y obra de Noam Chomsky, y en un momento tan emotivo como éste, sólo se me ocurre apuntar que estamos ante una persona íntegra, que ha sabido combinar de forma única el trabajo científico original y riguroso, en busca de los rasgos más característicos de la mente humana, con una actitud vital enteramente comprometida con el destino de sus semejantes. Un ejemplo de dignidad intelectual y moral para todos los que, queriendo saber más acerca de nosotros mismos y del

mundo que nos rodea, no podemos volver la espalda ante sus problemas y necesidades.

Antes de concluir y de solicitar formalmente el nombramiento como Doctor Honoris Causa para el Profesor Noam Chomsky, es preciso hacer mención de las principales distinciones que ha recibido, a las que se unirá desde hoy esta que le ofrece la Universidad Rovira i Virgili para satisfacción de todos los miembros de la comunidad universitaria.

Desde los primeros doctorados honoríficos que Noam Chomsky recibió, hace ya 30 años, de las Universidades de Londres y Chicago, cabe destacar los otorgados además por la Universidad Loyola de Chicago, el Swarthmore College, la Universidad de Nueva Deli, el Bard College, la Universidad de Massachusetts, la Universidad de Pensilvania, la Universidad Georgetown de Washington, el Amherst College, el Gettysburg College y la Universidad de Cambridge.

Entre los premios y otras distinciones que ha recibido, destacan los siguientes: el Premio de la Sociedad Americana de Psicología (APA) en reconocimiento a su contribución científica ("Distinguished Scientific Contribution Award"), en 1984; el Premio Kyoto de Ciencias Básicas de la Fundación Inamori de Japón, en 1988; el Premio Orwell del Consejo Nacional de Profesores de Inglés, en 1987 y 1989; además, el Premio "Chicago Melon" de la Universidad Loyola, el Premio "Homer Smith" del Centro Médico de Nueva York; el premio literario "Lannan" para obras no-ficción; también ha sido nombrado miembro honorario de la Fundación Alemana para el Estudio del Lenguaje y miembro de honor "William James" de la propia Sociedad Americana de Psicología, ambos en 1990. Muy recientemente, y por llegar hasta el momento actual, se le acaba de conceder el Premio al Mérito Científico del Instituto Franklin de Filadelfia.

Por último, Noam Chomsky es miembro pleno de la Academia Americana de las Artes y las Ciencias, así como de la Academia Nacional de Ciencias. Pertenece además a otras muchas sociedades académicas y profesionales de dentro y fuera de los Estados Unidos. Es, asimismo, miembro del Consejo de la Confederación Internacional para la Paz y el Desarme.